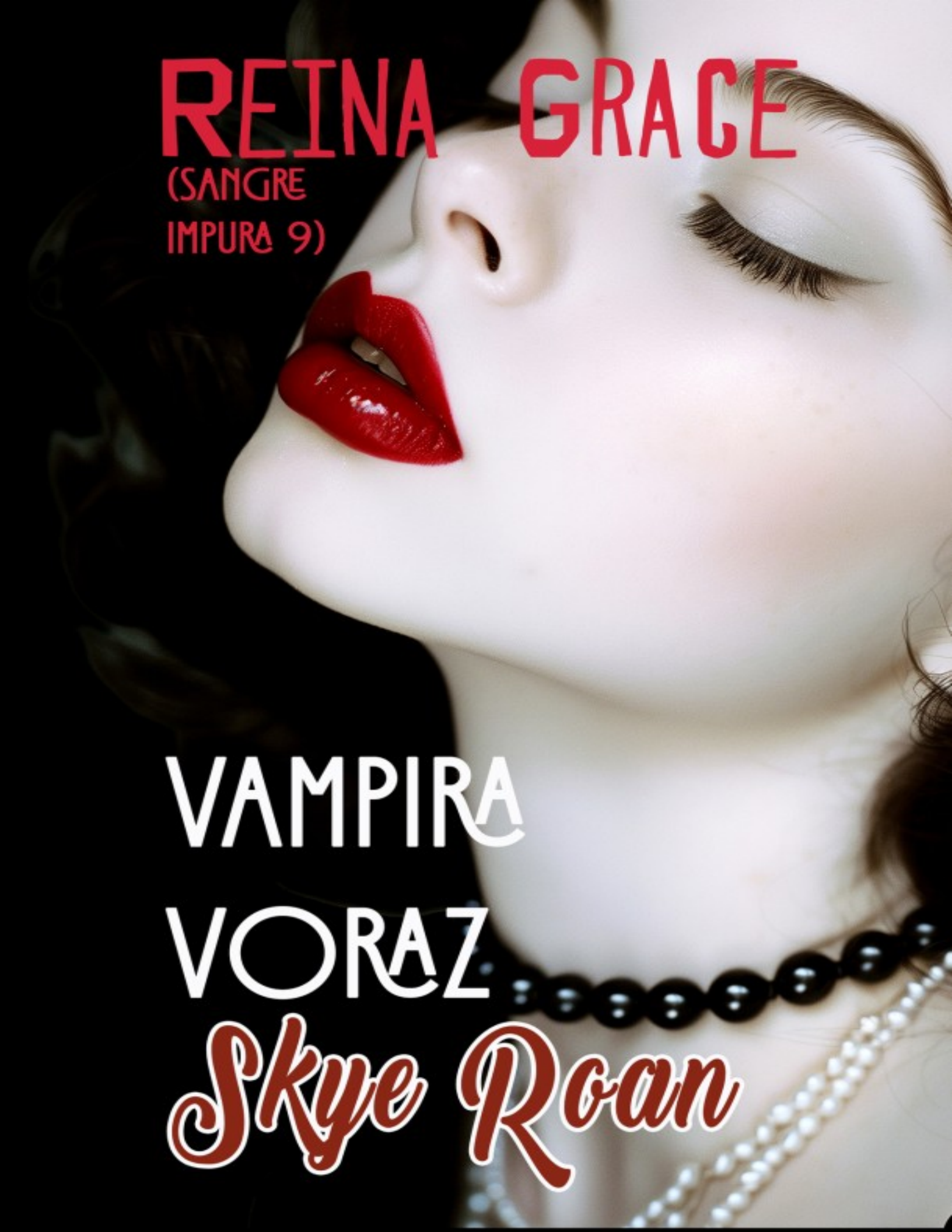

REINA GRACE
(SANGRE IMPURA 9)
VAMPIRA VORAZ
Skye Roan

VAMPIRA VORAZ

REINA GRACE
(Sangre impura 9)

VAMPIRA VORAZ

SKYE ROAN

© Skye Roan [2025]
ISBN: 9798315595953
Obra registrada: 2503261271083
Obra protegida por registro de autor.
Todos los derechos reservados. Gracias por adquirir esta obra de manera legal. Los autores independientes necesitamos tu apoyo.

Me traicionaron, me rompieron, me enterraron en la oscuridad esperando que desapareciera.
Pero no nací para morir.
Me levanté con hambre, con rabia, con sed de venganza.
Arranqué cada pedazo de poder con los colmillos, y me hice reina sin pedir permiso.
No fui creada para obedecer. Fui hecha para devorar.
Soy Grace.
Soy reina.
Y esta es la historia de cómo me convertí en una vampira voraz.

ÍNDICE

Capítulo 1. SED
Capítulo 2. Recuerdos de Venecia
Capítulo 3. La venganza
Capítulo 5. Admirando el paisaje
Capítulo 6. Promesas mortales
Capítulo 7. Planes mortales
Capítulo 8. ¿Y si…?
Capítulo 9. La muerte sienta tan bien
Capítulo 10. Vampiros rebeldes
Capítulo 11. Londres
Capítulo 12. Nueva York, años locos
Capítulo 13. Un trato justo
Capítulo 14. Días curiosos
Capítulo 15. Descubiertos
Capítulo 16. Ataque mortal
Capítulo 17. Una despedida
Capítulo 18. Brujas de Londres
Capítulo 19. Vampiros bebés
Capítulo 20. Desastre en Londres
Capítulo 21. Ganar y matar
Capítulo 22. La venganza es dulce cuando se saborea fría
Epílogo lucha de Eureka (Jack)
Epílogo 2
Agradecimientos

CAPÍTULO 1. SED

La sed es como un puñal que se clava en mi garganta. Arde, es inclemente, me devora por dentro y, si no fuera porque me amo demasiado, arrancaría mi garganta. Las cadenas abrasan mi muñeca desnuda y ya no tengo fuerzas para moverme. La piel pálida destaca contra los muros ennegrecidos del lugar donde me retienen estos malditos bastardos. Pienso en lo mucho que disfrutaré arrancándoles los ojos y, en lugar de bastarme, me pone frenética, porque muero de sed.

Me muevo un poco y las cadenas vuelven a herir mi piel. Son de plata bendecida y sé que llevan algo más, tal vez acónito. Al menos, me dejaron la dignidad de mantenerme vestida, aunque poco me importa.

Ni siquiera las ratas que viven en esta inmunda celda de piedra se acercan a mí, porque saben que las devoraría enteras. Tengo sed, solo eso, pienso en sangre, y siento la boca seca. Ni siquiera tengo fuerzas para sacar los colmillos. Sé de vampiros que acabaron mordiéndose, alimentándose de su propia sangre, pero eso es pura debilidad. Y no soy débil. Aguantaré para tomar mi venganza. Se acabó ser dulce y educada.

Amanece y el estrecho ventanuco dejará entrar el sol, por lo que tendré que esconderme en el rincón para no abrasarme. Esto, como ayer y todos los días anteriores, hará que la piel vuelva a rasgarse, que duela.

El hedor de la humedad carga el aire denso de un castillo con cientos de años, aunque no tan antiguo como yo. Soy una vampira de dos mil años de antigüedad y lo mismo que he sobrevivido a todo y a todos, lo haré esta vez.

La sangre impregnaba el metal oxidado de otras argollas, por lo que adivino que no soy la primera vampira que ha sido tomada prisionera. Ellos estaban muy contentos, una reina no es fácil de

atrapar. Si no hubiera sido tomada por sorpresa, tampoco lo habrían conseguido.

A veces escucho pasos más allá de la puerta, pero nadie entra. Es como si me hubieran metido en esta celda y tirado la llave. La eternidad puede hacerse muy larga cuando mueres de hambre.

Sola, sin poder moverme, produce dolor físico y de corazón. No solo me dejan morir, sino que me obligan a recordar. Mi memoria ha sido selectiva, así lo he procurado. Durante estos cientos de años, vampiros, licántropos, humanos o brujas han pasado por mi vida. La mayoría de las veces recuerdo a mis enemigos por puro instinto de supervivencia. A mis víctimas, porque las hubo, hasta que aprendí a solo asesinar a quien lo mereciera. A los pocos que fueron bondadosos conmigo. A mis múltiples amantes. Esos son los mejores recuerdos. Fui voraz y cruel, letal… ahora soy reina y prisionera. Y todo por un desgraciado.

Me veo a mí misma, hace casi dos mil años, como una bella joven de piel de porcelana y cabellos oscuros. Esa vida ya no me pertenece. La vida mortal de Anaya, sacerdotisa de un templo sagrado del valle del Indo. Me contemplé muchas veces en el lecho del río, tal vez demasiado vanidosa para servir a mis dioses, pero como hija de un noble, yo era casi una princesa. El rey me deseaba, los nobles suspiraban a mi paso, solo que no podían tocarme. Me sentía sagrada, única. Vestía túnicas de lino y oro, caminaba descalza sobre lechos de pétalos de flores, mis compañeras me adoraban. Los visitantes se maravillaban de mi porte y mi belleza.

Cuando caminaba con la frente alta entre las altas columnas de piedra del templo, sentía que estaba bendecida. Así de estúpida era.

Suspiro, acomodándome pues llega el amanecer. Otro más. No sé cuándo se acabará este encierro.

Recuerdo la noche que todo cambió y eso jamás se me olvidará, porque entré en la oscuridad más profunda, en la sed permanente.



La oscuridad rodeaba al templo, pero jamás nadie me molestó. Yo rezaba cada noche a Naga, la diosa serpiente de la inmortalidad. En mis más íntimos anhelos, soñaba con ser una diosa, vivir para siempre, congelar mi belleza. Sí, eso lo conseguí, no cabe duda. ¿A qué precio?

Llevaba mi ofrenda nocturna con un cuenco de la más refinada miel para depositarlo enfrente del altar donde la diosa, con cuerpo de mujer y cola de serpiente, nos vigilaba a los simples humanos.

Encendí las lámparas de aceite para crear un ambiente cálido e íntimo con la diosa, a la que rezaba cada noche por lo mismo. Preservar mi vida. Ya tenía veintitrés años y no deseaba envejecer. Mi amada madre se sentía muerta en vida a los cuarenta, envejecida y triste, ya que mi padre había tomado dos esposas más jóvenes para tener hijos varones, algo que ella no pudo darle. Por eso se había recluido en una de las habitaciones de la enorme casa familiar y solo cuidaba el jardín o cosía vestidos. Mis hermanos eran tan brutos como mi padre. Al menos, en la intimidad. Sabía que él los incitaba a pelearse.

Esa fatídica noche me senté en un delicado cojín rojo que mi sirviente dejaba para que pudiera rezar más cómoda. Había dejado la ofrenda en el altar y reposaba tranquila, escuchando el sonido de

los pájaros nocturnos, de los habitantes del estanque. Era algo muy relajante. Hasta que de repente, los animales callaron por completo. Debí hacer caso a mi instinto y salir corriendo, pero ¿quién iba a atacar a una sacerdotisa de clase alta y en el mismo templo de Naga?

Cinco hombres encapuchados salieron de las sombras y no me dio tiempo de gritar. Rasgaron mis delicados vestidos y me agarraron de piernas y manos. Yo era virgen, pero no tonta. Sabía qué querían. Luché y me retorcí, me golpearon, casi dejándome inconsciente y después, ellos me usaron de una forma que no quiero ni recordar.

Cuando se fueron, me quedé echada, sangrando por varias partes de mi cuerpo. No solo me violaron, sino que me torturaron, clavándome la daga o rajando mi piel, solo por diversión. Sabía que iba a morir. Volví mi cabeza hacia la diosa Naga y le rogué que me llevara con ella. Pero mi instinto de supervivencia se negaba a dejarme ir.

Entonces noté el frío y pensé que era el momento. Me reuniría con mis ancestros y puesto que iba a morir en el templo, la diosa no me castigaría porque hubiera sido mancillada contra mi voluntad.

Una presencia oscura, poderosa, se colocó delante de la escultura de la diosa. Me observaba. En mi candidez, pensé que era el esposo de Naga que venía a buscarme. Algunas lámparas se apagaron mientras él se colocaba sobre mí. No pensé que alguien quisiera tomarme otra vez y en ese momento, no me importaba. Solo quería que acabaran con mi vida de una vez.

Él lamió mis heridas, cada una de ellas, dejando mi piel limpia de sangre, mientras gruñía satisfecho. Luego, bajó sus calzas y me tomó acercando su boca a mi cuello. Entonces, me mordió. Sentí que se excitaba. Yo era como un fardo a la que no le importaba nada. Mi vida se escapaba. Cuando encontraran mi cuerpo al día siguiente, entenderían lo que había pasado y esperaba que me dieran un entierro digno.

Él se dejó ir y me lamió el cuello. En ese momento, pensé que me había tomado un diablo, pues sus ojos relucían.

—¿Quieres vivir, Anaya? —susurró con un extraño acento—. Yo puedo devolverte la vida. Podrás vengarte de quien te ha hecho

esto.

Un calor en el vientre me subió hasta el pecho y abrí el único ojo con el que podía verlo.

—Sí —pude decir.

Él rio alegre, como si le hubiera dado la mejor noticia del mundo y volvió a absorber la poca sangre que debía quedarme. En ese momento ya no sentía dolor. Después, cerré los ojos, pero él me abrió la boca e introdujo lo que después supe que era su sangre. Me tomó en brazos y nos escondimos en la noche, en una vieja cabaña que olía a pescado. Recuerdo ese olor todavía como si estuviera allí.

Sentí que mi cuerpo se recuperaba, temblaba convulsivamente, las heridas se cerraron, mis ojos se curaron y también mi interior, al menos, la parte física.

Desperté en un ser inmortal, poderoso y lo primero en que pensé fue la venganza.

Me dijo que se llamaba Drayash, que significaba el devorador oculto y que había nacido hacía doscientos años. No lo creí, pero había sanado mis heridas y me sentía fuerte como nunca.

Él me explicó que ahora éramos seres de la noche. Yo había escuchado hablar de los Naktaru, los bebedores de la noche, a los que también llamaban los Tamashar o devoradores de la oscuridad, pero él se llamaba a sí mismo Asrigan, los que tienen linaje de sangre.

—Ahora me perteneces, Anaya, eres mi sacerdotisa y solo me adorarás a mí.

Él me alimentó durante los primeros días, porque empecé a sentir esa sed devoradora, como la que ahora siento, o quizá más. Empezaba a volverme loca, pero finalmente llegó esa noche. Solo llevaba una ligera capa que me había dejado, pero él me consiguió un vestido y tras bañarme en el río, me lo puse.

Las sensaciones, la luz, el calor de la noche eran totalmente ajenas a mí. Los sonidos que escuché entonces eran más agudos si cabe, aunque los animales nocturnos se callaban a nuestro paso. Drayash era un hombre no muy alto, pero fornido y temible. Con el tiempo me di cuenta de que él me habría estado vigilando cada noche que yo visitaba el templo. Debía de tener alrededor de los

cuarenta años y su forma de hablar era tosca. Sin duda, no era de la nobleza. Me fascinaba a la vez que lo odiaba. Eso me pasó hasta que acabé con él.

Esa noche, tras asearme y trenzar mi largo cabello, me acerqué al templo. Quería dar las gracias a la diosa Naga por devolverme a la vida, aunque él no lo respetaba. Sin embargo, me empeciné y él sonrío, divertido.

Me puse de rodillas delante de mi diosa, esta vez mirándola a los ojos, escrutando cada detalle de la escultura, viendo sus imperfecciones. Me creí que yo era más que ella, porque mi dómine me había hablado de nuestro poder, pero no de las partes más turbias.

Cuando me iba a levantar, observé algo que brillaba en un rincón. Era un colgante de oro y yo sabía muy bien a quién pertenecía.

La rabia me consumió y grité. Comprendí entonces por qué su olor me había resultado familiar, o por qué algunos de los hombres parecían confusos. Pensé que había sido por su juventud, pero no fue así.

—Nos iremos de la ciudad —dijo mi dómine y yo negué. Antes tenía que hacer algo. Supongo que él lo adivinó y me lo permitió. Estaba dando un paso más profundo hacia la oscuridad.

Llegué a la que había sido mi casa justo cuando todos habían acabado de cenar, aunque ya era tarde y noche cerrada. Salté al patio, lleno de flores y por un momento, me entretuve disfrutando por última vez de ese olor.

La primera que me vio fue madre y me abrazó. Ella tenía dolor en sus ojos. Dolor y furia. Sentí que deseaba absorber su sangre, pero mi interior dijo que no lo hiciera.

—Han sido ellos. Mátalos a todos, Naktaru.

Asentí, dejándola en el patio. Cuando entré en el comedor, mis hermanos, incluso el más pequeño de apenas doce años, me miraron horrorizados. Supe que ellos, quizá todos, me habían violado. Y el peor, mi padre. Se sentaba con su panza grande y su olor a vino. Había dejado preñadas a dos jóvenes que se levantaron aterrorizadas al verme.

—Vosotras dos podéis iros. No tengo nada en vuestra contra.

Ellas se tomaron de la mano y salieron hacia el patio. Supuse que mi madre las ayudaría. Eran otras víctimas más.

Mi padre me miró y vi la lascivia en sus ojos. Sabía que me deseaba, pero no que fuera alguien tan inhumano. Con la rapidez adquirida, cerré todas las puertas. Mis hermanastros se levantaron y uno de ellos protegió al pequeño. Los otros dos tomaron las espadas. Mi padre sacó la daga con la que me había torturado.

—Eres un demonio, por eso nos tentaste. Tú eres la culpable —dijo mi padre. Por un momento, por un segundo, me lo creí. Eso le bastó para atacarme, pero metí mi mano debajo de su falda y le arranqué los testículos y el miembro del que se sentía tan orgulloso. Él aullaba de dolor. Uno de mis hermanos mayores, ese que se aprovechó de mí en varias maneras, se lanzó contra mí con la espalda.

Le arranqué la garganta y bebí de él. Mi rostro estaba lleno de sangre cuando el segundo me atacó. Acabé con sus genitales en mi mano. El tercero, de solo catorce no me había violado, no tuvo valor y se notaba que nuestro padre le había pegado, igual que al de doce. Los miré y les dejé que se marcharan.

Me volví hacia mi padre que sangraba, aunque había puesto su túnica intentando contener la hemorragia. Sonreí, chupándome la sangre de mis hermanastros de los dedos. El mundo sería mejor sin ellos.

Me senté allí, a ver morir a mi padre. Fue algo cruel, porque había tomado su cuchillo y estuve torturándolo un poco más, cortando algunos pedazos de su piel, sacándole un ojo… cosas así.

Al final, me cansé y rajé su yugular. Ni siquiera quería acercarme a él para beber, así que tomé una copa y la llené.

Cuando murió, me desnudé y me di un baño, tomé ropa de uno de los armarios y salí al patio. Pero allí, mi dómine también se había alimentado. Había asesinado a las dos esposas de mi padre y al hermano de doce años, que yacía, desnudo. El de catorce y mi madre estaban en un rincón. Iban a ser los siguientes.

—¡No! —grité horrorizada.

Él se volvió con sangre en los labios, aunque no se había manchado la ropa.

—¿Por qué?

—Déjalos vivir —supliqué.

—Tú te has divertido mucho, ahora me toca a mí.

—Diviértete conmigo. Vámonos de la ciudad. Quiero ver el mundo exterior —rogué. No quería que mi madre sufriera y mi hermanastro, era el único que tenía algo de bondad en él.

Drayash pareció pensárselo mejor. Me tomó de la mano y tiró hacia fuera. Yo me volví hacia mi madre y ella solo susurró algo.

—Mátalo.



Supongo ahora que mi madre fue la primera feminista, no por querer asesinar a esos hombres, claro, sino por querer ser libre y desear que yo lo fuera también. Pero en ese momento, acababa de comenzar una dura etapa de mi vida en la que fui esclava de un vampiro insaciable, que me enseñó mucho, pero también me dominó de tal forma que casi no pude salir de ese maltrato.

Pero salí, suspiro aliviada.

Miro el sol que luce fuerte en el horizonte. Marca un dibujo exacto de la ventana en el suelo frío y sucio de piedra. Mi piel empieza a cuartearse. El recuerdo de mi transformación no es

agradable, aunque con el tiempo, las sensaciones son menores. Enterré el dolor en una parte oculta de mi cuerpo, pero el hambre hace que la oscuridad salga de esa bola cerrada. En esta prisión oscura y sucia, solo me queda recordar.

CAPÍTULO 2. RECUERDOS DE VENECIA

Despierto cuando ha vuelto a anochecer. Escucho una sintonía, una música suave muy lejos, tal vez en las plantas inferiores. Este es un castillo de la preciosa Varsovia, pude verlo cuando me trajeron de noche cerrada. Es una ciudad que visité en el renacimiento. Recuerdo mis desplazamientos por cada país, sembrando el horror y el miedo, he de decir.

Desde que Drayash me convirtió en vampira, viajamos por todo el mundo. Aquello era raro, letal y sangriento. Nos alimentábamos como animales, no convertíamos a nadie, porque según él, había que elegir muy bien a las personas, como él me había convertido en su discípula.

No era nada más que una esclava sexual y él disfrutaba viéndome incluso follar con otros y otras. Pero en ese momento, mi mente estaba muy nublada y no comprendía bien lo que estaba haciendo. Supongo que no es excusa.

Toso y siento que se mueven mis dientes. No hay peor cosa que un vampiro muerto de sed. La piel se va cuarteando, los dientes se caen y a veces no vuelven a salir. Mi maestro me contaba que incluso había quien perdía el pelo o los ojos.

Toco mi melena y un mechón se desprende. Si no fuera porque tengo la garganta seca, gritaría.

La música me recuerda nuestro viaje, allá por el año 1490, hasta Venecia. Todavía recordaba los ojos avariciosos de mi dómine.



—Venecia en Carnavales es un coto de caza excelente, pequeña.

Odiaba que me llamase así, pero es como me sentía. Entrábamos y salíamos de mansiones lujosas, acumulando y escondiendo oro aquí y allá, oro de aquellos a quien asesinábamos. A veces sentía pena por ellos y no solía matar si no era preciso, pero la mayor parte de las veces, mi dómine me obligaba. Eso sí, me negaba a acabar con niños o mujeres, algo que a él le gustaba demasiado.

Empezaba a sentir algo parecido al asco y la rabia, pero llevaba cientos de años con él, no lo sabía entonces, pero sí ahora, que había estado totalmente supeditada.

Y sí, aprendí idiomas, estudié en grandes bibliotecas, absorbía conocimientos, igual que él. No podía quejarme de eso. Hizo de mí una mujer culta e instruida, pero siempre bajo su mano.

Entonces, llegamos a Venecia y como él tenía que visitar a otros vampiros, me dejó libre por la ciudad. Nunca me presentaba a nadie, siempre me escondía y eso me molestaba. Deseaba conocer a otros congéneres, tal vez incluso tener amigos, o más bien, amigas.

Huíamos de los licántropos, aunque una vez él se enfrentó a uno y lo venció. Y las brujas, esas sí que las odiaba Drayash. Se deleitaba asesinándolas con crueldad, hasta el punto de que ni podía mirar. No sabía por qué motivo. A mí me parecían mujeres normales, aunque pudieran hacer cosas extraordinarias.

Cuando era pequeña, mi madre era capaz de hacer crecer las plantas tan solo con hablarles. Tal vez ella era bruja, nunca lo supe. Siempre pensé que había algo más, pero cuando comencé a crecer, me entregó al monasterio. Me sentí apartada y confusa, con el tiempo supe que me quería alejar de mi padre.

Aunque no lo consiguió del todo.

Ese día, el sol había salido en Venecia, todo era fiesta y diversión y tenía un precioso vestido con encajes que… mi dómine había arrebatado a una muchacha. Ella murió por tener un físico similar. Consiguió que una peluquera arreglase mis rizos oscuros. Y salí a divertirme. Estaba saciada, así que solo quería cantar, bailar, tal vez amar.

Un grupo de bailarines me invitó a unirse a su fiesta. Llevaba una máscara delicada de una mariposa y los labios coloreados de rojo. El vestido era de terciopelo y seda verde, con detalles dorados, y mis

pechos erguidos botaban al bailar. Me sentía atractiva, deseable, viva.

Me llevaron a un precioso palacio iluminado solo con las luces de las velas, la música sonaba alegre y todos bailaban, comían y bebían. Yo también lo hice. Al principio, Drayash dijo que no debía comer, porque de esa forma mancharía su pureza y su linaje de sangre, pero siempre que podía, lo hacía. No solo me alimentaría de sangre, era una forma de sentir que todavía era humana y no un monstruo.

Algunos quisieron salir al jardín de la mansión para fumar opio y yo lo probé. Me sentí exultante, alegre, ligera… Bailaba con ganas ya, sin zapatos, cuando un hombre me tomó de la mano y me llevó al interior del jardín. Supuse lo que quería, pero no me importó. Yo también quería tener sexo rápido.

Solo que, al llegar al centro del laberinto, no estábamos solos. Diez hombres armados nos esperaban.

—Bien, monstruo —dijo uno de ellos sacando una estaca—. ¿Quieres morir antes o después de darnos placer?

—No hagáis eso —dijo otro—, matadla ya. Es peligrosa y estaba acompañada de un vampiro adulto.

Yo me removí, incómoda con mi vestido rígido. Así que ese iba a ser mi final. Eso sí, no moriría sin luchar.

Los hombres sacaron otras armas y se prepararon para atacarme, pero algo pasó. Una furia de la naturaleza llegó desde el jardín armada con una espada de samurái y se puso delante de mí. Llevaba el rostro tapado, pero por la trenza de la espalda y sus formas, adiviné que era una mujer.

Bueno, no sabía quién era, pero ya estaba más igualado.

Yo saqué las garras y rugí. Mi dómine me había preparado para la lucha, aunque debido al opio no iba a ser tan efectiva como siempre.

Los hombres atacaron, la mujer samurái se defendió, cortó piernas, cabezas. Yo desgarré el pecho a dos de ellos y a otro le arranqué la garganta. Pero uno de ellos me hirió por detrás con un arma que debía de tener veneno. Caí al suelo debilitada. Quedaban

dos. La samurái hizo una vuelta imposible y les cortó la cabeza a ambos.

Entonces, ella se acercó, sacó la rígida estructura de mi vestido y me cargó al hombro. Era muy fuerte. Desapareció en la oscuridad y yo acabé desmayándome.

Me desperté en una bodega iluminada solo por velas. La muchacha se había quitado la capucha y preparaba un poco más alejada algún tipo de majado en un mortero. Sin volverse, me habló.

—¿Ya despierta? No te muevas, te pondré algo que ayudará a que no te afecte el veneno.

Me quedé echada. Estaba desnuda, ella me había vendado el vientre y en ese momento, vi que era una muchacha joven, tal vez asiática, con el cabello moreno y liso trenzado atrás. Sonrió al verme y me hizo volverme, para curar la herida.

—No deberías tomar opio. A los vampiros les afecta más. Seguramente hubieras podido con esos diez, pero estabas débil. ¿No te lo enseñó tu dómine?

—No, eso no.

Olisqueé y me di cuenta de que ella también era una vampira, sin duda.

—Me llamo Anaya.

—Joline. Vampira desde hace solo tres años. Hija de padre francés y madre japonesa. ¿Cuál es tu historia?

—Yo nací como vampira hace unos mil quinientos años y…

—¿En serio? ¿Eres una de esas antiguas? Hay muy pocas y tienen mucho poder. ¿De qué corte eres reina?

—¿Reina? No… yo no.

—¿Cómo es eso? Los antiguos siempre son reyes, todos los respetamos. De hecho… no debería ni tocarte. Ni hablarte así. Lo siento.

—Por favor, Joline. Mi dómine y yo viajamos por todo el mundo, no estamos en ninguna corte de esas. La verdad es que él nunca me deja visitar a otros vampiros.

—Imagino por qué —dijo ella frunciendo el ceño.

—Yo no.

—No le debes nada, ¿sabes? No tienes que obedecerle ni él puede mandar sobre ti a menos de que tú le des ese poder. No quiere que hables con otros vampiros porque ellos te lo dirían.

Me senté en la cama, confundida, horrorizada y… furiosa.

—¿Puedo irme, así sin más?

—Claro. Siendo antigua, eres poderosa, más que ninguno de nosotros. No es que vayas a tener ningún don especial como las brujas, o eso creo, pero sin duda eres mucho más fuerte, rápida y letal que cualquiera de los otros vampiros que puedas conocer, a excepción de tu dómine, que, si es más anciano que tú, seguramente podría contigo.

—Sí. Sé que lo convirtieron unos doscientos años antes que a mí.

—¡Eso es casi la prehistoria! —sonrió Joline. Luego me ofreció un té y tomé la taza con cierta aprensión. Joline le dio un trago y luego me lo devolvió.

—Me gustaría no estar con él. Me he acostumbrado, pero no me gustan las cosas que hace. Pienso que no es necesario… matar.

—Te doy la razón. Yo mato solo si me atacan. Pero no para comer. Seduzco y succiono, luego, me voy y solo están débiles un par de días.

—Eso es lo que yo quiero hacer —suspiré.

—Déjalo o… mátalo. Te ayudaré si quieres.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros y tomó una de sus espadas.

—El padre de mi madre era samurái. Como ella no tuvo varones, me enseñó a mí todo lo que sabía, a escondidas de mi padre. Y no solo me mostró cómo luchar, sino que me enseñó que hay que defender las injusticias. Y cuando un desgraciado me convirtió, lo primero que hice fue cortarle la cabeza, por arrebatarme mi vida. Con el tiempo, entendí que tal vez era mi misión. Él también asesinó a… mi familia. Solo me quería a mí. Hay vampiros a los que llamamos recolectores, buscan personas especiales, únicas, para quedárselas. Puede que te pasara eso a ti. Eres preciosa.

—Era una sacerdotisa de la diosa Naga —suspiré. Había pasado tanto tiempo que no me lo creía.

—Entonces tu dómine lo es. Es un coleccionista. Cuando se canse de ti, buscará otra mujer u hombre especial. Puede que te deje libre o te mate, según le apetezca.

—Entonces lo mataré yo primero.



Sonrío cuando pienso en aquellos días. Mis labios se cuartean. Joline me abrió a otra vida y desde entonces comencé a ser yo. Grace.

CAPÍTULO 3. LA VENGANZA

Escucho voces en el exterior, pero no puedo asomarme o acabaré asada como un pollo. Un hombre grita y una mujer susurra. Intento entender algunas palabras, y solo escucho el nombre de mi esposo, el de mi amiga Holly y el pueblo de Eureka. Tal vez quieran atraparlos a todos. Los mataré, mi odio es similar al que tuve por mi dómine, una vez averigüé que era esclava solo porque me tenía dominada y no por derecho.



Después de que Joline curó mis heridas y me proporcionó sangre que no sé bien de dónde sacó, empezaba a encontrarme mejor. Mi vestido estaba destrozado y necesitaba algo para presentarme esa noche a Drayash, así que mi nueva amiga me prestó algo muy sencillo y de corte oriental, nos pusimos dos máscaras y salimos a la calle. Ya era noche cerrada y, aunque muchas fiestas seguían vivas en las mansiones venecianas, el frío de ese día hizo que se acobardaran y apenas hubiera gente.

Excepto ellos.

Jamás había visto un grupo de licántropos tan numerosos y por sus ojos fuera de sí, o estaban drogados o hambrientos. Incluso Joline dio un paso atrás. Conté hasta ocho mientras mi nueva amiga se preparaba para combatir, puesto que sus intenciones no eran amistosas.

—Han tomado mucho opio y aunque de normal no suelen atacarnos, puede que sean parte de la manada de Josepho. Él es el líder de la manada y es pacifista, al menos no hay luchas de poder. Estos, no sé.

El primero lobo gruñó y su cabello se erizó al igual que su piel.

—¿Acaso se van a transformar en medio de la ciudad?

—Están drogados, mira sus ojos —contestó Joline mientras se ponía delante de mí. Yo había luchado con licántropos y, la verdad, nunca pude vencerles.

—¿Dónde van estas dos monstruos sedientas de sangre? ¿Vais a buscar la comida?

—No queremos problemas, lobo —dijo Joline de forma suave—. No somos de las que asesinan.

—Tú puede, pero ella es la discípula de Drayash, asesino de humanos y de lobos. Si él puede acabar con nosotros, yo mataré a su hija.

Me retraje, pensando que, de nuevo, era mi hora. Pero entonces alguien dio un salto y se colocó delante de nosotras, gruñendo tan fuerte, que mi vello se erizó. El ejemplar era más alto y grande que los demás, emanaba poder y supe que era su alfa.

—Marchaos de aquí —había dicho con esa voz profunda que hizo que agacharan la cabeza—. Nuestra manada tiene una tregua con la Corte del Agua, recordadlo.

Me emocioné pensando que en ese lugar había una corte, y también por ver el porte señorial del licántropo, los hombros anchos en esa chaqueta oscura y su cabellera recogida en una elegante coleta con lazo. Sus piernas, bajo medias oscuras también, no podían ser más musculosas.

Los lobos acabaron de marcharse sin dejar de mirarme. Él se giró y pude ver su terrible rostro con barba recortada. Sus ojos parecían brasas ardientes. Lo deseé.

—Joline, ¿no te dije que no caminaras por esta zona? Ellos no dejan de consumir opio y eso hace estragos en los sobrenaturales. —Joline asintió y luego se dirigió a él sin un asomo de miedo.

—Rescaté a Anaya de unos cazadores. No sabía que habían llegado a la ciudad.

—Sí —Se giró hacia mí y me observó lentamente, recorriendo mi piel con sus ojos de depredador—. Han llegado —dijo volviéndose hacia Joline. Mi piel, siempre fría, ardía con fuego—, pero de momento he hablado con el rey de la corte y vamos a evitarlos. No queremos comenzar una guerra. ¿Los matasteis a todos?

—Por supuesto. Sin morder.

—Bien. Deberíais marcharos, antes de que vuelvan estos degenerados.

—Solo buscábamos ropa para presentarse ante su dómine. Nada más.

—Entonces, venid a casa. Mis hermanas tienen de sobra —Se volvió hacia mí y volvió a mirarme—. ¿No hablas?

—Claro que hablo —dije ofendida. Él sonrió de lado y mis pechos se irguieron bajo mi vestido, algo que él apreció, por un momento, pero bajó el puente y Joline me dio un toque y negó con la cabeza.

Me encogí de hombros. No sería el primer licántropo con el que tenía sexo…

Nos llevó por la zona más apartada donde las calles olían a orines. Algún hombre estaba apoyado en la pared mientras una mujer demasiado atrevida chupaba su polla. En todas las ciudades había ese tipo de barrios donde las mujeres ejercían de prostitutas. Me extrañó que el líder de la manada viviera por allí, pero cuando salió a una preciosa calle arbolada supe que solo había tomado un atajo.

La casa era de cuatro pisos y parecía la de un comerciante adinerado. Algunas ventanas seguían iluminadas, pero no por haber una fiesta en el interior. Él se volvió hacia nosotras con el rostro serio.

—Supongo que os comportaréis bien. Hay mujeres y niños.

—Desde luego —contestó Joline y yo asentí, todavía impresionada por su porte sensual.

Abrió la puerta y el olor a licántropo nos inundó, pero no era desagradable, sino limpio y algo salvaje. Una mujer vestida con un sencillo traje que no ocultaba sus increíbles curvas nos saludó y le dio un suave beso a Josepho. Él la tomó de la cintura.

—Mi esposa, Donnata. Ella os podrá dar un vestido para…

—Anaya. Me llamo Anaya —dije y él asintió.

—Claro que sí. Mi hermana debe de tener tu altura y talla. Estamos todos muy inquietos —dijo la mujer mientras nos llevaba a una sala donde había otras dos mujeres. Josepho nos dejó solas y

suspiré. Él no pasaría por mi cama, esta mujer era bonita y agradable y no me gustaba traicionar la confianza que se me daba.

—Os presento a Anaya, a Joline ya la conocéis.

Dos muchachas muy parecidas a ella se levantaron y nos saludaron con una leve inclinación.

—Ellas son Artemisia y Marina, mis hermanas. ¿Tendréis un vestido para Anaya?

—La atacaron los cazadores —dijo Joline y ellas se horrorizaron. Enseguida, las dos jóvenes salieron de la sala para buscarlo, supuse.

—Sentaos. ¿Tal vez queráis un té o algún licor? No parecéis estar muy bien.

—Todo correcto, Donnata, gracias. Solo me gustaría que se cambiara. ¿Sabes que Anaya tiene más de mil quinientos años?

—¡Joline! —reñí suavemente. Pero el asombro de Donnata era real.

—¿Cómo es que no llevas escolta?

—No es una reina, es lo que dice. Su dómine la tiene… ya sabes.

Si pudiera sonrojarme lo hubiera hecho. Me sentí avergonzada de que Joline expresara tan a la ligera lo que yo le había contado en confidencia.

—No te preocupes, seré discreta —dijo la loba tomándome de la mano—, desde que llegó Joline, hace cuatro meses, nos hemos convertido en buenas amigas. Ella también sabe que yo pasé por algo similar, hasta que mi esposo Josepho pudo liberarme. Por eso lo ha comentado. No debes sentirte avergonzada, no es tu culpa. Hay hombres que se creen con derecho a poseernos, solo espero que algún día cambie —suspiró—. Eres una vampira muy poderosa. Solo conocemos al rey de la Corte del Agua que pueda llegar a ser parecido a ti, y tiene unos ochocientos años. Podrías incluso retarle y lo vencerías.

—No he aprendido a luchar, mi dómine me enseñó a defenderme, pero creo que, al ver cómo se mueve Joline, siento que no sé nada.

—Claro, porque desea que siempre seas su esclava —contestó Joline enfadada—. Es Drayash, el turco.

Donnata se echó las manos a la boca y yo me sentí todavía peor. Pero ella, sorprendentemente, me abrazó. Ninguna mujer lo había hecho desde que me fui del lado de mi madre. Sentía ganas de llorar y a la vez, rabia por mi situación.

—Me he ofrecido a ayudarla a matarlo, o nunca se librará de él.

—Nosotros no podemos intervenir, aunque desde luego, nos han llegado noticias terribles del turco.

—Lo sé. No queremos guerras.

—El caso es que Duche aprecia mucho a ese energúmeno. Justamente Josepho lo comentaba hoy. Han llegado varios vampiros antiguos, no tanto como Drayash o como tú. Y aunque el rey le ha asegurado a mi esposo que no es por ningún motivo especial aparte de los carnavales, andamos preocupados. —Se volvió hacia mí—. Duche es el vampiro rey de la Corte del Agua.

—Sí, lo veo. Tal vez quieran acabar con los cazadores.

—Es posible, no lo sé —dijo pensativa Donnata. Entonces entraron sus hermanas y dejaron sobre el sillón varios vestidos de diferentes texturas y colores. Me levanté, fascinada por el suave tacto.

Estaba deseando probármelos y dejé caer mi vestido sin importar que me vieran. Tomé uno de ellos, el rojo y me lo probé.

Joline y Donnata estaban asombradas y las dos hermanas pequeñas se reían y miraban hacia la puerta.

Con el vestido sobre mí, aunque no abrochado, me volví. ¿A quién había enseñado mi trasero?

Un hombre de hechura similar a Josepho estaba mirándome con la boca abierta. Era guapo, pero más delicado y delgado. Carraspeó y se marchó. Entonces, Donnata se echó a reír.

—Has impresionado a mi cuñado, el hermano pequeño de Josepho. Él es artista, aprendiz del *signor* Bellini, un gran escultor veneciano.

—Lo siento, nunca había tenido vestidos tan bonitos —suspiré. Además del que mi dómine me consiguió hacía dos noches, siempre llevaba ropa de viaje.

—Soñará contigo esta noche, sin duda —rio Joline.

—¿Cómo se llama?

—Bernardino, pero le llamamos Bert. Es un hombre muy talentoso. No es como algunos lobos zafios que forman parte de la manada. Estudió arte y tiene unas manos para encontrar, como él dice, la escultura dentro de la piedra. Suele trabajar de noche, podríais ir a visitarlo en su estudio —contestó Donnata guiñándome el ojo. Me sorprendí. ¿Cómo es que nos aceptaba con tanta normalidad?

—Ahora que ya llevas ropa encima, deberíamos marcharnos.

—Sí. Está bien.

—Anaya —dijo Donnata tomándome de la mano—. Si tienes algún problema y no está Joline cerca, ven aquí. Te acogeremos el tiempo que necesites. Las mujeres debemos ayudarnos, seamos de la raza que seamos. También tengo amigas brujas que han pasado por malos momentos. Somos una pequeña comunidad de mujeres que nos reunimos para mejorar el mundo. No todas tienen la estrella de contar con un esposo como el mío: fuerte y atractivo, sí, pero también justo y honrado.

—No he tenido el placer de conocer a muchos alfas, pero los lobos que encontré eran más bien como aquellos que intentaron atacarnos —dije con tristeza. Ella volvió a abrazarme. Notaba su vena palpitando cerca de mí e incluso podría haberla mordido, pero ella *confiaba*. ¡Cómo iba a romper esa regla sagrada! Después de cientos de años, me daba cuenta de que había dejado de ser persona.

Me retiré, avergonzada de mí misma. Las lágrimas rojas salieron de mí y un pañuelo apareció delante de mi cara. Me limpié. ¿Cuándo había dejado de ser esa poderosa sacerdotisa y me había convertido en algo peor que una alfombra?

CAPÍTULO 4. CONSPIRACIONES

Si pudiera llorar, lo haría. La puerta de la celda empieza a escucharse y levanto la cabeza, sin ganas. Una mujer joven me mira con pena y trae un cuenco. Lleva el brazo vendado y sé lo que ha hecho.

—Si no me muerdes o me atacas, te daré de beber —dice asustada.

—No… lo haré.

Todavía no comprendo por qué me quieren viva, pero no voy a atacar a la única persona que tiene un poco de empatía por mí. Ella acerca un cuenco y huelo la sangre. Me remuevo y ella da un paso atrás.

—Perdona… me muero de sed.

—Lo sé. Me parece horrible lo que están haciendo.

—¿Por qué? —digo y ella gira el rostro y vuelve a acercarse a mí con el cuenco. Abro la boca y lo deja caer. La sangre hace que empiece a sentirme mejor. Cuando se acaba, sigo sedienta. Ella da dos pasos hacia atrás.

—Lo siento, Grace. No hay más por hoy. Si puedo… vendré a darte algo en un par de días.

—¿Por qué me mantienen viva? Si me van a torturar… prefiero morir.

—Eso no lo sé. Rogué que me permitieran alimentarte si es que te van a retener y mi… el jefe, dijo que adelante. Que no quería que murieras todavía.

—¿Cómo se llama tu jefe? —quiero saber su nombre para asesinarlo lentamente.

—Es el duque de Letto.

—Sé quién es o quién era su familia. Pertenecía a la estirpe de los cazadores, pero pensé que se habían retirado. Que ya no cazaban.

—Y no lo hacían. Solo que sucedió algo y… todo cambió.

—No creo que yo haya podido ofenderle o dañarlo. Hace mucho tiempo que solo asesino a mis enemigos.

—No, tú no. Y he hablado demasiado.

—Dime tu nombre para rezar por ti.

Ella parece sorprenderse, pero asiente.

—Carinna. Te juro que volveré para alimentarte, pero es mi propia sangre y no puedo sacar tanta. Si puedo convencer a alguien de que me ayude, lo haré. Te ruego que te comportes. No intentes liberarte, de momento.

—No lo entiendo, Carinna.

—Estoy en contra de lo que está haciendo, tengo amigas brujas y de otras especies, pude advertirles, pero no sabía que te iban a raptar a ti. Esto es una locura y muchos de los nuestros quieren asesinarte. Yo he escuchado de ti y sé que eres una reina justa.

Escuchamos un ruido fuera y ella se va corriendo. Su sangre me permite tener la mente más clara y ha conseguido que mis colmillos dejen de estar flojos. La piel sigue cuarteada, pero aguantaré unos días más. Lo malo, que estar allí, hace que todos mis recuerdos retornen como una mala comida.



Cuando salimos de casa de los lobos, yo estaba hundida. Joline me llevaba de la mano, aunque su derecha estaba sujetando el puño de la espada. Iba a amanecer, así que debía volver al lugar donde nos hospedábamos, una habitación más o menos lujosa. Pero una vez llegamos allí, un joven vampiro nos esperaba.

—Anaya, tu dómine te espera en el palacio de la Corte del Agua. Joline, tan bella y fiera como siempre.

Mi compañera gruñó y él desapareció. Luego, se volvió hacia mí.

—No son buenas noticias. Duche te verá como una enemiga si se entera de que eres mayor que él. De hecho, parece que aprecia mucho a Drayash, a la vez que lo teme. En realidad, cualquier vampiro teme a tu dómine, pues al ser más viejo, tiene más

derechos sobre las cortes. Tienen suerte de que él sea un nómada, pero puede dejar de serlo y reclamar su reinado, con la muerte probable del actual rey.

—Me parece que él no desea ser rey.

—Nunca se sabe. La Corte del Agua es muy poderosa y se extiende por varias ciudades de alrededor. Poderosa y rica. No suelen llamar demasiado la atención con los asesinatos, por eso no hay guerra con los lobos. De hecho, Duche les prohíbe asesinar. Es de los que piensan como nosotras. Si Drayash el turco ascendiera al trono, esto se acabaría. Y lo primero que harían es asesinar a Josepho y a su familia.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo mientras caminábamos hacia la corte. Agradecía muchísimo a Joline que me estuviera acompañando. Me sentía extraña porque a lo largo de toda mi vida, nadie me ayudó de forma tan generosa. Me paré y la miré. ¿Acaso me estaba engañando?

—¿Estás bien?

—¿Por qué me ayudas? No lo entiendo.

—Ya te lo dije. Odio las injusticias y a quien las comete. Es mi cruzada particular y el motivo de haber sido convertida en vampiro. Dicen los sacerdotes que somos demonios de la noche, pero yo creo que ha sido el destino el que me ha traído hasta aquí. Cuando os vi, hace días, llegar a Venecia y observé tu rostro bello e impasible, pensé que tenías un gran sufrimiento en ti. A veces se esconde más debajo de una máscara plana que de unas lágrimas.

Aparté la cabeza, emocionada. En todos mis años, nadie me había tratado así.

—Mira, Anaya. Debes comportarte como siempre, averiguar qué planes tiene tu dómine. Junto a Duche podríamos derrotarle.

—¡No le digas nada! —susurré asustada.

—No le vamos a decir nada. Lo haremos nosotras, pero primero debes saber qué quiere y por qué están viniendo vampiros ancianos a Venecia. Se lo debemos a Josepho.

—Sí, eso sí. Ayudaré en lo que pueda.

—Ahí dentro cambiaré. Verás que quizá te trate con desprecio, pero no es lo que siento. Es solo una fachada, ¿de acuerdo? No me

tomes en cuenta todo lo que yo diga y reacciona a ello si lo necesitas. Eso es importante. Me toman como una cazarrecompensas, y es como me voy a presentar a Drayash. Te rescaté de los cazadores, te vestí y pediré algo a cambio de ello a tu dómine. Él, por ley, debe pagarme.

—De acuerdo.

Caminó hacia las principales calles de la ciudad y yo la seguí aturdida. Los entresijos de las conspiraciones palaciegas me resultaban ajenos. Era algo que debía aprender si quería llegar a ser… ¿reina? ¿Quería ser reina?

De repente vi que sí quería, que estaba en mi derecho y algo se rompió por dentro de mí. Quizá fueran las cadenas que yo misma había forjado siendo tan sumisa.

—Recuerda, compórtate como siempre —dijo Joline mirándome. Ella también lo había notado—, hasta que acabemos con él. Te presento el Palacio della Notte.

Asentí y miré alrededor. Habíamos caminado hacia una de las calles menos transitadas. El edificio exudaba poder y dinero. Era de cuatro plantas, con una fachada de mármol negro, detalles dorados que reflejaban la luz de los faroles de los canales. Las ventanas también tenían vidrieras oscuras, para atenuar los rayos solares. Había balcones a partir de la segunda planta y un canal privado desaparecía bajo una arcada anexa a la casa.

Un vampiro reconoció a Joline y me miró curioso, pero nos dejó pasar. Iba a amanecer pronto.

—Los guardias son humanos durante el día —explicó Joline. Era una buena idea tener empleados que no se deshicieran a la luz del sol.

Pasamos al vestíbulo, de suelos oscuros, pero las paredes eran de un blanco puro, con columnas hasta el alto techo. Una mujer se inclinó delante de nosotras y dejé de fijarme en las elegantes escaleras o en los muebles lujosos, para pasar a admirar el enorme salón.

—A este le llaman salón Carmesí, ya verás por qué —dijo Joline con media sonrisa.

Abrí la boca asombrada al ver el lujo de una sala, con tapices de seda roja colgados en las paredes, frescos de escenas sexuales que a otro sonrojarían, además de cuadros de un hombre atractivo, delgado, de cabello oscuro. Puesto que había varios de ellos, supuse que era Duche.

Al girar la mirada hacia el centro de la sala, vi numerosos vampiros elegantemente vestidos, también humanos. Miré, ansiosa, buscando a Drayash y luego me reprendí por sentir esa necesidad. La que él me había creado, pensé apretando los puños.

—Vamos hacia el trono y mantén tu mirada baja.

Nos abrimos paso hacia la zona más alejada de la puerta. Pude ver mesas alargadas con copas con líquido rojo, además de comida en delicados bocados. Las velas y los candelabros iluminaban de forma cálida la sala. No sabía cómo es que convivían de forma tan normal. Eso es lo que yo quería, sin duda. Desde los amplios ventanales en forma de arco apuntado se veía un jardín algo salvaje, pero adiviné que habría plantas para protegerse de los lobos, tal vez acónito y belladona. Incluso en momentos de paz, los vampiros estaban alerta.

Había un trono de madera oscura en el centro, y el hombre representado en los cuadros se sentaba relajado. A su alrededor, algunos vampiros y humanos conversaban en calma.

Lo miré. No era tan impresionante como en los cuadros, que, sin duda, un artista había mejorado. Su rostro estaba picado por la viruela, pero sí, tenía un gran magnetismo animal. Los labios, curvados en una sonrisa que no era acompañada por sus ojos, me hizo saber que no era un vampiro débil.

Joline me agarró del brazo con cierta dureza y estuve a punto de revolverme, pero comprendí que era la pantomima que antes me había comentado.

—Noble Drayash, os traigo a vuestra ahijada —dijo Joline dirigiéndose a un hombre vestido con una elegante chaqueta. Cuando se volvió, apenas lo reconocí. Se había afeitado y peinado y no parecía el habitual.

—Vampira Joline, estoy agradecido por tus servicios. Veo que también le encontraste la ropa adecuada.

—Así es. Se vio rodeada de cazadores y el vestido anterior no quedó en muy buen estado.

—¿Acabasteis con ellos? —preguntó Duche y me miró con mucho interés. Yo bajé el rostro.

—¿Acaso lo dudas? ¿No me contrataste para ello? —dijo Joline. Me empujó hacia mi dómine—. Eso no quita que me merezca una recompensa extra por salvar a una vampira tan antigua y valiosa, noble Drayash.

Noté la incomodidad de mi dómine y también la mirada escrutadora de Duche.

—Por supuesto, toma —dijo sacando una abultada bolsa de oro de su bolsillo. La lanzó a Joline y ella la abrió y luego enarcó una ceja.

—Pensé que la teníais en más aprecio. Con este dinero bien podría comprarla yo para que me sirviera a mí. Incluso mi príncipe podría adquirirla.

—¡No! —dijo mi dómine—. Yo la convertí, me pertenece. Y ella desea estar conmigo. ¿No es así?

Levantó mi barbilla y yo asentí. En ese momento tampoco podría hacer otra cosa. Solo iba apuntando cada desplante, cada una de las afrentas que me había hecho pasar, cada dolor padecido. Para devolverlo uno por uno. Cerré los ojos para no mostrar mi furia.

—Está bien —dijo Duche—. Niña, id a alimentaros y dejad a los mayores que hablemos.

Asentí y su desprecio me llegó muy dentro. Joline se alejó de mí para seguir con nuestra pantomima. Yo me acerqué a una de las mesas, donde había copas con sangre, tomé una y la bebí entera. Todavía estaba cálida, diría que recién extraída. Alguien se acercó a mí.

—Buenas noches, bella Anaya —dijo una voz profunda. Me volví sorprendida.

—¿Cómo es que estás tú aquí? —pregunté. El bello licántropo sonrió.

—Soy un invitado de Duche. Desea que realice una escultura de cuerpo entero. Supongo que es difícil vivir solo de mi arte y él paga bien.

—Bernardino, ¿verdad?

—Solo Bert. La manada y la corte están en tregua. Yo vengo por trabajo.

—Y de paso, vigilas enviado por tu hermano. ¿me equivoco?

Él sonrió y mi corazón se paró.

—Algo así. Eres tan bella que la gracia de Dios se debió derramar en ti cuando naciste.

—Yo…

—Creo que no estás acostumbrada a que te admiren y no deberías. Tu cuerpo es un templo, uno al que me encantaría entrar —dijo y sentí que mis entrañas se retorcían de deseo. Luego, pareció confuso—. Creo que… estaba muy impresionado por la visión de tu piel desnuda… disculpa si me he excedido.

—No, me alegro. ¿Tuviste que desahogarte tú solo? —pregunté y él sonrió de nuevo de forma pícara.

—Oh, sí. Dos veces. Y diría que necesito una tercera.

Mi mirada bajó hacia su casaca, ligeramente abierta. Sin duda, su excitación abultaba su pantalón.

—Los lobos sois muy sexuales —dije, pasando mi lengua por el labio. Yo también lo era, y lo deseaba, sin duda.

—Tal vez podríamos encontrarnos alguna noche. Mi estudio está a cuatro pasos de la casa de mi hermano. Lo reconocerás porque es un gran almacén sin plantas intermedias. Los derribé y solo me quedé con la planta baja. A veces mis esculturas superan los tres metros.

—Siempre he admirado las expresiones artísticas y aquellos que las realizan. Sois una especie aparte.

Él se echó a reír y su risa franca me fascinó. Entonces, alguien me tomó de la cintura y apretó hasta que lo miré.

—Veo que te ha fascinado el escultor de Duche. Algo extraño, tan refinado y licántropo. No es habitual.

—Lo sé —dijo él sin molestarse—. Por eso el rey aprecia tanto mis servicios.

—Sí, sé que le proporcionáis servicios completos, por decirlo así. Mi ahijada se disculpa con vos, debemos marcharnos.

Sin poder despedirme de nadie, me arrastró de la cintura y me llevó a una sala, donde me empujó al suelo. Estaba furioso.

—Te dije que salieras a divertirte, matar y alimentarte, nada más. ¿De dónde sacó Joline estos caros vestidos? ¿Y cómo es que conoces a Bernardino?

—No lo conocía y los vestidos los tenía ella —dije humillándome y sin levantarme, aunque por dentro, empezaba a hervir de furia.

—Está bien, florecilla. Duche está fascinado por ti y puede que quiera sexo contigo en algún momento. Posiblemente compartirás el lecho con otros hombres. Tal vez con ese licántropo al que deseas. Él participa en las orgías que organiza. Ahora debemos retirarnos pues va a amanecer, pero Duche ha insistido en que ocupemos una de sus habitaciones. No es bueno desobedecerle, no todavía.

—He visto muchos vampiros. Nunca había visto tantos juntos —dije buscando respuestas.

—Sí. Los cazadores de sobrenaturales están por todas partes. Algo debemos de hacer.

—¿Solo es eso?

—No te importan, niña. Ve a la segunda planta. Tal vez te tome antes de dormir, para que recuerdes que yo soy tu dueño.

Agaché la cabeza y subí corriendo las escaleras. Me volví, porque sentí algo. Él me miraba con el ceño fruncido, pero luego se volvió. Una vampira joven, casi una niña, me indicó el camino y entré en una habitación lujosa, con una amplia cama con doseles, armarios repletos de ropa, una bañera enorme, rodeada de delicados frascos que sin duda contenían olorosos perfumes.

—¿Desea que la llenemos, señora?

—Sí, gracias.

La niña vampira se inclinó y desapareció con rapidez. Hacía mucho tiempo que no estaba en un lugar tan lujoso. Podría acostumbrarme. Un grupo de cinco mujeres, algunas humanas, llenaron mi bañera y echaron sales olorosas. Solía bañarme en ríos o lagos, tenía un jabón sin olor para mi cabello, esto era tan diferente…

Me quité el vestido con rapidez, sin rasgarlo, porque me encantaba y me metí desnuda a la bañera. Los pétalos de flores que

habían echado dentro flotaban mientras yo permanecía sumergida, sintiendo el sutil aroma del agua, disfrutando de la suavidad de los aceites que se posaban en mi piel. Enjuagué mi cabello y permanecí en la bañera. Me sentía como una reina y me juré a mí misma que debía conseguir esa vida para mí. Reconocí que amaba el lujo y que me sirvieran. Tener sexo con quien yo deseara y no con quien me ordenasen.

Mi piel extremadamente pálida relucía, barnizada de aceites y cuando miré a la ventana, lo vi. Dos manos se agarraban a la barandilla y él dio un salto para llegar hasta el suelo. Me miró con avidez y yo sonreí. El agua lechosa apenas tapaba mi cuerpo.

Se quedó, apoyado en la ventana, esperando y con una sonrisa felina en el rostro.

—¿Qué haces aquí, lobo? ¿Te has perdido o deseas algo de mí?

—Ya lo creo que quiero algo de ti, pero solo si tú lo deseas.

Me di cuenta de que era la primera vez que alguien me preguntaba si quería sexo y me conmoví. Me levanté, desnuda y sintiendo su deseo, espeso, dulce y salvaje, llegar hasta mí con un leve aroma. Salí de la bañera, dejando una huella húmeda en el suelo de baldosas blancas y negras y me acerqué a él. Se había puesto erguido, dejado esa pose descuidada, y me miraba con tal intensidad que pensé que iba a atravesarme.

—Eres única, Anaya —dijo acariciando mi rostro. Yo tenía prisa. Le quité la chaqueta y procuré no romperla, aunque es lo que deseaba, quería rasgar su ropa, ver el macho que había debajo, que sin duda era apetecible. Él se rio ante mi prisa, pero se dejó hacer. Pronto estuvimos desnudos, mirándonos. Él era al menos treinta centímetros más alto que yo, su piel, curtida por el sol y cada uno de sus músculos perfectos. No estaba hinchado como otros licántropos, pero era fuerte y atlético.

—Llévame a la cama.

Me tomó en brazos con delicadeza y me apreté contra su pecho. Su corazón era como un tambor que resonaba fuerte y rápido. Estaba muy excitado, pero no parecía apresurado.

Me depositó en la cama y se quedó de pie, pude admirar su figura y su miembro duro y preparado. Suspiré, y alcé los brazos. Él

se colocó junto a mí y acarició mis pechos, no demasiado grandes, pero duros y excitados. En algunas cosas, los vampiros éramos como los humanos. También me humedecía cuando estaba excitada, o me arqueaba de placer. Mis clímax eran épicos, aunque cierto que en los últimos años solo fingía.

Él se tomó el tiempo de pasar su lengua algo áspera por mi piel, arrancando suspiros de mi boca, que de vez en cuando atrapaba, invadía y mordisqueaba, llevándome una y otra vez cerca de mi final. Ya empezaba a ponerme ansiosa y cuando se dirigió por el vientre hacia mi centro, estaba a punto de tener uno de los mejores orgasmos de mi vida. Él lamió mi clítoris y ronroneó, saboreándolo. Luego, se levantó.

—No hay mucha diferencia entre mujeres humanas y vampiras, o entre las lobas. Sabes deliciosa.

—Bert, soy una mujer de poca paciencia. O me devoras con tu lengua o metes tu polla en mí. Pero no hables tanto.

Él se echó a reír y volvió a jugar con su lengua entre los pliegues de mis labios más íntimos. El primer orgasmo me sorprendió por su potencia. Tuvo que sujetarme porque me arqueé de tal manera que pensé que saldría volando. Respiraba agitada, incluso aunque los vampiros no tenemos por qué hacerlo. Él se colocó sobre mí con una gran sonrisa y lamió mi cuello. Luego, su enorme miembro alcanzó mi entrada y me miró. Sonreí porque lo quería todo dentro de mí.

Se introdujo despacio, pero yo le ayudé. Él gimió al sentir mi interior algo más frío que otras mujeres, lo sabía, pero no pareció importarle. Sus movimientos sensuales estaban causando estragos en mí, aunque en ese momento no lo supe. Mis colmillos se alargaron y traté de ocultarlos, pero él me besó, rozándolos con su lengua. Eso me excitó y aunque procuré no moverme a la velocidad de un vampiro, aumenté el ritmo y él gruñó.

—Vas a hacer que termine ya, malvada —dijo sonriendo. Yo lo hice también. Quería sentir el semen caliente dentro de mí. Era una sensación agradable.

Él se dejó ir, inundándome de ese calor único que solo podía sentir de esa forma. Yo no tuve que fingir. Mi clímax explotó con el

suyo. Fue largo, cálido y nuestra habitación se llenó de olor a sexo y placer. Él respiró agitado en mi oído y luego me miró.

—Un día de estos me gustaría que me mordieras. El placer es mucho mayor.

—¿Todavía más? —pregunté desmadejada. Él se echó a reír y noté que se endurecía dentro de mí, pero salió y se echó a mi lado.

—No es algo que a los lobos nos guste: que nos muerdan, ¿sabes? Pero hace años lo probé de forma accidental y te aseguro que fue impresionante, aunque esto ya lo ha sido. No sé si podría mejorar —dijo girándose y pasando uno de sus dedos largos y algo ásperos sobre mi piel.

—Todo se puede mejorar en la vida, pero no sé cuánto tiempo estaremos. Yo…

—Lo sé. Donnata me explicó tu situación cuando te vi… tu cuerpo… no he podido dejar de pensar en él.

—Ella quizá no debía haberte contado nada.

—Mi cuñada se preocupó por ti. Me dijo que te echara un vistazo en la fiesta.

—Y lo has echado —dije sonriendo traviesa—. Hacía mucho que…

Me callé porque no podía explicarle por todo lo que había pasado durante este tiempo. Me avergonzaba.

—Creo que tenemos una compatibilidad muy especial, Anaya, gracia divina de los dioses —dijo mirándome a los ojos—. Sé que no es normal entre tu raza y la mía, pero soy un rebelde, qué quieres que te diga. Jamás sigo los convencionalismos.

—Estoy atrapada, Bert. De hecho, deberías irte. Si mi dómine te descubre, podría enfadarse.

—Algo haremos. Pero sí, me voy, no quiero causarte problemas. Tal vez debas bañarte para ocultar mi olor.

Se levantó, precioso como una escultura, tendió su mano y me acompañó a la bañera, donde me sumergí. El agua ya estaba fría, pero no me importó. Él acarició mi piel y de nuevo me excité. Bajó su mano por mi vientre y me acarició de nuevo, haciendo que acabara con otro orgasmo en la bañera. Jadeé y él retiró la mano.

—Espero que no me olvides.

—Te aseguro que no lo haré.

Sonrió y se vistió con rapidez. Luego, saltó el balcón como si nada. Me lavé y arreglé la habitación, poniendo velas perfumadas, por si acaso. Pero mi dómine no vino esa noche.



El día está llegando y me siento algo mejor, gracias a la sangre que me ha dado Carinna. Será a la única que no asesine cuando salga de aquí. ¿Qué habrán hecho con Eugene? ¿Dónde estará? Si me tienen atrapada en Varsovia y el dueño del castillo es el duque de Letto, ya sé que son la Iglesia de la Luz, porque, hace mucho tiempo, llegué a conocerlos.

CAPÍTULO 5. ADMIRANDO EL PAISAJE

Recuerdo los momentos pasados con Bert con mucho cariño. Lo amé, como se puede amar a alguien con quien sabes que no vas a estar mucho tiempo. Algo parecido a lo que siento por Eugene, que, por esas fechas, andaba visitando las indias occidentales, según me contó. Aunque al cabo del tiempo nos conocimos, y congeniamos al instante, como amigos.

En ese momento, solo deseaba estar con el lobo y pensé que sería posible tener unos años de felicidad, claro que, no era el momento ni el lugar.



Me levanté emocionada… ni me acordaba cuándo había sido tan feliz. Esos momentos eran únicos y los guardaba en mi corazón. Me extrañó que Drayash no hubiera venido a poseerme, lo vi con ansia, pero tal vez escogió a alguien más joven y vulnerable que yo. Es lo que le gustaba. Resultó repugnante al principio, pero supongo que me acostumbré.

Busqué un vestido bonito en el abarrotado armario de mi habitación y encontré uno de seda azul con brocados en crudo. Me vestí como pude, realmente estos trajes eran bellos, pero poco prácticos y cuando estaba calzándome, llamaron a la puerta. La joven vampira entró y me ayudó sin decir nada.

—Os peinaré, si me lo permitís.

—¿Cómo te llamas?

Ella se sobresaltó. Sus manos temblaron, pero le sonreí.

—Sabine, señora.

—Precioso nombre, ¿sabes la historia del rapto de las Sabinas?

—Sí, la conozco. El rey me puso ese nombre tras llegar a la corte. Mi padre era un importante comerciante que le servía, hace unos veinte años. Solo tenía una hija y como a Duche le interesaban sus servicios, le obligó a convertirme.. Yo estaba enferma e iba a morir.

—¿Y tú querías?

—¿Ser una eterna niña? No. Hubiera preferido morir mil veces —dijo con una furia que no esperaba.

—Lo siento, Sabine. Yo tampoco fui preguntada. Soy una esclava de mi dómine.

—Y, sin embargo, por lo que he escuchado, sois una de las antiguas. Podríais… incluso ser reina. Si una mujer vampiro ascendiera al trono, las cosas cambiarían.

—No soy tan fuerte como crees —suspiré. ¿Por qué todo el mundo insistía en que fuera reina? Sí, amaba el lujo y vivir en un palacio así me atraía, pero para ello tendría que luchar. No estaba preparada. No todavía.

—Debo decir que muchos de los vampiros antiguos que han llegado no traen buenas intenciones —susurró cerca de mi oído—, algunos detestan que Duche no haga la guerra a los licántropos. Otros detestan a vuestro dómine porque es el más antiguo y podría supeditarlos.

—¿Pero cómo? Él es fuerte…

—No sabéis nada. Parecéis una mujer muy culta, pero de vampiros, ni una sola palabra. Os diré que un vampiro mayor puede someter a otro con su energía. Incluso aunque sea alguien menos fornida, como vos. Solo es cuestión de sentir que el poder os inunda y transmitirlo para poder someter al otro.

—Yo no sé hacer eso.

—Pues vuestro dómine sí sabe. Duche lo quiere ver muerto —siguió susurrando—. Él ha visto vuestro sufrimiento y está dispuesto a ayudaros, si es lo que deseáis. Por supuesto, si decidís seguir siendo esclava de vuestro dómine y contarle lo que os acabo de relatar, él lo negará todo y a mí me cortarán la cabeza.

—No tenía ni idea…

—Drayash es un salvaje que no se atiene a ninguna norma o regla que los vampiros hayan estado siguiendo desde que empezó el primero. Diría que él se ha preocupado por asesinar a cualquier otro vampiro que tuviera más de mil años, porque han ido desapareciendo. Conocí a uno de ellos, Eugene, un vampiro nómada, aunque tiene su grupo en Alaska en este momento. Él desciende de los vikingos y no se ha llegado a enfrentar a vuestro dómine, aunque quizá podría vencerle, igual que vos. Vuestra fuerza es mental y no de ese cuerpo pequeño, si me permitís el comentario.

—¿Cómo puedo conseguir esa fuerza, Sabine?

—Aprended de Joline, ella conoce el secreto del chi. Desde que ha llegado a Venecia, Duche es más poderoso, solo porque ella le enseñó cómo canalizar su fuerza. Es una vampira muy valiosa. Mi rey cuenta con vos para que le ayudéis y tal vez le gustaría tomaros como esposa, aunque él no desea a las mujeres, ya me entendéis. Pero de esa forma os protegería.

Me levanté, ya peinada, con mucho que pensar. Alguien llamó a la puerta y un joven vampiro entró con un estuche.

—Es para vos, un mensajero lo trajo durante el día.

Lo abrí, emocionada. Un precioso collar de perlas tan blancas como mi piel y una nota manuscrita que decía, «No me olvides, B.».

Me guardé la nota dentro del vestido, emocionada, y Sabine me ayudó a ponerme el colgante.

—Son un símbolo de amor y fragilidad, mi señora. Alguien se ha sentido muy impresionado por vos.

—Eso parece —dije levantándome—. Pensaré en todo lo que me has dicho. Yo también deseo ser libre, pero no consorte del rey. Quiero tener mi propia vida.

—Es bueno saberlo. No quisiera que el rey se sintiera impelido a asesinaros. Lo lamentaría. —Me miró por un momento a los ojos y susurró—. Nadie, excepto Joline, se molestó en preguntar mi nombre, aunque no sea el verdadero.

Me quedé pensando durante unos segundos. Así funcionaba la corte y los vampiros. A veces te apreciaban y otras veces conspiraban para asesinarte. Acepté la apuesta.

—De acuerdo. ¿Sabes dónde está mi dómine en este momento?

—Creo que han viajado fuera de la ciudad. No sé qué quería mostrarle mi rey. Han ido casi todos, así que tenéis la noche libre, tal vez podáis encontraros con vuestro amante, ese que os hace sonreír.

Volví a sonreír. Sí. Él me hacía sentirme así. Otra joven trajo una copa de sangre y la bebí con ganas. Si iba a salir a pasear, no quería estar hambrienta. Tampoco quise preguntar de dónde la sacaban.

—Avisaré a Joline. Ella deseaba hablar con vos.

Asentí y en el tocador, puse un suave perfume. Me preguntaba dónde había ido mi dómine sin ni siquiera avisarme. Pero poco me importaba. Estaba deseando visitar a Bert y volver a sentirlo dentro de mí.

Salí de mi habitación y al bajar las escaleras, Joline me esperaba. Me miró de arriba abajo y luego dio su aprobación. Ella llevaba un pantalón oscuro con una casaca bordada en tonos dorados y negros. Su cabello iba trenzado y, por supuesto, llevaba sus espadas.

Los empleados nos ofrecieron varias máscaras a elegir y yo tomé una que representaba a un pavo real con colores azules y verdes. Joline escogió una muy sencilla, que no le quitase visión. Ya preparadas, salimos a la calle.

—No quiero molestar, pero…

—Quieres ir a ver a Bert. Lo entiendo. Pero antes hablemos mientras caminamos hacia su estudio.

—Hablemos —dije uniendo mis manos.

—No, así no. Espalda erguida, camina como la reina que eres.

—Todavía no lo creo, así que no puedo fingir.

Ella movió la cabeza y silbó. Un tipo alto, de rostro enjuto y vestido como un lacayo, se acercó a nosotras.

—Él es Barnaby y estará a tu servicio desde ahora. Donde tú vayas, él irá y te protegerá con su vida si es necesario. Es mi… ahijado. Le salvé de una muerte certera y cuando buscaba a alguien para que te protegiera, él se ofreció. Es muy leal.

—Encantada, Barnaby, pero Joline, yo no…

—No puedo estar siempre contigo, así que él será tu sombra. Una sombra alargada, claro —dijo. La miré y subió una de las comisuras de su boca. Así que también hacía bromas—. Eres importante en este momento, porque creo que serás de las pocas

que pueda estar tan cerca de tu dómine como para acabar con él. O empezará una guerra de la que nadie saldrá indemne. Imagínate. Creo que intenta convencer a los más fanáticos, como una vampira que ahora se hace llamar Elisabeth y odia a los mortales. Muchos, como Eugene el vikingo, no tienen interés por la guerra, pero otros sí. Duche tiene a más de la mitad convencidos, pero si Drayash desapareciera, los demás se quedarían sin líder. ¿Comprendes lo importante que eres?

Continuó caminando sin hablar hasta que llegamos al taller de Bert. Era un almacén con puertas de madera y Joline después de un corto abrazo, se fue. El tal Barnaby se inclinó.

—Esperaré fuera, mi señora.

Toqué, nerviosa, mi collar de perlas y asentí. Empujé la puerta y por un momento vi a mi amante, solo con el pantalón y el torso al descubierto, trabajando sobre una gran roca, tallando con fuerza y delicadeza, moviendo cada músculo de forma coordinada, tensándose y destensándose alternativamente, produciendo una ondulación seductora. Él acabó sonriendo, y luego se volvió hacia mí.

—¿Admirando el paisaje?

—Sí. Eres un ejemplar impresionante —dije acercándome despacio para que él también me admirase. Se secó el sudor de su cara con un paño y bajó de la escalera donde estaba subido.

Se acercó a mí y puse la mano sobre su pecho húmedo. Él sonrió, y me dio un suave beso.

—Estoy sudado, las vampiras tenéis un gran olfato y puede que te desagrade.

—Ni lo sueñes —dije cuando él se alejaba. Entonces se acercó a mí y puso su pantalón contra mi falda. Noté la excitación al instante.

—Es instantáneo. Al verte, me pongo como loco —dijo en mi oído haciendo que me humedeciera al instante.

—No me puse calzones —dije y él abrió los ojos y levantó mi falda para acariciar mi trasero. Ronroneó y me levantó para sentarme en un aparador que estaba apoyado en la pared. Retiró mis faldas con delicadeza. Con una mano, sacó su enorme polla excitada y entró en mí de golpe. Jadeé, excitada como nunca y él

me poseyó con fuerza, como solo un sobrenatural puede hacerlo. Sacó mis pechos del vestido, dándoles un buen masaje, retorciendo los pezones mientras entraba y salía casi del todo, para volver a meterse de golpe. Casi rabiaba porque él hiciera eso, pero él sonreía.

Al final, lo agarré de la cintura con todas mis fuerzas y entonces él gimió y me dejé llevar. Él acabó derramándose en mí. Se apoyó en la pared, justo al lado de mi cabeza, jadeando y sin salir de mi interior.

—¿Qué tienes, gracia de los dioses, que me has atrapado en tus redes?

—No lo sé…

Pero de repente, olí algo delicioso. Miré su cintura y vi que, al sujetarle, lo había arañado y sangraba ligeramente. Él me miró y salió de mí, se giró y me ofreció su costado.

—¿Quieres probarme? O quizá te desagrade mi sangre.

—No… debería. ¿Y si no puedo parar?

—Lo dudo. Hazlo, Anaya.

Bajé del armario y me puse de rodillas. Él estaba desnudo, pues los pantalones se habían deslizado hasta el suelo. La sangre le caía por uno de los costados y acerqué mi lengua tímida hacia él. Lamí una gota y jadeé. Había probado la sangre de otros lobos y no era como la suya. Pasé la lengua por toda la herida y después por el otro lado. Al volverme hacia delante, vi que otra vez estaba excitado, así que metí su larga envergadura en mi boca. Notaba el palpitar de su sangre en su miembro y, por una parte, deseaba morderla, sacarla y bebérmelo entero. Pero no lo hice. Me controlé. Solo lamí su miembro de arriba abajo y él empezó a gruñir, excitado. Volví a meterla dentro, jugué a rozarlo con mis colmillos y entonces estalló. Recibí su regalo dentro de mí. Sabía salado y a la vez, a él.

Me levanté y él sonreía.

—Creo que podríamos tomar una copa de vino hasta volver a jugar.

Acepté, satisfecha. Se subió los pantalones, pero no se puso camisa, porque seguramente se la iba a arrancar.

Fue a buscar una botella y dos copas y yo rodeé la escultura. Sin duda era una mujer, pero todavía no se veía nada.

—¿Qué es?

—Ya lo verás —dijo poniendo las dos copas y el vino delante—. ¿Eres de las puristas que no beben nada más que sangre?

—Mi dómine sí lo es. Pero a mí me gusta probar… otras cosas —dije y él soltó una carcajada.

Sirvió el vino y se me quedó mirando. Brindamos y dimos un trago. Era delicioso.

—Me alegro de que no me hayas mordido y acabado con mi vida —dijo posando la copa en la mesa y acercándose a mí. De nuevo estaba excitado. Levanté una ceja, pero también dejé la copa.

—Deseaba morderte, Bert. Tu sangre es extremadamente deliciosa.

—Solo para ti, bella. ¿Me permites quitarte el vestido? Tengo una cama en la parte trasera y quiero volver a paladear toda tu piel.

Me giré al instante, lo que volvió a hacerle soltar una risa. A la vez, evitaba pensar en que él me gustaba demasiado o que yo estaba atrapada y no podía salir. ¿O sí podía? Quizá ahora tuviera una oportunidad.

Dejé caer mi vestido al suelo, pero él lo recogió y lo colgó en un gancho que bajaba del techo para que no se arrugase. Luego, me acompañó a la cama. Retiró el cobertor y dejó solo la sábana.

—Bienvenida a mi reino, majestad —dijo inclinándose. Lo amé por ello.

Me eché y le dejé sitio, pero él se quedó mirando mi cuerpo mientras veía su excitación.

—Eres perfecta, Anaya.

—Grace. A partir de ahora soy Grace, tal y como me llamas tú.

—Por supuesto, has obtenido todas las gracias divinas —dijo echándose a mi lado. Sus labios recorrieron mi cuerpo, haciéndome disfrutar.

Me volvió y se colocó detrás de mí. Esa posición no me traía buenos recuerdos, pero junto a él, se disiparon. Él entró en mí mientras se movía con suavidad, acariciando mis pechos y besándome en el cuello. Era tan tierno que empecé a llorar. Cuando

se dio cuenta de que su almohada se había llenado de sangre, se retiró de mí, horrorizado.

—¿Te he hecho daño? —preguntó mirándome a la cara. Yo negué.

—Nadie… nadie había sido tan tierno conmigo. Lo siento, yo lloro así.

—Siento todo lo que te ha pasado, Grace. Me encantaría compensártelo cada día de lo que me quede de mi vida.

Se puso sobre mí y se introdujo despacio, lamiendo la sangre de mi rostro y endureciéndose todavía más. Sabía que a algunos los volvía frenéticos, pero él, al igual que yo, se controló. Sus ojos cambiaron de una forma sutil. Y de repente, se paró.

—No puedo seguir, Grace.

Se salió de mí y se levantó, paseando por el taller, desnudo y mesándose el cabello, nervioso.

—¿He hecho algo? —dije levantándome. Él seguía excitado, yo también. ¿Qué había pasado?

—No sé qué me pasa contigo. Es como… cuando mi hermano encontró a Donnata. Deseo… deseo marcarte. ¡Joder! Eso no puede ser.

—¿Marcarme? Pero no eres alfa, ¿no es así?

—Entre otras cosas extrañas y prohibidas. No soy alfa, no te marcaría como mi hermano, pero sí de alguna forma y no sé por qué. Y eres una vampira, nunca… nunca ha existido algo así. No sé qué me pasa, Grace. Es como si fueras mi… alma gemela, mi compañera de vida, pero eres inmortal y yo no.

Me llevé las manos al pecho, estremecida. Nadie me… había declarado su amor o amado de esa forma. Nadie excepto mi madre.

Nos quedamos los dos, mirándonos, desnudos y confundidos, sin saber cuál iba a ser nuestro futuro.



Una lagrima se desliza por mi rostro pensando en Bert. Fue mi primer amor de verdad. Y jamás lo olvidaré, pero como él dijo, yo era inmortal y él no. No estábamos destinados, supongo.

CAPÍTULO 6. PROMESAS MORTALES

Después de tres días, aparece Carinna con otro cuenco de sangre, que me da sin que yo haga ningún movimiento sospechoso. Es la única que me está ayudando y no quiero asustarla, aunque quizá si me alimentara de ella, podría soltarme. O quizá no. Las cadenas me están dañando la piel.

—Gracias. ¿Qué está ocurriendo? Llevo muchos días aquí encerrada.

—Hay dos corrientes muy fuertes —dice sentándose a dos metros de mí. Sé que todavía no se fía de que acabe lanzándome a por ella—. Unos dicen que deben asesinarte y grabarlo para que lo vea el rey Eugene. Otros quieren torturarte.

—¿Qué quieren de Eugene?

—El duque… lo quiere ver sufrir. Sabíamos que él te ama, como tú a él. Hace tiempo, él dañó a la familia del duque.

—Estábamos en guerra, hubo muertos por los dos bandos. Yo también perdí a buenas amigas.

— Piensa que tanto tú como tu esposo sois peligrosos para los humanos. Su padre y su abuelo le envenenaron la mente. Él lo ha hecho con sus hijos… con casi todos —dice suspirando.

—Tú eres hija suya también.

—Sí. La pequeña. Aceptó que te alimentara porque todavía no han decidido cómo actuar.

—Si mi esposo y todos los vampiros de la corte no están aquí es porque no saben dónde estoy, pero cuando lo averigüen, nadie saldrá vivo. Si hay niños o mujeres que no quieres que mueran, deberías decirles que se marchen. Mi esposo es un guerrero y no le importará a quién asesina.

Ella se estremece y asiente.

—Esto no debería haber pasado. Cuando descubrieron la existencia de Holly Rubens todo el mundo se asustó. Ya había habido otros seres poderosos en el pasado, pero ella era demasiado. Intentaron… bueno, creo que sabes la historia.

—La sé. Pero ella nunca hizo nada contra los humanos.

—Sí. Cuando el gran Maestre pasó a ser uno de mis tíos, se comportó de forma razonable y la iglesia de la Luz pasó a ser una orden religiosa, sin atentar contra los sobrenaturales. Muchos de nosotros nos sentimos aliviados. Yo incluso empecé a conocer a las brujas de la ciudad. Ellas son amables y encantadoras. También me hice amiga de una joven licántropo. Un día mi tío apareció asesinado y las marcas eran de vampiros. Había muerto como mi abuelo y mi bisabuelo. Algunos testigos señalaron al rey Eugene. Tiene bastante antipatía a mi familia.

—Si me dices en qué fecha fue, te puedo decir dónde estaba. Además, si él hubiera asesinado a alguien como tu gran Maestre, yo lo sabría. ¿No consideró alguien que había sido una trampa?

—Sí. Algunos lo dijeron, pero cada vez eran menos. Después de la masacre de Nueva York, en la que no solo murieron brujos o algunos renegados, también lo hicieron personas de nuestra iglesia, por lo que los ánimos se exaltaron y comenzaron a pensar un plan. Estos años han estudiado bien… todos vuestros movimientos.

—Sabes que nosotros hemos optado por la paz entre razas, ¿verdad?

—Según ellos, es una patraña para conseguir unir a todos los vuestros y conquistar el mundo.

Casi esbozo una sonrisa. Casi.

—¿Y tú te lo crees, Carinna?

—Poco importa lo que yo crea. Soy menos que un cero a la izquierda.

—Libérame y me marcharé. Te prometo que no habrá derramamiento de sangre. Calmaré a mi rey y no nos vengaremos. Tengamos una solución pacífica.

Ella suspira y se levanta. Se va hacia la puerta, pero luego se vuelve.

—Ojalá pudiera ayudarte con eso. Hablaré con mi primo, el hijo mayor de mi tío. Él tenía que haber sido gran Maestre y no mi padre. Intentaremos algo.

—Algo es mejor que nada —digo, intentando sonreír. Me muero de sed, pero no la atacaré. Es mi única aliada. Si hubiera sabido lo que sé ahora, no hubiera dado tantos pasos en falso como los di en ese fatídico 1490.



Cuando Bert confesó lo que sentía por mí, me quedé más helada de lo que normalmente estaba. No comprendía qué estaba pasando y por qué yo sentía algo por él también.

Cuando dejamos de mirarnos, él descolgó el vestido del gancho y me ayudó a ponérmelo, abrochando con manos temblorosas los botones. Él también se vistió. Estaba muy trastornado.

—Lo siento, Bert —se me ocurrió decirle y él negó con la cabeza. Me abrazó, ya con la camisa puesta y me dio un suave beso en los labios.

—No tienes la culpa de que me haya enamorado de ti, como solo un lobo puede hacerlo. Sé que es inexplicable y que después de todos los años que has vivido, posiblemente no sientas lo mismo que yo.

—Yo…

—No te preocupes, tienes ¿mil quinientos años? —Me encogí de hombros—, es normal que no sientas el amor como yo, que solo tengo veintitrés.

—¿Sabes? Puede que sea antigua, pero nunca me había enamorado y lo que siento por ti me deja confusa y sin saber qué hacer.

—Por eso, es mejor que estemos un tiempo sin vernos, quizá debería de tranquilizarme y no pensar en el sexo, algo que será realmente difícil.

—Oh, me gusta… hacerlo contigo.

—Y a mí. Demasiado. Quiero hablar con mi alfa, necesito saber si sería posible, en caso de que… tú quisieras quedarte conmigo.

El pecho se me abre y sonrío.

—Me gustaría.

—En tal caso, lo primero es que seas libre —dijo acariciándome el rostro. Volvíamos a lo mismo. De nuevo Drayash se interponía entre mi felicidad y yo. Eso retorcía mis entrañas y supongo que se me notaba en el rostro—. Escucha, Grace, debes de ser lista, actúa como siempre o él lo notará. Sabes que es muy poderoso. Joline te ayudará en lo que necesites. Mientras tanto, deberíamos estar un par de días sin vernos o no podré evitarlo. Si él te oliera tras hacer el amor a menudo contigo, cortaría tu cabeza y la mía sin dudar. Sabes que es un purista.

—Lo sé. No me deja alimentarme de nada que no sea sangre.

—Y él ha cometido muchas atrocidades, entre ellas, convertirte. Duche, por ejemplo, no convierte a personas que no estén a punto de morir y sí, las que pueden aportar algo a su corte, no lo negaré, pero les preguntan si lo desean.

—¿Y tú? ¿Desearías ser inmortal?

Se aparta de mí con un suspiro y acaricia el mármol que está tallando. Después, niega con la cabeza.

—Dejaré la obra suficiente como para ser inmortal, Grace. Con eso me basta. Además, no sé qué resultaría de intentar convertir a un lobo. Tal vez algo malo.

—Quizá nadie lo ha hecho.

—Por algo será. Deberías volver.

Su mano se quedó cerca de mí, pero luego cerró el puño y lo dejó caer. Me marché, aguantándome las lágrimas. Empezó a caer una fina lluvia que deshizo mi peinado. Barnaby me seguía sin decir ni una sola palabra. Entonces, solté todo mi dolor de cientos de años. Gritaba y lloraba, por haber sido manipulada y, lo peor de todo, por no haberme dado cuenta y aceptarlo. Me odiaba a mí misma. Llegué hasta el canal, mirando las oscuras aguas. Sabía que, si me tiraba, no iba a morir, porque los vampiros no se ahogan, pero tal vez acabaría en algún lugar soleado, donde me derretiría.

Barnaby me tomó del brazo con delicadeza, me acompañó por las calles, caminando en círculos hasta que dejé de llorar. Entonces y solo entonces llegamos a la corte. Estaba empapada y me fui directamente a la habitación. Sabine encendió el fuego y preparó la bañera. No me dio tiempo a bañarme. Drayash entró, me olió, arrancó mis ropas y me violó. Sabine salió corriendo, mientras él entraba y salía de mí con brusquedad, azotándome como muchas veces.

Después, me dejó tirada en el suelo, herida y sangrando. Pude acercarme a la bañera y meterme, aunque Sabine no la había terminado de llenar. Me lavé mis heridas e hice una promesa. Una de esas mortales, de las que una vez que se realizan, la vida jamás vuelve a ser igual.

CAPÍTULO 7. PLANES MORTALES

Cuánto me alegré de haber acabado con mi dómine. Pensar en él todavía hace que me sienta mal y eso que han pasado más de quinientos años. Me revuelvo en mi celda. Ojalá pudiera darme un baño. He ido marcando cada día en la pared y ya van ocho. ¿Cómo es que nadie me ha encontrado todavía?

Imagino que Eugene habrá avisado a las brujas y que ellas con su poder de adivinación podrían encontrarme. O eso espero. La puerta se abre y espero ver a Carinna, pero dos hombres grandes y fornidos entran, armados con pistolas. Me apuntan y yo me quedo quieta. Después pasa un hombre de cabello canoso y barba, que se pone delante de mí.

—Qué duro debe de ser estar en todo lo alto y después caer tan bajo —dice. Empezamos bien. No me muevo, quiero que piense que estoy indefensa—. Tus negocios de Nueva York están siendo auditados por el FBI y ahora estás oficialmente en la ruina. También van a investigar a Eugene, por supuesto. Para los chupasangres os será difícil justificar cómo estáis vivos después de todo.

—No creas, tenemos nuestras técnicas —acabo diciendo. Él se sorprende de verme tan cabal todavía.

—No importa. Cada vez sois menos gracias a nosotros.

—¿Qué quieres además de matarme de hambre?

—Quiero… queremos venganza. Queremos que desaparezcáis de la faz de la tierra. Primero los vampiros, luego los engendros medio lobos y después hadas y brujas. Aunque ellos son humanos, no está en la ley de Dios que haya personas con poderes inspirados por el demonio.

—Ah, entonces eres de esos —digo mirando hacia la ventana. Recojo mis pies porque están muy cerca del cuadrado iluminado. Con lo débil que estoy, me afectaría demasiado.

—Sí, soy de esos. La Santa Inquisición española no pudo acabar del todo con vosotros, pero mi iglesia, encabezada por mí, lo hará.

Como vosotros no dejáis huella una vez muertos, seréis los primeros en caer.

—Eso ya me lo has dicho. Pero sigo sin entender. No hacemos nada, no matamos a nadie. ¿Por qué?

—Por la ventaja. No es justo que viváis *ad eternum*, que amaséis dinero, poder, tierras, industrias… estoy seguro de que movéis también los hilos de la política mundial.

—No lo hacemos. Nos importa una mierda si los humanos os matáis, os declaráis la guerra o conquistáis países. Vamos a lo nuestro.

—Me das la razón, niña.

Siento una furia desmedida porque Drayash me trataba así. Con condescendencia. Aprieto los dientes para no saltar y moverme. He de ser inteligente y no hacerlo.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a matarme de verdad o de aburrimiento?

Él da un respingo y luego niega con una sonrisa que podría darme escalofríos, si consiguiera moverme.

—No. Solo jugaremos contigo un tiempo, haciendo que tu esposo se rinda a nosotros. He oído que está recorriendo medio mundo, desesperado. Pero nunca te encontrará aquí. Somos imposibles de rastrear.

—Él te encontrará, pero no te matará, duque de Letto. No, porque seré yo la que te vaya arrancando primero los dedos, los brazos, las piernas, tu patética polla y luego pasaré a la lengua. Abriré tu vientre para sacar tus entrañas y te irás desangrando poco a poco. Pero jamás tomaré tu sangre, solo te dejaré vivir entre alaridos de sufrimiento hasta que, por fin, mueras. Y después mataré a toda tu familia. Eso te lo juro.

Mi voz, ronca y suave hace que el tipo se quede quieto, puede que muerto de miedo, no lo sé. Hace un gesto y sus dos matones salen con él. Cierran la puerta y suelto una carcajada que tiene más de histérica que de alegre. No me van a vencer. Por eso soy la reina Grace.



Sabine cepillaba mi cabello, ya seco gracias al fuego de la chimenea. Solo llevaba un albornoz y tenía los ojos fijos hacia el infinito. No era tanto que mi dómine me hubiera violentado con fuerza, a eso ya estaba acostumbrada. Era que Bert había renunciado a mí por no ser la correcta. Por no ser humana. ¿Tan malo era?

Mientras hacía una sencilla trenza, puesto que solo quedaban dos horas para el amanecer, llamaron a la puerta y me asusté, saliendo de mi ensoñación. Sabine dejó entrar a Joline, que se puso sentada en el suelo, frente a mí.

La miré y ni siquiera me di cuenta de que estaba llorando hasta que ella sacó un pañuelo de su bolsillo y limpió mi rostro.

—Tráenos dos copas de vino especiado mezclado con sangre, por favor.

La muchacha se fue corriendo fuera de la habitación y mi nueva amiga me tomó de las manos.

—Josepho me mandó llamar. Estaba muy preocupado. Bert está trastornado y no comprende nada. La verdad es que nosotros tampoco. Tu amante hizo bien en apartarse por unos días. Ambos necesitáis pensar.

—Lo sé —dije bajando la cabeza—. Yo tampoco sé lo que me ocurre. Jamás me había sentido así. Tan…

—¿Humana? —dijo ella con una pequeña sonrisa. Asentí—. Eso dice mucho de ti. Los vampiros que decidimos no asesinar sin motivos queremos pensar que seguimos siendo humanos. O que al menos, una parte de nosotros no se ha ido del todo. Me alegro de que tú también seas así, Anaya.

—Grace. Quiero llamarme Grace ahora mismo —contesté acariciando las perlas.

—Me parece bien, Grace. Escucha, he estado hablando con Duche y está convencido de que Drayash va a intentar asesinarlo en

breve. Si se hace con la Corte del Agua, que es una de las más poderosas, todos los vampiros deberán obedecerle. Lo primero que hará es asesinar a los lobos, que son los únicos que podrían plantarle cara.

Doy un respingo, aterrada.

—¿Cómo puedo acabar con él?

—Bien dicho. Verás, quiero preguntarte… ¿él suele tomarte?

—Sí, hace un momento lo hizo con fuerza, creo que olió a Bert en mí. Suele hacerlo cuando… otros hombres se fijan en mí.

—Eso es bueno, para los planes. No podrías asesinarle, pero sí debilitarle. Otros lo haríamos si tú no encuentras la forma. Mañana Duche dará una fiesta. Puede que ellos quieran intentar asesinarlo, pero antes lo haremos nosotros. Deberás coquetear con Bert, y sí, lo convenceremos para que venga. Y cuando te retires y él te tome, lo debilitaremos.

—¿Cómo?

—Introducirás en tu interior una bolsa de intestino de cordero, abierta, rociada de acónito por dentro. Cuando él introduzca su miembro, el acónito lo debilitará.

—¿Y yo? Moriré.

—Como mucho, podría afectarte cuando él la sacara, pero ya procuraremos que no lo haga. Te daré un aceite que protegerá la zona. Cuando él esté debilitado, le cortaré la cabeza.

—Habrá algunos que le apoyen.

—Sabemos quién, pero no son tan poderosos. Morirán esa noche.

—¿Y los lobos?

—No queremos meterlos en esto porque si no, habría una guerra. Es mejor que seamos nosotros los que juguemos al ajedrez. ¿Sabes jugar?

—Sí, sé.

—Pues la reina blanca, que eres tú, acabara con el rey oscuro en una jugada maestra.

Sabine entró con los dos vinos y nos dio uno a cada una. Olí la sangre, la canela y la pimienta. Joline me ofreció un brindis y acepté. Luego, tomé el vino de un solo trago.

Era el momento que esperaba, ¿correcto? Sería libre y, entonces, tal vez podríamos pensar en cómo estar juntos. No me importaría compartir algunos años con él, incluso aunque envejeciera. Sería bonito formar parte de la familia de Josepho y Donnata. Pasar con ellos buenos momentos, o con Joline. Incluso me llevaría a Sabine conmigo, como si fuera una hermanita. No se me ocurriría ser reina, o tal vez, cuando tuviera que irme de Venecia, me plantearía acabar en alguna corte.

—Lo haremos mañana mismo. No debemos esperar.

Joline aceptó y se retiró. Yo me eché a dormir con una ligera esperanza en la mente. ¿Y si se arreglaba todo?

CAPÍTULO 8. ¿Y SI…?

Carinna entra con su cuenco de sangre y lo bebo con avidez. Se queda quieta, indecisa.

—Por favor, hazme compañía —le ruego. Accede y se coloca un poco más cerca de mí. Podría atraparla, podría…

—Mi padre vino a visitarte ayer.

—Sí. Quiere acabar con todos los vampiros, con los lobos, las brujas… pero no se da cuenta de que va a comenzar una guerra en la que morirá mucha gente. Si nos unimos, joder, Carinna, somos poderosos de verdad. ¿Es que no le entra en la cabeza?

—No. Lo sé. Está cegado por malos consejeros. Ellos alientan su ambición. Quiere quedarse con vuestro poder y dinero, entre otras cosas, dice que para arreglar este mundo donde vivimos. Algunos partidos políticos lo apoyan. Extremistas, ¿sabes?

—Mira que no aprendéis. Llevo contemplando al ser humano en todas las guerras, pandemias, avances que son más bien una forma de esclavitud y de negar la inteligencia humana, y es cíclico. Sois autodestructivos, no cuidáis del planeta, ni de vuestros mayores o de los niños. ¿Sabes quién sí lo hace? Nosotros. Los mayores contribuyentes a la ecología del mundo somos los vampiros. Sí, somos inmortales y por eso no queremos destruir el planeta. Los lobos y otros cambiantes cuidan los bosques; las brujas limpian de mercurio, micro plásticos y otros metales pesados a las personas que van a sus consultas… ¿y crees que el mundo sería mejor sin nosotros? No te digo que no haya corruptos y asesinos. Solo que tanto Eugene y yo y otros sobrenaturales, como los alfas de las manadas, los tenemos controlados. Y si realizan algo terrible, los castigamos con la muerte inmediata. Se acabó eso de la esclavitud, torturas o violaciones. Eso, como os pasa a vosotros, quedó en otros tiempos más oscuros.

—Los humanos siguen cometiendo asesinatos, violaciones y todo eso.

—Lo sé. Y seguramente alguno de los nuestros lo haga. Nadie puede poner la mano en el fuego sobre otro, pero ¿sabes? Ellos conocen el castigo y eso es disuasorio. Deberías soltarme antes de que empiece el baño de sangre que seguro que habrá. Ya he estado en alguno de ellos y te aseguro que tiene más de terrible que otra cosa. ¿Acaso todos los que están en este castillo son culpables?

—No, no lo son.

—Pero dejarás que mueran. Más tarde o más temprano, mi esposo me encontrará. Y su furia será desmedida.

—Si te soltara, ¿te irías sin más? Sin matar a alguien, quiero decir.

—Puede que a tu padre. Es la cabeza de la serpiente.

Ella da un respingo y se levanta.

—Lo pensaré.

Tal vez no debería haberle dicho que iba a asesinar a su padre, pero quiero ser sincera. Las cabezas de las serpientes hay que cortarlas, como sucedió en Venecia.



El vestido dorado que me preparó Sabine era de todo menos discreto. El escote era tan bajo que apenas me cubría los pezones y por delante, estaba abierto, como si fuera más fácil poder tener sexo rápido. Me habían colocado una peluca también dorada que me hacía sentir extraña. Joline insistió en ello, no supe por qué motivo. Mis calzones tampoco cubrían nada de mis partes íntimas. Me sentía como algo para usarse. La vejiga de cordero se hallaba en el tocador, escondida en una caja de doble fondo. Debía introducírmela con los guantes que me habían dejado también para mí. Mientras tanto, decidí que me divertiría.

Los candelabros lucían brillantes con velas de color dorado por todo el salón. Los asistentes llevaban sus mejores galas, vestidos y trajes hechos para destacar y por ese motivo, ninguno lo hacía.

Cuando bajé, el vestido se abrió ligeramente y pudieron ver mis piernas, ya que los calzones solo alcanzaban el medio muslo.

Vi que Barnaby se apoyaba en una columna, sin perderme de vista, y eso me tranquilizó.

La multitud se abrió para dejar pasar a Duche, que me recibió en las escaleras y me hizo una reverencia. Yo esperaba ver a mi lobo, pero de momento, no lo había vislumbrado.

Me llevó a la pista para abrir el baile. Tales atenciones del rey molestarían a mi dómine, al que pude ver en un rincón de la sala, hablando con una vampira vestida como una geisha y otros dos vampiros viejos.

—Espero que esta noche sea fructífera —dijo Duche.

—Eso espero yo también. ¿Quiénes acompañan a mi dómine?

—Elisabeth, reina de la Corte de Fuego en el sur de Alemania, Krensik, de Varsovia y Normand, de Oslo. Enemigos a batir. Aunque no son los únicos, son los más fuertes.

—Está bien.

—Deberías divertirte y reír, queremos que él se ponga celoso, ¿no es así?

—Sí.

De repente, solté una aguda carcajada, y Duche me acompañó. Bailamos una pavana y, después, me acompañó a tomar un refrigerio. Él se dirigió hacia otros vampiros y alguien me tomó de la cintura.

—Casi me lanzo a por él —dijo Bert a mi lado.

—No puedes —contesté y él suspiró. Estaba muy atractivo con una casaca blanca con detalles dorados. Contrastaba con su piel tostada y realzaba sus hombros anchos y sus piernas fornidas.

—Si sigues mirándome así, tal vez tenga que llevarte a un rincón.

—¿Por qué no? ¿No queremos que se ponga celoso?

—¿Y si no me controlo?

—Lo harás, porque sabes que es importante.

La música comenzó a sonar con una volta, un baile sensual donde el caballero alzaba a la dama y solían bailar muy unidos. Bert me sonrió y me llevó de la mano hasta el centro de la sala. La

música comenzó a sonar y él me alzo, dejándome caer muy cerca, y volvía a alzarme, frotando su casaca contra mi pecho.

—Suerte que mi casaca cae por debajo de mis posaderas, o alguna dama se escandalizaría de mi erección.

Reí, feliz. Me deseaba. Me llevó danzando hasta un lateral y cuando íbamos a dar otra vuelta a la sala, me tomó de la mano y me sacó. Sus labios abrasaron los míos, dejándome sin aliento. Corrimos hacia la biblioteca, donde había otros amantes, así que escapamos hacia un enorme armario donde se guardaban los abrigos. Había un sillón y él se sentó e hizo que me colocase sobre él. Tocó mi interior humedecido y luego se chupó los dedos, goloso. Bajó sus calzones y entró en mí. Él estaba encajonado en el sillón, así que fui yo la que me moví cadenciosamente. Sacó uno de mis pezones y lo chupó y recorrió con su lengua como si fuera el más delicioso de los manjares.

—Te amo, Grace y no nos van a separar —dijo, pero no me marcó. Ambos acabamos llegando al clímax de una forma rápida e intensa. Luego, me levantó y me colocó sobre el mueble, con mis pies en sus hombros. Se metió entre mis piernas y su lengua recorrió todo mi interior, llevándome de nuevo al clímax.

Él se relamió y me dio un suave beso, pero volvió a entrar en mí, esta vez más despacio.

—Quería limpiarte, pero voy a inundarte de nuevo. No puedo dejar de pensar en ti.

—Ni yo en ti, mi amor.

Se desabrochó la casaca y la camisa y me ofreció su pecho.

—Muérdeme, solo hoy.

No me lo pensé. Clavé mis dientes bajo su clavícula para acceder a las venas superficiales de su clavícula, porque no quería tomar de su yugular o quizá no podría parar. Él se excitó más todavía y mientras yo lamía su sangre, acabó derramándose en mí. Yo también llegué a mi clímax mientras relamía su sabor. Él me besó, todavía con sangre en mi boca. Se apartó de mí, y nos vestimos.

—Te sacaré de todo esto. Si hace falta, nos iremos bien lejos.

—No prometas nada que no sepas que no vas a cumplir —dije pensativa. Todavía no lograba hacerme la idea de cómo podríamos

estar juntos.

Salí del armario, él me dijo que me adelantara. Seguía estando mal visto el sexo entre licántropos y vampiros. Cuando lo hice, una mano atenazó mi brazo y me llevó casi arrastras hacia el dormitorio. Supe que volvería a forzarme, aunque tal vez esta noche fuera la última.

CAPÍTULO 9. LA MUERTE SIENTA TAN BIEN

Tantos recuerdos en mi mente comienzan a pasarme factura. Es cierto que tuve otros más agradables al cabo del tiempo, pero estos me llegaron al corazón. Esta vez no escucho ruido, vuelvo a estar sola, con mi sed y con mi dolor.



Drayash me arrastró hacia la habitación y me tiró al suelo.

—¿Quién te ha dado permiso para que folles con un lobo? ¿Acaso te lo dije yo?

—No… no.

—¡Entonces! —dijo dándome una patada en el estómago—. ¡Quítate la ropa! ¡No solo te voy a follar, sino que te voy a destrozar!

Estaba fuera de sí y yo aterrada.

—Me lavaré, me quitaré el olor del lobo. Permítemelo, maestro.

Él pareció calmarse un poco y hui al baño. Me quité el vestido, dejándome solo la camisa y los calzones. Tomé una jofaina y después de lavarme, unté con el aceite que me había dado Joline. Después, con unos guantes de piel, metí el intestino de cordero. Esperaba que fuera suficiente.

Salí, con el rostro compungido, pero de poco me sirvió. Él me golpeó y me tiró contra la cama. Abrí las piernas como si fuera sin querer y él me miró mis partes. Sacó su miembro erecto de las mallas y se metió en mí como hacía otras veces.

—¿Ya no te doy placer? ¿Te siguen gustando más los animales? No te preocupes, a partir de ahora solo follarás con ellos.

—A partir de ahora todo va a cambiar —dije mientras él seguía entrando y saliendo de mí, pero poco me importaba. Esperé pacientemente a que el acónito hiciera su efecto.

Él me volvió a pegar y no me importó. Ya me daba igual todo. De repente, él comenzó a ponerse enfermo. Se apoyó en la cama agitado. Me miró y no pude evitar sonreír. Entonces él me tomó del cuello, quería partírmelo sin duda. Pero me defendí. Le di un puñetazo y lo tiré fuera de la cama. Al salir, se llevó la piel de cordero enroscada en su polla.

La miró atónito, pero el acónito ya empezaba a hacer su efecto. Joline entró armada con una espada y fue a asesinarlo, pero yo se la quité. Se quedó extrañada y le sonreí. Me acerqué a mi dómine y le planté cara.

—Hasta aquí has llegado, Drayash el turco, violador de mujeres y niños, infame vampiro. No mereces la eternidad.

De un golpe certero, le rebané la cabeza. Nunca volví a sentirme tan libre como en ese momento.

Pude ver la sangre salir de su cabeza. Su cara, estupefacta, todavía me miraba desde el suelo. Empezó a derretirse y entonces me sentí muy débil. Miré a Joline, que me tomó en brazos y me llevó al baño, lavó bien mi piel, por dentro y por fuera y me recostó en la cama.

Duche acudió a mi habitación y habló con Joline, pero no pude escucharlo. Luego, me dio un beso en la frente y se sentó a mi lado.

—Anaya, puedes quedarte y ser mi reina, aunque sabes que mis gustos se acercan a fornidos hombres más que a delicadas mujeres. Sin embargo, puedo compartir contigo la eternidad y hacernos más fuertes.

—Me gustaría… no ser tu reina, si no te ofendes. Quiero probar otras cosas.

—¿Bernardino?

—Puede ser.

—Marchaos todos —dijo Duche y me quedé sorprendida. Luego, una vez solos, se volvió hacia mí—. Querida, siento haberte utilizado para acabar con esta amenaza. Sé que te hemos manipulado para

que asesinaras a tu dómine. Joline me ayudó, Sabine y… Bernardino. Él también… ¿comprendes?

Mi corazón se hubiera parado si latiera. Asentí y evité llorar.

—Te dejo descansar. A partir de ahora puedes hacer lo que te plazca. Puedes quedarte y ser parte de mi corte, o puedes vivir la vida a tu antojo.

—Gracias, majestad. Seguramente me marche en cuanto esté recuperada.

—Lo que consideres. Aquí tendrás un hogar siempre que quieras volver. Necesitamos más vampiros como tú y menos como Drayash. Acabamos con sus amigos, pero Elizabeth huyó. Ella me ha enviado un mensaje diciendo que se va a comportar. Así que de momento habrá paz. Gracias a ti.

—De acuerdo.

Duche se retiró y cuando abrió la puerta, vi a Barnaby plantado allí. Me pidió permiso para entrar.

—Puedes marcharte, ya ha acabado todo —dije dolida.

—No, mi señora. Estaré siempre a su servicio. Siempre es siempre. Yo elijo a quién entregarle mi vida, quien es merecedor de ella. Y lo que habéis hecho os hace digna y valiosa para mí. Estaré fuera. Descansad, mi reina.

Se marchó y entonces sí que empecé a llorar. ¿Cómo había sido tan estúpida? Confié en Joline, en Sabine y entregué mi amor a Bert. Pero claro, ¿cómo un hombre como él, que pertenece a otra raza… le debió de dar incluso asco? Lloré amargamente varios minutos hasta empapar de sangre la almohada. Solo quería irme.

Supuse que Donnata y los demás también habían estado unidos, incluso el ataque de los lobos y que nos salvara el alfa tan adecuadamente había sido un truco. ¡Manipulada! Me levanté, algo débil todavía, pero la furia me hacía ponerme en pie. Comencé a recoger mis cosas para marcharme cuanto antes. Sabía perfectamente dónde estaban nuestros depósitos de oro, así que no iba a tener problema en empezar de nuevo. Y si no, también sabía cómo sobrevivir. A eso sí podría decir que ese desgraciado me había enseñado.

Me puse mi ropa sencilla de viaje y metí todo lo que pude en una bolsa. Toqué mi collar de perlas. No me lo quitaría jamás, porque me recordaría cada día que deberé estar atenta y no confiar en nadie.

Escuché un ruido por la ventana y Bert saltó dentro. Se me quedó mirando y yo a él.

—¿Qué haces aquí?

—Quiero explicarte, Grace.

—¿Qué vas a explicar? ¿Lo mucho que me amabas? ¿Qué querías pasar el tiempo conmigo? ¿Cómo has sido tan cruel?

—Así fue al principio —dijo él acercándose a mí—, pero luego no. Realmente te tomé afecto. Te deseaba con todo mi cuerpo. Solo que, como me explicó mi hermano, no podemos estar juntos. Podemos follar, pero no amarnos ni convivir. En unos años, yo sería un hombre mayor, tú serías la joven hermosa de siempre.

—Podría haberte aceptado y acompañado hasta tu muerte, Bert. No somos tan distintos.

—Ahora eres libre, vive tu vida, disfruta del amor y del sexo, eres preciosa y extremadamente sensual. No mereces atarte a un mortal.

—Eso lo has decidido por los dos, así que vete de mi vida.

Estaba apretando los labios para no llorar. Mi primer amor y mi primer desengaño amoroso en el mismo momento. Él acarició mi rostro y me dio un suave beso. Luego se giró y se fue. Caí de rodillas, tapándome la cara y después de estar unos minutos así, me dije que sería la última vez que sufriría por un hombre.

Me levanté, convertida en lo que empecé a ser, la reina Grace. De momento, no tenía corte, pero llegaría a tenerla y sería poderosa. Usaría a los hombres como me usaron a mí durante años y jamás me ataría a alguien si no era por conveniencia.

Salí de la habitación con mis cosas empacadas en un solo bulto. No era de las que llevaban mucho equipaje, jamás tuve un hogar y tampoco tenía dónde volver. Barnaby tomó mi bulto y sentí que, al menos, no estaría sola.

Joline esperaba abajo y me hizo una reverencia.

—Tal vez me perdones alguna vez, Grace.

—Tal vez.

—Esperaré paciente. Quiero servirte.

—No. No ahora.

Sabine se acercó y se echó a llorar a mis pies. No pude consolarla. Un hombre me pidió que le acompañara a la biblioteca, donde estaba el rey. Entré y allí no solo se encontraba Duche, sino una docena de vampiros, reyes de varias cortes que me aplaudieron al entrar y después me hicieron una reverencia.

—Querida Grace, como me han dicho que te gusta ser nombrada. Has nacido para ser reina y sé que, llegado el momento, lo serás. Todos nosotros te prometemos ser aliados de tu causa. Podrás entrar y salir de cualquiera de nuestras cortes y permanecer como invitada especial en ellas. Aunque estamos seguros de que encontrarás tu lugar y tu momento para reinar de forma increíble.

—Escucharemos grandes noticias de ti en los años venideros —dijo otro de ellos, me pareció francés por su acento.

—Todos hemos contribuido para que estés cómoda en este momento.

Una muchacha trajo un cofre y lo abrí. Estaba lleno de oro y joyas. Estuve a punto de rechazarlo y decirles que no lo necesitaba, pero… ¿por qué no? Me lo merecía. Miré a Barnaby, que lo cogió y lo guardó en la bolsa.

—Te espera un carruaje fuera. Es tuyo. Puedes quedártelo y también al cochero. Vuela libre, mi hermosa Grace.

Y entonces me fui, sin mirar atrás. Al pasar por la calle, Donnata me saludó con la mano. Detrás, dos enormes hombres me miraban con seriedad. Solo tenía ojos para él, que no sonrió. Sus ojos no me perdían de vista, como yo a los suyos.

El carruaje salió de Venecia, sin una dirección determinada. Tenía oro, dos sirvientes y el corazón roto. ¿Por dónde empezar a construir mi vida?



Es curioso cómo recordamos las cosas. Cuando me fui, solo vi que Bert no hizo nada, que estaba muy serio, pero no vi su rostro descompuesto. Al cabo de muchos años, cuando ya vivía en Londres, me llegó una carta manuscrita de su mano. Él tenía ya noventa y ocho años y sentía que iba a morir. Me contaba que se había desposado y tuvo cuatro hijos. Me dijo que sí, que él quería marcarme como suya y que me amó cada día de su vida, pero tuvo que renunciar a mí, por el bien de los suyos. «A veces tenemos que hacer sacrificios en lugar de seguir a nuestro corazón, al menos sé que te has convertido en una mujer poderosa y solo quiero que sepas que te amé de verdad, con todo mi corazón. Hasta siempre, mi reina Grace».

Pasé una semana llorando en mi mansión de Londres. Todavía lloro al recordar al que fue mi primer amor real. Por suerte, luego encontré a Eugene.

CAPÍTULO 10. VAMPIROS REBELDES

Estoy harta de que me mantengan encerrada. Ni siquiera entiendo cómo lo lograron. Mi mente analítica me está pidiendo que revise los hechos y es lo que haré.

Estaba en… Nueva York. Sí. Eugene andaba visitando a Holly, pero esta vez no lo acompañé porque… porque tenía algunos problemas con vampiros rebeldes. Habían atacado a un par de personas y el FBI, con quien colaboro y solo con esa sección especial de sobrenaturales, me advirtió para que tomara medidas o ellos lo harían.

Joline, con quien me había reconciliado hacía más de doscientos años, tampoco estaba. Había viajado a Venecia. Duche, todavía rey de la Corte del Agua, me la había pedido prestada. En realidad, nunca la poseí, pero ella me había jurado lealtad y siempre estar a mi servicio, así que, ¿por qué no?

Fui con Barnaby y cuatro soldados. Durante cientos de años estuve entrenando duro. Primero con mi mayordomo que a pesar de ser muy grande y parecer lento, era un excelente boxeador. Después, tuve dos maestros orientales para aprender a usar la espada, daga o mis garras como arma mortal. Y, por último, Joline me enseñó a manejar mi chi, de manera que estábamos igualadas. Sin embargo, yo seguía queriendo parecer una reina y no una guerrera. Aprendí que es mejor que te subestimen, aunque siempre fueras la que dieras el golpe mortal.

Miro a través de la ventana. Otro amanecer, otra muesca en el ladrillo. Puede que Carinna venga a alimentarme. Esta vez estoy decidida a atraparla y aunque intentaré no matarla, tomaré toda la sangre posible, saltaré por la ventana y me iré. Puesto que nadie viene a rescatarme, me salvaré yo misma.



Nueva York, hace unos diez días.

El calor de la noche hizo que me pusiera un vestido ligero pero cómodo con shorts y deportivas. Debajo de la ropa llevaba una daga, aunque nunca pensé que la necesitaría, puesto que con Barnaby a mi lado, junto a cuatro de mis más leales soldados, estaba protegida. Y ya no era una niñita asustada. Era reina de la Corte Negra, estaba casada con mi amigo y amante Eugene y tenía buenos amigos, además de excedentes de dinero que invertía de forma inteligente. No me faltaba nada y solo me sobraban aquellos que venían a comportarse mal en mi ciudad.

Era cierto que en algunos de mis locales nocturnos se vendían drogas, pero solo festivas, tan inofensivas o lesivas como pueda ser el alcohol. Controlaba con mano férrea a todos los vampiros de la ciudad y aquel que viniera con ganas de jodernos la vida, acababa mal. Es decir, si razonaban, podría ser benevolente, pero si no lo hacían, sus restos se diluían con las aguas fecales de la ciudad.

Nadie convertía a un vampiro sin mi permiso y poca falta nos hacía. Es decir, en los sesenta hubo un boom de vampiros neonatos y tuve que tomar cartas en el asunto. Es cuando comencé a colaborar con el FBI. Aunque eso es otra historia, algo cruel y triste, pero no es el momento de recordarla.

Así que no podía quejarme. Nunca fui de esas, desde luego. Nos acercamos al callejón donde habían avistado a un grupo de vampiros rebeldes, de los que van de ciudad en ciudad armando camorra y que no les importa a quién convierten. Dejan a los neonatos sueltos y no se ocupan de ellos.

Bran apareció con varios lobos. Tuve que avisarle y la verdad, aunque me gusta lavar los trapos sucios en mi casa, sabía que él siempre era un buen aliado.

—Reina Grace, ¿cómo va?

—Bien. Según he oído son unos doce. Agradezco tu compañía.

—Todo funciona mejor cuando no hay gente como ellos —dijo encogiéndose de hombros. Me molestó un poco, porque al final, eran vampiros. Y no me importaba si acababa yo con ellos, pero que me vinieran a tocar los cojones, por muy amigos que fuéramos, me irritaba.

Entramos en el callejón, al final había un local de prostitutas controlado por brujos. Esa era otra. Los brujos que no murieron en la batalla de hace años pidieron vivir en paz, pero su principal ocupación comenzó a ser las prostitutas y el tráfico de drogas duras como el fentanilo. Les importaba poco que sus propios congéneres muriesen. Solo deseaban amasar fortuna.

—Será complicado, Grace, ese local pertenece a Merlino y a su aquelarre.

—Si esconden vampiros rebeldes es cosa mía —contesté enfadada. Quería entrar y atraparlos a todos, pero Bran quería ir por la vía diplomática.

—Escucha, sabes que nunca me meto en tus decisiones, pero esta vez estás en un lugar que a los dos nos conviene mantener en paz. Entremos a las buenas y en cuanto los veas, vas a por ellos. Pero puede que se hayan marchado. No queremos derribar puertas que luego cueste levantar, ya me entiendes.

—Sí —bufé—, no soy estúpida.

Bran me recordaba a Josepho, siempre por el bien de la manada, siempre buscar alternativas. Lo había visto en acción y jamás olvidaría cuando él y Holly me salvaron la vida de ser envenenada hace unos veinticinco años. Él ya pasaba de los cincuenta, pero seguía siendo un macho atractivo y competente. Lo acompaña su hijo, de unos veinte, un posible alfa, por su envergadura.

Nos acercamos a la puerta y llamamos. El brujo que nos abrió se quedó sorprendido. ¿Quién no se acojonaba al ver al alfa de tu ciudad y a la reina de los vampiros en su puerta?

Hizo una pequeña reverencia y nos permitió el paso.

—Avisaré al gran Maestro. Justo acaba de llegar. Permitidme acompañaros a un lugar privado.

Bran me miró como diciendo «te lo dije», pero yo no me fiaba de nadie. Acaricié mi collar de perlas para recordarlo. Nos invitó a pasar a una sala privada, pero yo me adelanté y entré en la principal. Había humanos y seres de todas las razas bailando en el centro de la pista, con música muy rítmica. Miré, olfateé y no encontré nada que no fueran lobos drogados. Bran frunció el ceño y envió a dos de sus hombres para que los sacaran del lugar. Supuse que luego les caería una buena.

Un poco más alejados, visualicé a un par de vampiros despistados y nada más que me vieron, me hicieron una reverencia y se marcharon.

Merlino, un hombre de unos cuarenta, alto y fornido como un luchador, pero vestido como un caballero, camisa y pantalón negro, corbata de seda y zapatos elegantes, se acercó a nosotros con una sonrisa de bienvenida.

—Qué sorpresa tener a la nobleza de la ciudad en mi humilde local. Bienvenidos —dijo y se inclinó ante mí. Bran se adelantó a mí.

—Merlino, hemos escuchado que hay vampiros rebeldes y su majestad desea hablar con ellos. Queríamos preguntarte si los has visto por aquí.

—Creo que para preguntar bastaba una llamada de teléfono. Habéis venido muchos para solo hablar.

—La escolta habitual —dije empezando a impacientarme—. ¿Han pasado por aquí?

—Nosotros abrimos las puertas a todo el mundo, no nos importa de dónde vienen si pagan. Pero la respuesta es que sí. Pasaron ayer, compraron algunas dosis y se fueron.

—¿Dosis de qué? —volví a preguntar. Quería arrasar con el local.

—Lo habitual que toman los vampiros, Red Velvet, Unicornio, ese tipo de pastillas, que llevan cocaína o fentanilo en pequeñas dosis. Tampoco puedo desvelar mi fórmula secreta —dijo con una sonrisa —. Si estáis preocupados, podéis registrar el local, no tengo

problema, aunque es cierto que hay huéspedes que están teniendo relaciones sexuales en este momento.

—De acuerdo, echemos un vistazo. Si no te importa, iremos —dije, aunque Bran no parecía muy convencido. Pero yo quería buscar su olor, así sería mucho más fácil.

Merlino se apartó y nos dejó entrar. Las luces estroboscópicas nunca me gustaron y después de echar un vistazo a la sala principal, nos acompañó por un oscuro pasillo lleno de puertas. Fui abriendo cada una de ellas. Orgías, hombres y mujeres, hombres con hombres, instrumentos varios, muchos cuerpos desnudos, sudor y secreciones. Luego nos llevó a una sala más grande que en ese momento estaba vacía.

—Esta es para fiestas temáticas. Como verás, mi reina, hay de todo tipo de instrumentos útiles para el placer. Estáis invitada a probarlos cuando queráis.

Me acerqué, molesta, pero curiosa a todo lo que él tenía y entonces capté el olor. Mis movimientos fueron rápidos y arranqué una puerta que daba a unas escaleras. Subí, seguida de mi fiel Barnaby y entonces la puerta de abajo se cerró, antes de que entrara el lobo. Escuché fuertes golpes desde fuera. También mi empleado los daba. Después, como no pudo abrir, me siguió.

—Debemos marcharnos, mi reina, esto es una trampa.

—Lo sé. Ya abrirán.

Llegué al piso superior y allí, en una lujosa sala, había un grupo de vampiros. No parecían rebeldes, sino soldados.

—Bienvenida, Grace —dijo una voz que salió de detrás de ellos. Y entonces supe que había sido traicionada.



Me remuevo incómoda en el suelo, pensando en cómo fui tan estúpida como para meterme en la boca del lobo. Todavía no sé qué fue de Barnaby, de Bran y de los suyos. No escuché ruido de pelea porque alguien nos roció con algún tipo de spray que me dejó fuera de combate. Me desperté aquí, en Varsovia.

Carinna entra con su pequeño cuenco. Se sienta enfrente, un poco más cerca. Confía en mí. Lo bebo con avidez y se lo devuelvo.

—¿Cuándo me van a soltar?

—Ojalá lo supiera.

Luego, se acerca a mí y susurra de forma que solo yo puedo escucharlo.

—Quiero ayudarte a escapar. Traje la llave y aunque la ventana es estrecha, puedes salir. Hay como tres pisos de altura. Justo enfrente, encontrarás una bolsa con ropa y dinero para que tomes un vuelo. También dejé varias bolsas de sangre. Mi única condición es que te vayas y no hagas daño a nadie del castillo. Si aceptas, te liberaré.

—Podría matarte ahora mismo, beber tu sangre y luego hacer lo que me plazca —digo enfadada.

—Lo sé. Has podido matarme todo este tiempo, pero no lo hiciste. Es porque tienes ética. Sabes que yo no quería esto y tampoco muchos de los que vivimos aquí. Por eso te libero, Grace. Solo danos un tiempo para poder quitar del mando a los que desean acabar con vosotros.

—De acuerdo.

Ella acerca su mano sin miedo y se la tomo. Es un trato y jamás los incumplo. Me libera de las cadenas y me estiro. Luego, la miro y salto por la ventana. Me agarro a la pared y voy descendiendo. Efectivamente, bajo unos árboles hay una bolsa con una camiseta, unos vaqueros y zapatillas. Lo que más me interesa son las bolsas de sangre. Antes de cambiarme, me alimento. La fuerza me invade y miro hacia el castillo. Ella está en la ventana. Por mucho que quiera acabar con ellos, no lo haré, al menos, no de momento.

Me llevo la bolsa y desaparezco en el bosque. Pronto va a amanecer así que debo encontrar un lugar donde esconderme, no vaya a ser que, después de ser liberada, me fría. Por suerte, es un

bosque espeso y profundo y si no hay alguna cueva, me haré un refugio con ramas para pasar el día. Encuentro una cueva profunda y me meto dentro. No hay móviles, pero sí sangre como para saciarme. También toallitas húmedas para lavarme. Eso sí que no me lo esperaba y lo agradezco. De todas formas, en cuanto vea un río me meteré. Sin embargo, me siento mejor, más plena y con ganas de luchar. Miro alrededor. La cueva está seca y abandonada. Sonrío al saberme libre y cuando me recuesto en el suelo arenoso, mi mente se deja llevar hasta un año en concreto. Un año que fue realmente bueno.

Fue cuando coincidí con Eugene.

CAPÍTULO 11. LONDRES

Desde que salí de Venecia con Barnaby, recorrí varias ciudades europeas durante años y años. Norte, sur, este y oeste. Tenía oro repartido por todo el mundo, así que me decidí a ir recogiendo parte, casi todo, y comprarme la mansión más grande que pudiera. Quería sin duda, crear mi propia corte y quería investigar la opción de Londres. Ese era mi lugar favorito de todo el mundo, y eso que durante años había escuchado de nuevas tierras, nuevos lugares más allá del océano y me llamaba la atención. Tal vez ampliase mis horizontes en Norteamérica.

El mundo conocido se me había quedado pequeño y deseaba averiguar qué más había en él. Tal vez en un futuro pudiéramos viajar por el espacio, quién sabe.

Volví a Londres en 1913. Poseía una gran casa a las afueras de Londres que compré alrededor de 1755, y viví en ella durante unos ochenta años. Después, la dejé al cuidado de mi ama de llaves y volví a recorrer el mundo. La reina de la Corte de Niebla, situada en el mismo centro de Londres no me tenía mucha simpatía y acabé largándome. Allí conocí a Eugene, en esos momentos amante de la reina y aunque él me miró con deseo, solo nos hicimos amigos. Fue él el que me aconsejó que desapareciera unos años, porque Lindsey era muy celosa con respecto a mí. Yo creo que, al ser una vampira de solo cuatrocientos años, pensó que le arrebataría su corte. Y sí, lo pensé, pero no me apeteció.

En el año 1910, cuando yo estaba visitando a Duche, la asesinaron. Nunca supimos quién fue. Eugene había viajado a Escocia, para visitar a un grupo de vampiros. ¿Fue casualidad o a propósito? Nunca lo sabremos, porque cuando se lo nombro, él solo sonríe y se encoge de hombros.

Barnaby había enviado nota de que la dueña de la casa volvía, para que la limpiasen completa y la prepararan para mí. Cuando llegué, me esperaba mi nuevo coche Rolls-Royce Silver Ghost de

color negro con las ventanas ahumadas. Me había vestido para la ocasión y al salir, ya de noche, un ejército de mujeres y hombres empleados me hicieron una reverencia. La mansión se situaba en Westminster y había pertenecido a un sobrino del duque de Cumberland, también llamado el carnicero que aplastó a los jacobitas en la batalla de Culloden. Siempre me habían caído bien los escoceses, eran buenos amantes. Disfruté arrebatándosela a la familia.

La mansión, de estilo georgiano, tenía grandes columnas y ventanales enormes que había mandado cubrir con cortinajes oscuros y densos. Si los empleados sabían que era una vampira, poco me importaba. Se les pagaba generosamente para ver, oír y callar. Además, bajo la mansión había túneles y pasadizos ocultos que podrían servir para huir si era preciso.

Me instalé en mi enorme habitación y enseguida llamé para que me prepararan el baño. Todavía seguía usando jabones florales y suspiraba cada vez, porque me recordaban al amante perdido. ¿Cómo, después de probar diferentes hombres, mujeres, vampiros, lobos o incluso hadas, seguía recordándole?

—Porque eso era algo parecido al amor —suspiré mientras me metía en la bañera.

Barnaby entró con una copa de sangre de la mayor pureza y se retiró. Al menos, tenía a alguien tan fiel a mi lado. Incluso Joline, que andaba por el mundo, iba a volver a Londres para reunirse conmigo en unos días.

Se lavó el cabello, pero se quedó en la bañera, hasta que alguien llamó a su ventana.

—Toc, toc —dijo Eugene asomándose y mirándola con hambre.

—¿Sabes que es de mala educación asomarse cuando una dama está en la bañera?

—Y es algo que me fascina. ¿Puedo pasar?

—Adelante.

De un ágil salto se metió en la habitación y se apoyó en la pared, sin dejar de mirarme. Llevaba un elegante traje de chaqueta, calzas e incluso una chistera, lo que hacía que fuera todavía más alto de su metro noventa.

—¿Me permites lavar tu cabello?

Sonreí y asentí.

Él se quitó la casaca, las botas y se remangó la camisa. Se colocó detrás de mí y tomó una pastilla de jabón para frotar mi cuero cabelludo. Nos conocíamos desde hacía muchos años y siempre que habíamos coincidido, teníamos una especie de amistad profunda, extrañamente sin sexo.

—Has vuelto en un momento complicado, Grace.

—Lo sé. Supongo que no tuviste nada que ver con la muerte de la reina.

—Seguramente no —contestó él, pero no pude ver el rostro, porque además de tener los ojos cerrados, estaba detrás de mí. Quería demostrarle mi confianza total.

Ronroneé cuando él frotó mi nuca y el cuello. Luego, me metió debajo del agua para aclararme. Salí y él ya me esperaba con una toalla.

—Si le hacías esto a tu reina, no me extrañaría que estuviera loca por ti.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees que una mujer o vampira se volvería loca por mí solo por bañarla?

—Por supuesto. Y por tu porte, quizá por tu polla.

La miré y tenía un buen bulto en su pantalón. Dejé caer la toalla y me puse una bata casi transparente, era un poco nuestro juego. Me senté en el tocador para cepillarme el cabello mientras él se apoyaba sin esconder su enorme excitación.

—¿Cómo están los nuestros en Londres?

—Me han propuesto ser el rey.

—Ajá. ¿Y has aceptado?

—Me lo estoy pensando. Aunque a ellos les gustan las reinas. ¿Tú quieres serlo?

—Si te alzas como rey, en absoluto. Te respeto demasiado. Si decides no hacerlo, quizá me lo piense.

Se acomodó su pantalón y miró mis pechos que ya estaban erguidos. Claro que estaba excitada, como él.

—Hace unos doscientos años estuve en Nueva Orleans una temporada. Compré bastantes terrenos. Pienso instalarme en

Norteamérica. Además, hay movimientos de los humanos en Europa. Pienso que pronto habrá una guerra. Tal vez no te convenga estar en Londres.

—Sí, algo he oído. Estos humanos no aprecian la vida.

Me levanté y dejé caer la bata. Él se puso a mi lado de inmediato y frotó su pantalón contra mi hermoso culo.

—¿Me estás provocando, Grace? Nunca hemos dado ese paso.

—Puede. ¿Por qué no hemos follado, Eugene? Me deseas y yo a ti. ¿Qué hay de malo?

—Nada —dijo y su ropa desapareció en segundos.

Me tomó en brazos y me llevó a la cama. Tener sexo con un vampiro era mucho mejor que con cualquier otro ser, porque la rapidez y la fuerza o la delicadeza eran sublimes.

Él me besó, nuestros colmillos, elongados, se rozaron produciendo una corriente eléctrica que nos traspasó el cuerpo. Él estaba de lado, su excitación se clavaba en mi muslo y deseé con todas mis fuerzas que él me tomara.

—Eugene, hazme el amor con suavidad, eso es lo que quiero.

—A tus órdenes, mi reina —dijo él mordisqueando mi piel. Sus labios avanzaron por cada centímetro de mi cuerpo, chupando, pasando la lengua y mordisqueando a veces. Dedicó un considerable tiempo a mis pezones, que se endurecían felices por su atención. Mientras, sus manos recorrían mis caderas, mi vientre y también su polla. Él se la movía de vez en cuando, creo que para demostrar lo bien que lo iba a pasar. Cuando su boca bajó a mi centro, estaba empapada. La lengua se movió despacio, rodeando mi clítoris, hasta que sentí que el primero se acercaba. Él aceleró el ritmo, solo como un vampiro puede, pero uno que sabe cómo. Mientras llegaba a mi clímax, me penetró con su lengua y ¡maldita sea! ¡Cómo me hizo gozar!

Se levantó con su verga bien alzada y entonces yo le pedí que se pusiera de rodillas, dejándomela a la altura de mi boca. Sus rodillas se colocaron a ambos lados de mi cuerpo y me incorporé un poco para lamerla. Él se apoyó en la pared y atrapé con mi lengua la punta. Luego fui recorriéndola mientras él gruñía satisfecho. Era de

las más grandes que había tenido dentro y estaba deseando que la metiera, pero quería darle placer.

Muchas mujeres, e incluso hombres, habían gozado de ese enorme aparato y ahora era solo para mí.

Metí la verga en mi boca, intentando que fuera lo más profundo posible, mientras mis colmillos rozaban su piel, rasgándola ligeramente. Él gruñó extasiado cuando notó la pequeña herida. Después, agarré sus testículos y mi dedo travieso viajó a su zona sur, para introducirse levemente. Él se endureció todavía más.

—Niña traviesa —dijo riéndose y sofocado. Lamí con gula las gotas de sangre que salían de él y entonces él se retiró con rapidez y se puso sobre mí. Entró de golpe, besando mi boca, rozando con sus colmillos mis labios y lamiendo la sangre.

Sus empujones eran fuertes, la cama estaba reforzada, pero, aun así, se movía. Yo sentí que iba a llegar al clímax, como él. Nos dejamos ir en un orgasmo intenso y duradero. Él se retiró y se colocó, boca arriba, junto a mí.

—¿Por qué no lo habremos hecho antes? —dijo y se giró para mirarme. Yo me encogí de hombros.

—Supongo que queríamos ser amigos.

—Podemos seguir siendo amigos, Grace. Y follar como animales o hacernos el amor siempre que nos apetezca.

—Sí, tienes razón.

Su dedo pasó por mi pecho desnudo y luego se quedó pensativo.

—En serio, Grace. No sé si estar en Londres en estos años y los venideros puede ser bueno. ¿Por qué no te vienes a las américas conmigo? No tienes por qué ser mi consorte, puedes crear tu propia corte. Empieza a haber muchos vampiros y están descontrolados. Yo ya tengo mi grupo y mis ayudantes los controlan, pero me largaré pronto de aquí. He vuelto para recoger mi oro.

—¿Y qué vas a hacer en el nuevo mundo? ¿No está lleno de eso que llaman cowboys?

—No te creas lo que la vieja Europa dice. Es cierto que yo llegué cuando la compañía del Mississippi, bajo la dirección de Jean-Baptiste Le Moyne de Bienville fundó Nueva Orleans, en el delta del río Misisipi, y fui discreto, ya sabes. Creé algunos negocios y dejé

buenos encargados. Supongo que igual me robarán algo, pero las mermas no son importantes.

—Eres un hombre de negocios, Eugene —sonreí—. Yo me he limitado a comprar edificios, pero si se desata la guerra, puede que no tengan tanto valor.

—Seguramente. Si me permites, te aconsejaría que lo vendieras todo y te embarcaras hacia Norteamérica. Tengo un barco que sale en febrero.

—Desde que escuché sobre el Titanic, no me siento muy segura en esos monstruos flotantes.

—No es como ese y desde luego, no ocurrirá lo que ocurrió entonces. Tú decides. El 27 de febrero mi barco sale de Southampton. Se llama Liberty. El viaje dura unos ocho días. Tendré comida suficiente y tu oro viajará seguro. Me conoces.

—No solo iría yo.

—Claro, tráete a tus hombres. Llevamos de forma gratuita a otras personas a cambio de su sangre. No comprenden por qué, pero han aceptado. Eso sí, nadie asesinará a ningún humano.

—¡Por supuesto! —suspiré y puse los brazos debajo de mi cabeza —, pero acabo de llegar a Londres. Será difícil encontrar a quien compre mis propiedades en solo dos semanas.

—Habla con los abogados que utilizo yo para mis asuntos legales. Son licántropos y no hacen preguntas.

Se levantó y comenzó a vestirse de forma pausada.

—Sabes lo mucho que te aprecio, Grace y que yo he pasado por algunas circunstancias similares a las tuyas hasta que me liberé, como tú hiciste. Pero Europa se está volviendo peligrosa y demasiado belicista para mi gusto. He oído rumores de que algunos brujos querían comenzar una guerra y no dudo que lo harán. Un grupo de ellos viaja hacia Sarajevo. Hace tres meses estuve en Alemania y sé que se están preparando para una invasión. Avisé a un licántropo que espía para el gobierno inglés y van a tomar medidas, pero lo mejor es largarse.

—¿No deberíamos intervenir? Podríamos… hacer algo. Con más fuerza, rapidez y letalidad.

—¿Y descubrirnos? No, Grace. No vayamos de justicieros, es un error. No digo que algunos licántropos y ya sabes como son, quieran combatir en el frente, pero nosotros debemos mantenernos al margen. Pondríamos en peligro a toda nuestra raza.

—Tienes razón. Hablaré con tus abogados y me iré contigo a conquistar las américas. En realidad, estoy harta de Europa.

—¿Malos recuerdos? —preguntó mientras me pasaba la bata. Me ayudó a ponérmela y me dio un beso en el hombro.

—Malos y buenos, como es lo normal en la vida de un inmortal. ¿Deseas cenar conmigo?

—Será un honor. Tal vez debería volver y entrar por la puerta.

Me eché a reír y él saltó por la ventana. Toqué la campana después de darme otro baño y me vestí con pantalones y una camisa, algo que había adoptado tras viajar tanto, aunque no fuese formal.

Bajé a la biblioteca para revisar las cuentas de la casa y después escribí una nota para que al día siguiente mi secretario la llevase a los abogados. Iba a escuchar a Eugene, yo también había visto esa atmósfera particular que solo se encontraba en momentos de preguerra.

CAPÍTULO 12. NUEVA YORK, AÑOS LOCOS

Se hace de noche y ya vestida, aunque no saciada del todo, salgo del bosque. Escucho a lo lejos los perros de caza. Puede que no se hayan dado cuenta de que me ha liberado Carinna hasta ahora y espero que no le hagan nada. Supongo que, al ser hija del duque, la respetarán.

Salgo corriendo, a mi velocidad sobrenatural y acabo lejos del castillo y en el centro de la ciudad. No tengo tanto dinero como para comprar billetes, así que lo primero es conseguir un móvil con GPS e internet para contactar con mi esposo.

Entro en una tienda a punto de cerrar y me ven tan apurada que me permiten hacer una compra. Apenas me queda dinero y estoy sedienta de nuevo. Debo recuperarme, sin asesinar a nadie.

El móvil está sin cargar y me dirijo a una cafetería abierta toda la noche. La camarera me mira preocupada, sé que mi aspecto no es el mejor. Me sirve un café.

—¿Estás bien? ¿Puedo ayudarte? Pareces perdida.

—Estaba, pero ya no.

Olisqueo y sé que es una bruja. No sé si fiarme, pero me deja cargar el móvil y no pregunta cuando me quedo en un rincón.

Por fin, consigo la batería suficiente y marco el móvil de Eugene, pero sale que no está disponible. Tengo varias personas en mente para llamar, aunque no sé de quién fiarme. Tal vez Bran. Aunque no sé si seguirá vivo tras la emboscada. Entonces decido a quién llamar.

Suena dos veces y su voz suave contesta.

—¿Quién?

—Holly, soy Grace.

—¡Hostia! ¡Grace! ¡Estás viva! Wayne, es la reina Grace.

Escucho un murmullo del enorme licántropo que duerme con mi amiga.

—¿Dónde estás? Eugene está como loco buscándote.

—¿Él está bien? ¿Y Bran? Nos atacaron en la ciudad.

—Eugene está bien, aunque no sé dónde en este momento. Bran… resultó muy malherido y sigue hospitalizado. Viajamos a verlo, pero las cosas están revueltas, su hijo se está haciendo cargo de la manada y nosotros estamos aquí. ¿Qué coño ha pasado?

—La Iglesia de la Luz, el conde de Letto, no lo conoces, pero es un auténtico hijo de puta que nos odia. Es un ataque masivo contra nosotros, o al menos eso es lo que entendí. Una de sus hijas me ayudó a escapar. Estoy en Varsovia.

—Escucha, Grace, avisaré a la manada de allí, son de confianza —dice Wayne—. Podrás quedarte con ellos hasta que te vengas para aquí. En cuanto localicemos a Eugene, le diremos que vienes hacia Nueva York.

—No, iré allí, a San Francisco. ¿Sabes algo de Barnaby?

—No encontramos su cadáver si es lo que preguntas, pero ya sabes…

—Sí. Nos deshacemos. Está bien. ¿Dónde vive la manada, Wayne?

—A las afueras, el alfa se llama Paul. Solo confía en él, ¿de acuerdo? Dime dónde estás.

—En un café, se llama India.

—Bien, no tardará en llegar. Sé discreta. Seguramente esa gente te ande buscando. ¿Te dijeron por qué te atraparon?

—Quieren acabar con los vampiros, empezando por los que somos contrarios a las guerras. Yo diría que desean desestabilizarnos para que salgamos a la luz y el ejército de cualquier país acabe con nosotros.

—Sí, es algo plausible —dice Wayne—. Avísame cuando tomes el avión a San Francisco. Iremos a buscarte.

—Gracias, Wayne y Holly, jamás lo olvidaré.

—Es una lucha común —susurro ella.

Cuelgo, emocionada. Nos ayudamos cuando su abuelo quería usarla como útero para hacer crecer su propio clon, pero hemos

estado mucho tiempo en contacto. Ella fue a mi boda, yo a la suya. Como si fuéramos amigas normales.

Espero en el bar al licántropo. La camarera me sigue mirando preocupada y se acerca para sentarse enfrente de mí.

—No sé quién eres, pero hay rumores de movimientos peligrosos. Me da que tú sabes algo.

—¿Quién eres?

—Soy la Dama Blanca de la ciudad y me acaban de decir que algunos grupos sospechosos acaban de llegar montados en furgonetas con los cristales tintados. Yo diría y creo que no me equivoco, que te buscan a ti.

—Van a venir a recogerme, pero si quieres, puedo marcharme. No quiero causarte problemas.

—¿Quién?

—Paul.

—¿Paul, el alfa?

—Sí.

—Caramba. Debes de ser alguien importante. Escuché que raptaron a una vampira americana, una reina. ¿No serás tú?

—Puede. ¿Te importaría?

—Al contrario. Me brindaría a ayudarte, porque hemos escuchado mucho hablar de ti y de las Rubens. Habéis contribuido a que estemos mejor.

—No te preocupes, Paul estará por llegar.

—Si las cosas se ponen feas, entra por esa puerta, da a una calle lateral y de ahí, a la estación. Podrías meterte en el primer tren que salga. ¿Tienes dinero?

—Algo.

—Espera.

Se fue hacia la caja y sacó varios cientos de euros.

—No es mucho, pero podría servirte para comprar un billete de tren.

—Gracias, de verdad. Yo…

—No lo esperabas, lo sé. Muchos pensamos como tú en el sentido de respetar a los humanos y convivir con ellos, por el bien de nuestra raza.

Un hombre de gran tamaño entra en el bar y mira a la camarera, que le saluda con una sonrisa. El tipo no tiene más de treinta años y sin duda es un alfa. Me mira, reconociéndome.

—Grace, vamos, es peligroso estar aquí.

—Hola, Paul, otro día me vienes a ver a mí —coquetea la camarera. Él sonríe.

Me levanto y dejo la bolsa. El dinero y el móvil están en mi bolsillo, no necesito nada más. Y entonces es cuando se precipitan las cosas. Un furgón aparece por la calle y empieza a disparar a las cristaleras. Me agacho y Paul se lanza sobre la camarera, aunque sé que él sangra. La muchacha me señala la puerta y salgo corriendo. Debería ayudarles, pero escucho gruñidos al fondo de la calle y veo que un grupo de hombres con testosterona van corriendo hacia la calle. Salto la valla limpiamente y corro hacia la estación. Compro un billete para Ámsterdam, que es el primer lugar hacia donde sale el tren. Serán unas doce horas y eso es un problema grave, porque se hará de día y entonces me freiré.

Me levanto, ya con el tren en marcha y me acerco a una de las auxiliares. Según me informo, deberé apearme en Berlín un par de horas antes de que amanezca y buscar un refugio para el día.

Envío un mensaje de texto a Holly para que sepa lo que ha pasado. Ella me contesta al instante. Según me dice, no sabe nada de Paul, pero me dirá cuando sepa si están bien.

Seguimos sin noticias de Eugene y eso me mortifica. Muchas veces, desde que nos desposamos, recordamos aquel viaje hacia Nueva York en barco.



Los abogados de Eugene fueron muy eficientes y, además del oro en pequeños lingotes fáciles de llevar, depositaron una gran cantidad de dinero en el Lloyds Bank, con sucursal en Nueva York.

Pagué una importante cantidad a todos mis empleados, por si deseaban marcharse de la casa y me despedí de ellos. Barnaby y dos ayudantes me acompañaban donde fuera, así que un día antes, llegué al puerto. Nos alojamos en un buen hotel y como ya nos habíamos aprovisionado de equipaje especial para viajar, llegamos al barco Liberty al atardecer. Eugene salió a recibirme y me dio un suave beso.

—Me alegro de que hayas decidido venir. Europa es un polvorín a punto de estallar.

—Lo sé, y te agradezco que me recomendaras a tus abogados, han sido muy eficaces.

—Sí. No todos los licántropos son de fiar, pero algunos son fieles y honestos. Si me permites —dice ofreciéndome su brazo. Subimos al barco, casi del tamaño de un crucero, elegante y minimalista, como Eugene.

—Es precioso —dije admirando las velas.

—Sí, tiene velamen y también combustible de vapor. Por si falla uno u otro, pero no lo hará, tranquila. Hay dos camarotes muy amplios y otros más pequeños para tus ayudantes. Puedes compartir conmigo o dormir sola, como desees.

—Puede que me apetezca repetir nuestros juegos.

—Será un placer, mi reina —dijo él.

Una vez se embarcó todo, el Liberty se deslizó con suavidad fuera del puerto, camino hacia un lugar del todo desconocido para mí. Sabía que Eugene tenía más edad que yo, al menos más cuando lo convirtieron y que había vivido la mayor parte del tiempo en el norte de Europa, entre glaciares y bosques profundos, hasta que decidió visitar el mundo.

Nos situamos en la zona de la proa, viendo avanzar el navío a través del agua. No me encantaba mucho viajar en barco, pero esto no tenía que ver a aquellos en los que viajé con mi dómine. Me estremecí y Eugene me abrazó. No sé por qué me sentía tan segura con él.

Dormíamos durante el día y nos entregábamos al sexo durante toda la noche. Aquellos días fueron increíbles, lujuriosos y llenos de confidencias. Hablábamos hasta que uno de los dos caía en nuestro descanso vampírico que era parecido al sueño humano. Supe que era hijo de un vikingo, y que una vampira lo convirtió porque lo deseaba. Él la asesinó, justo cuando le dijo de masacrar a su propia ciudad de nacimiento.

—No quise perderme en la sangre —le había confesado—, aunque sin duda he matado a mucha gente y a otros seres, incluso vampiros. No me tiembla la mano, pero no ejecuto muertes innecesarias.

Yo pensaba igual. Y eso nos trajo problemas, cada día.

Llegamos a Nueva York y la ciudad me fascinó. Eugene me invitó a ir a New Orleans, pero no pude. Me enamoré del lugar y decidí que me instalaría allí. Él prometió venir a visitarme. Nada nos ataba, excepto un gran compañerismo, una compatibilidad en la cama y esa complicidad de los que saben que la vida da muchas vueltas y que seguro nos íbamos a volver a encontrar.

Localicé el banco y me instalé en el Ritz. Barnaby me trajo amantes de los que me alimenté. Cuando me cansé de vivir en un hotel, decidí comprarme un terreno en el *Upper East Side*, cerca de la mansión Vanderbilt, y construirme una gran casa. También compré un terreno en los Hamptons, donde tendría una mansión de veraneo. Aunque no estaba al sol, me gustaba bañarme en el mar y dormir cerca de él.

El siguiente paso era hacerme valer delante de los vampiros que vivían allí. Había un par de grupos, según había investigado Barnaby, pero ninguno era fuerte o constituía una corte, como en Europa. Pero para eso había llegado yo, para reinar.

Lo primero fue dejarme ver extremadamente elegante por los locales de moda. La guerra estaba a punto de estallar, y el lujo era cada vez más exclusivo de unos pocos. Compré joyas y tuve pretendientes muy ricos. Aprendí a sangrarles sin que se dieran cuenta y me sentí fuerte y poderosa.

Fui contratando vampiros para mi seguridad y les pagaba muy bien. Eso sí, las reglas eran estrictas. Nada de muertes innecesarias.

Sabía que pronto los jefecillos vendrían a por mí, pero estaba preparada.

Compré dos de los locales más exclusivos, que se pusieron de moda nada más hacerlo. El Eclipse era un club privado de lujo, para la élite neoyorquina, con luces tenues, terciopelo rojo y mármol negro. Las mejores bandas de jazz tocaban allí y los más atractivos camareros, muchos de ellos vampiros y otros sobrenaturales, servían copas a los extasiados asistentes.

El otro, el Crimson Lounge, aunque seguía siendo exclusivo, tenía un enfoque diferente. Había comprado todo el edificio, uno histórico y en la parte más baja mandé arreglar el local, ambientado con lámparas de gas, espejos dorados, sofás de cuero oscuro y una pista para bailar en un lado. Allí se empezaban a reunir los mafiosos de la ciudad, que se preguntaban quién era esa misteriosa dueña. Además, algunos políticos, artistas y otros personajes que buscaban otro tipo de diversión, solían perderse en el lugar.

Tenía a sueldo a un joven científico que estaba sintetizando un tipo de sustancia para la diversión, y uno de los componentes era sangre de vampiro. Las grageas no causaban adicción como el opio, que tan malos recuerdos me traía y, sin embargo, hacían que mi cuenta del banco y la caja fuerte se llenaran de oro.

Ya habían pasado dos meses desde mi llegada y había arrasado con el mercado de la noche. Había hablado con Tonino, el jefe de la mafia y llegamos a un acuerdo para repartirnos la ciudad, sobre todo porque le mostré mi aspecto real y la facilidad con la que podría asesinarlo, a él y a toda su familia.

En ese momento, solo debía arreglar el tema con los vampiros rebeldes, porque incluso me había entrevistado con el alfa Chastain y parecía ser muy razonable.

—Señora, no debería ir a esa reunión. Tengo una mala sensación —dijo Barnaby preocupado.

—Si he de ser reina, lo seré de todos los vampiros. O eso o acabaré con ellos.

—No sabemos a ciencia cierta cuántos son.

—Nosotros somos diez vampiros y otros tantos humanos armados.

—He oído que hay brujos con ellos.

—¡Malditos brujos! Avisa a la Dama Blanca, pídele que venga. Sé amable.

No habían pasado ni dos horas cuando la mujer accedió a mi enorme mansión. Era una bruja de unos cuarenta, con el cabello completamente blanco y bastante serena. La invité a pasar y a tomar un refrigerio.

—Estimada Ela, gracias por venir.

—Tu vampiro no me dejó otra opción, aunque solo tenías que pedírmelo. ¿Qué te preocupa?

—Los brujos. Creo que están con los vampiros rebeldes. Necesitaría algo para protegerme de ellos. Tal vez un talismán. Lo que consideres.

—Y me pagarás por ello, ¿no es así?

—Por supuesto. ¿Cuánto?

—No quiero dinero, Grace, sino algo más personal. Una de mis hermanas es vidente, y ha soñado con un desastre que iba a ocurrir en Londres, en 1918. Si me juras que irás a arreglarlo, te protegeremos de los brujos esta noche.

—Faltan cuatro años, podría estar muerta. —La bruja sonrió y negó con la cabeza.

—Dice que serás tú y un vikingo que posiblemente tú conozcas los que arreglaréis todo. Podría ser un fin del mundo. Y no se trata de la guerra, sino de asuntos mágicos.

—Está bien. Conozco a ese vikingo que dices, desde luego. Trato hecho. En dos horas me reuniré con los vampiros en Crimson Lounge. Disponeos en el local para evitar cualquier hechizo.

—De acuerdo. Tenemos un trato, Grace. Nosotras no te vamos a fallar.

—Yo siempre cumplo mis promesas.

—Lo sé. Suerte esta noche, aunque, sinceramente, no la vas a necesitar. Serás reina y una de las buenas.

La miré satisfecha. Iba tachando tareas de mi lista y esta noche acabaría con el último obstáculo. Dentro de cuatro años ya me preocuparía de lo que tuviera que ocurrir en Londres.

CAPÍTULO 13. UN TRATO JUSTO

El tren para en la estación de Berlín y me bajo. Necesito encontrar un refugio temporal o un hotel donde no haya problemas para dormir de día. No llevo mucho dinero. Parece mentira, con la gran cantidad de oro que poseo, que en este momento esté pasándolo mal.

Me toco el collar de perlas. Podría venderlo, pero antes de eso intentaré cualquier otra cosa. Camino por las calles antes de que amanezca, buscando a algún vampiro que me lleve a su corte. Por fin logro encontrar a uno delgaducho que está follando con otro tipo mientras le muerde. Espero hasta que acabe y, cuando se está recogiendo su polla, me pongo delante. Sisea, pero levanto las manos.

—¿Dónde está la corte? Hace mucho que no visito la ciudad. Escuché que os habíais mudado.

—¿Quién eres tú? Mi reina se enfadará.

—Llévame con ella.

El tipo deja marchar al hombre con el que había tenido sexo y del que se había alimentado y me alegré. Al menos Jana parecía razonable. Estaba un poco fuera de onda de lo que ocurría en Europa.

Él me llevó por varias calles hasta un hermoso edificio del siglo XVIII reconvertido en un hotel.

—Bienvenida al hotel Stern, sede de la Corte Bronce. Deberás comportarte porque a la reina no le gustan los vampiros nómadas y para nada los asesinos. No sé si tú eres de esas.

—Ya lo creo que no.

—Mejor. No me gustaría ver tu lindo culo derretirse bajo una estaca.

—¿Todavía estaca a los que no se comportan?

—Ya te digo. Delante de todos. Es una tradición.

Acepto sin saber si me estoy metiendo en la boca del lobo. Es bueno que no permita asesinatos, pero de ahí a que estacar sea una diversión, no me da muy buena sensación.

Sin más, entramos en el edificio. Parecía un hotel normal, con recepción en el que trabajaba un humano y una vampira y en el salón se escucha algo de jaleo. Un último ágape antes de dormir. Esa costumbre es muy europea. El tipo me acompaña al salón y entro. Todos se vuelven y entonces veo a la reina. Está recostada sobre un cómodo sillón. Es una mujer de unos cincuenta años y según recordaba, no tiene más allá de seiscientos. Ella abre los ojos como platos al reconocerme y se levanta rápido para venir a saludarme.

—Reina Grace, estáis viva, escuché que os habían secuestrado.

El tipo que me acompaña se queda con la boca abierta, sin decir una palabra.

—Sí, así es, pero me liberé. Os ruego una estancia y algo de comer. Tal vez ropa limpia. Os haré una transferencia en cuanto regrese a casa.

—Por supuesto que tendréis lo que necesitéis. Sin costo. Vamos, niños, traed lo necesario y dejad una mesa libre.

Un grupo de vampiros se levanta, limpia la mesa y enseguida me traen una botella llena y una copa de exquisito cristal. Doy un buen trago y por fin empiezo a sentirme yo misma. Solo necesito una ducha y dormir.

—Marchaos todos —dice Jana y se sienta a mi lado—. Siento mucho lo que os ha pasado, reina Grace.

—Dejémonos de formalismos. Solo somos Jana y Grace. Yo también lo siento. La situación es complicada.

—Lo sé. Ayer justo me reuní con el alfa y la Dama Blanca de la ciudad, nos tememos que se estén reorganizando. Tu secuestro fue algo muy malo, ya que todos te respetan mucho.

—Sí, un símbolo. Pero aquí estoy. Necesito descansar, Jana. Y mañana por la noche me iré, no quiero causarte problemas.

—Estamos contigo, Grace y si hace falta luchar y desgarrar a esos humanos, lo haremos.

—Bueno es saberlo. De momento, optaremos por la diplomacia. ¿Dónde puedo dormir?

—Mi habitación estará preparada…

—No, no es necesario. Una normal con ducha me vale. No te cambies por mí.

Ella inclina la cabeza y me acompaña a una lujosa suite con una cama enorme y una bañera con jacuzzi.

—Sé que estás casada, pero si deseas compañía, no tienes más que pedírmelo.

—Gracias, estaré bien, de momento.

Nada más que se va, pongo a cargar el móvil y llamo a Holly. Ella contesta al instante.

—¿Sabes algo de Eugene?

—Todavía no. ¿Dónde estás?

—En la Corte Cronce, en Berlín. Tuve que parar o me iba a achicharrar. ¿Qué sabes de Paul?

—Una herida superficial. La Dama Blanca está bien. Bran ha salido de cuidados intensivos, pero seguimos sin saber nada de Barnaby y de tus otros hombres.

—Vaya. Fue Sabine, ¿sabes? La que me traicionó. Ella era una joven vampira de la corte de Duche. Supe que él la había echado, pero no sé por qué. Tal vez se radicalizó. Ella me entregó a la Iglesia y tenía soldados vampiros, armados hasta los dientes. ¿Quién es el vampiro que está dirigiendo esto?

—No lo sabemos, claro —suspira Holly—. ¿Quieres que le diga a Wayne que te envíe escolta de la manada?

—No creo que la necesite, la reina Jana es de nuestro estilo. Supongo que me acompañará al aeropuerto. De ahí a San Francisco no hay tanto. ¿Dónde puede estar mi esposo? Tú lo conoces bien. ¿Por qué no contestaría al teléfono?

—Garret, el hijo de mi hermana, está intentando localizar el terminal, aunque todavía no lo ha conseguido. ¿Cómo estás? ¿Cómo estás de verdad?

—Muy preocupada por mi esposo. Sabes lo mucho que lo amo y me resulta muy extraño que no sepáis de él. Físicamente estoy bien.

Ahora me voy a duchar y me van a dejar ropa. Son un poco raros, pero parece que me van a ayudar.

—Ten cuidado, Grace.

—Gracias por todo, Holly. Parece que te deberé otra.

—Eso no es necesario. Avísanos de lo que sea.

—De acuerdo.

Cuelgo y llaman a la puerta, una muchacha joven entra varios conjuntos de ropa y también interior sin estrenar. Ella se retira con una reverencia. Me meto a la ducha y estoy un buen rato, dejando que el agua caliente relaje mis músculos. Luego, me pongo vaqueros y un jersey fino. No quiero vestidos ni nada lujoso y Jana lo ha entendido. Me echo sobre la cama vestida, preparada por si tengo que salir corriendo.

Como cuando me encontré con los vampiros rebeldes, aunque eso, en el fondo, fue divertido.



En el club Crimson Lounge esa noche solo había vampiros y humanos colaboradores, como me gustaba llamarlos a mí. Es decir, si, en un momento dado decidía cortar una cabeza, nadie se escandalizaría. Incluso el padrino de la mafia, Tonino, que acudía todas las noches, quiso entrar para verme en acción.

Yo iba vestida para matar, como solía bromear Eugene cuando veía alguna fotografía mía que Barnaby solía tomarme. Llevaba un exquisito vestido de dos piezas plateado con amplio escote y cerrado en la espalda. Debajo, mi costurera había cosido unos pantaloncitos, por si tenía que arrancarme la falda. Ella era una mujer que pasaba de los sesenta y a la que convertí cuando estuvo a punto de morir

hacía ya unos cuatro años. Además de coser, era realmente habilidosa para peinarme y se sentía feliz de servirme.

Me situé en una mesa en el centro de la sala y me sirvieron champagne con unos delicados dulces hechos con sangre y azúcar. Así era yo.

La orquesta me miraba, inquieta y les hice un gesto para que tocaran música de jazz y la gente saliera a bailar. Que el lugar tuviera un viso de normalidad, aunque todos estábamos preparados para asesinar a quien fuera necesario.

Al rato, un grupo de hombres entró en la sala. Algunos de ellos iban vestidos con camisas remangadas y pantalones, pero el que parecía el cabecilla, llevaba un traje de chaqueta elegante, el cabello oscuro, como su piel, brillaba con la luz tenue del local. Se dirigió directamente hacia mí y se sentó. Exudaba poder y algo más. Sus ojos eran de color miel y aunque tenía la nariz algo desviaba, eso no le quitaba atractivo.

—Siéntate, cómo no —dije para avergonzarlo, pero él sonrió mirándome de forma descarada.

—Soy Abraham y me has citado para hablar, así que aquí estoy. Habla.

—Me gustan las personas que tienen las cosas claras, así que iré al grano. Seré la reina de la Corte de Plata, en Nueva York, lo único que te voy a preguntar es ¿vas a aceptar mi reinado o te marcharás de la ciudad? Sin hablar de la tercera alternativa.

Se echó a reír. Su risa era franca y agradable y sentí un pálpito en mi interior.

—¿Y qué tal si yo me declaro rey y tú eres mi consorte?

—No, nada de eso. Seré la única reina, aunque puedo aceptarte como segundo y puede que en mi cama.

—Entonces, quieres que te obedezca y te sirva, tal vez también en la cama, ¿no es así?

—¿Por qué no, Abraham? Eres un macho atractivo y yo soy poderosa. ¿Acaso no es una buena combinación?

—Eres poderosa y seguramente deliciosa, no lo dudo. Pero yo soy de color, no puedo entrar en algunos lugares, ya lo sabes.

—Eso a mí me importa una mierda, y perdona la expresión. Y si me vas a hablar de tus antepasados esclavos, ya sé lo que me vas a contar. Yo también lo fui. Lo que te ofrezco es una transacción comercial. Al final, en unos meses, tus hombres desaparecerán, tal vez incluso tú, y acabarás perdiendo, solo te estoy ofreciendo un trato digno.

—¿Y si digo que no? Me marcho o me matas, ¿no es así?

—Dicen algunos humanos que somos como animales y en parte sé que es cierto. Como jefa de la manada, decido quién muere y quién no. Ser mi segundo es un puesto importante.

—¿Lo puedo pensar?

—La verdad es que no. La decisión debes de tomarla ahora.

—Es decir que puede que no salga vivo de aquí si me niego —dijo mirando alrededor. El ambiente se podía masticar.

—No soy una asesina. Solo si me atacas o no te vas de la ciudad te mataré, pero es muy fácil, Abraham. Podrías ser rico, pago muy bien. ¿No te gustaría fundar una escuela en Harlem? Sé que sueles ir por ahí. Puedes ayudar a las personas que quieras. De hecho, te estoy preguntando cuando podría someterte, tengo unos mil años más que tú, puede que mil doscientos. Sin embargo, no es mi estilo. Prefiero que mis empleados trabajen a gusto.

Él alargó el brazo y Barnaby se colocó detrás de mí. Levanté la mano para pararlo y tomé su mano. Él acarició mi dorso con el pulgar y sonrió. Creo que hubo un suspiro general cuando todo pareció calmarse.

—Mi grupo está incluido en el trato, ¿no es así?

—Por supuesto. Eso sí, hay que seguir las reglas, nada de asesinar para alimentarse y alguna otra más que hace que los humanos no sospechen de nosotros.

—Me parece bien. ¿Y qué hace tu segundo?

—Besar el suelo por donde piso —dije y me levanté, alejándome de él con una sonrisa en la boca.

CAPÍTULO 14. DÍAS CURIOSOS

Me levanto al anochecer y me doy otra ducha caliente. No hay nada que me guste más que pasar horas bajo el agua y frotarme con jabón de olor. Me vuelvo a vestir y salgo de la habitación. Enseguida llega una joven vampira y me guía al comedor. Casi está anocheciendo, es hora de que tome un avión.

Jana se levanta para recibirme y nos sentamos en su mesa. Nos sirven gelatina roja y una buena copa de sangre, además de café. No suelo tomar a diario, pero por si acaso, prefiero hacerlo y sentirme plena.

—¿Has descansado bien?

—Sí, gracias. No olvidaré tu ayuda.

—Es un placer. ¿Hacia dónde irás ahora?

—Tomaré un avión. Ya reservé esta noche, vuelvo a casa.

Ella parece aliviada y asiente.

—Te escoltaremos al aeropuerto. Tu esposo pasó por aquí hace dos días, buscándote, pero no sabíamos nada.

—Lo sé. ¿Te dijo hacia dónde iba?

—No, ni siquiera paró a descansar. Nunca vi tanto fervor de un vampiro. Ojalá mi consorte me amase como el tuyo.

Sonrío y sé que lo dice de veras. Eso nos hace fuertes por nuestra unión y débiles por el amor que sentimos el uno por el otro.

Esperaré a llamar a Holly cuando salga de la corte. A pesar de que han sido muy amables conmigo, fue una vampira la que me atrapó y sin duda hay alguien más poderoso detrás.

Me despido y me dan una pequeña mochila con ropa, objetos de aseo y una botella que parece un termo de café, pero contiene sangre mezclada, por si acaso.

Les doy las gracias y me llevan en el coche hasta el aeropuerto. Mi avión a San Francisco tardará unas horas en despegar, y justo me irá, porque hacemos escala en Ámsterdam. Son unas doce horas y

he calculado que llegaré a San Francisco a las cinco de la mañana. Si Wayne y Holly me esperan con una furgoneta oscura, no me achicharraré.

Y, sí, podría ir a Nueva York, pero si el FBI anda husmeando, casi prefiero tomar fuerzas con mis amigos.

Tomo un café y algo de mi termo y me meto en el avión. He llamado a Holly y le he avisado del vuelo. Bran está mejor, Paul también y de Barnaby sigo sin saber nada. Ojalá mi querido amigo no haya muerto.

Me meto en el avión y ocupo mi asiento, junto a un hombre mayor que parece dormitar. Van a ser muchas horas y doy gracias que voy bien alimentada, porque un vampiro hambriento en una lata cerrada puede ser un puto desastre.

Eso me recuerda a Nueva York, año 1917



En pocos años, me hice la reina de una corte próspera y para nada violenta. Abraham, para mi alegría, empezaba a ser un segundo eficaz. Comprendió que era mejor mantenernos fuera de los asesinatos indiscriminados de humanos y llegamos a un acuerdo formal con los Chastain, la manada de los lobos que dominaban la ciudad.

Los brujos no se dejaban ver por entonces, o quizá ya estuvieran tramando cualquier cosa a escondidas.

Con la entrada de Estados Unidos en la guerra, en abril de 1917, algunos jóvenes licántropos se habían alistado en el ejército y se escuchaban hazañas heroicas. Por todas partes se veían soldados presumiendo de su uniforme, entrando en los clubs creyéndose merecedores del mejor trato. Y yo se lo daba. No quería que,

además de considerarme peligrosa por ser extranjera, quisieran cerrar mi club por acciones antiamericanas.

Nueva York se enfrentaba a un momento de caos mezclado con fervor político y, ¿por qué no?, lleno de oportunidades para quien supiera aprovecharlas.

Los vampiros tuvimos que proveernos de papeles en los que se aumentaba nuestra edad. Algunos estaban escondidos para no ser reclutados, lo que complicaba en parte los servicios. Tuve que asegurar a varios oficiales que, si no tenía camareros eficientes, no podría agasajar a los soldados que venían agotados del frente. Hubo también mucho dinero de por medio, e incluso me contactó cierta organización gubernamental, puesto que se habían visto alemanes en mi local.

Es decir, me obligaron a espiar.

Nueva York siempre tuvo una gran comunidad alemana y en esos momentos, fueran partidarios o no, se les miraba con ojos acusadores. Un día me visitó Eugene y se largó enseguida a su tierra. Hervíamos de conspiraciones, de bulos, de persecuciones, de propaganda patriótica, música y discursos. Incluso las obras de Broadway o el cine estaban llenos de documentales sobre las valientes aventuras de los soldados.

Abraham se quedó al frente del Crimson Lounge mientras que yo dirigía el Eclipse. Casi todos los días acudía la policía para pedir la documentación y esto estaba empezando a ponerme de los nervios. Hasta que un día, se armó una buena.

Un grupo de vampiros procedentes de Europa entraron en mi club, querían refugio, habían huido y alguien de allá, les había dicho que yo era una reina justa y que no me metía en política, pero eran alemanes o como los llamaban despectivamente, «hunos». Y desde luego, miraban a los americanos como si fueran bichos. La mayoría eran jóvenes y ancianos, supuse entonces que los habían dejado venir por la edad. Pero eso no quitaba que fueran peligrosos y obcecados y sin ningún respeto por la vida humana.

—¿De dónde han salido estos salvajes? —dije observándolos en la cocina del Eclipse, donde los estaba alimentando Barnaby, con suma paciencia, pero con cierta dureza.

Abraham me miró y movió la cabeza. Habíamos llegado a una relación bastante buena, pero al final, jamás tuve sexo con él. No le interesaban las mujeres y aunque la mayoría de los vampiros acostumbrábamos a probar diferentes sexos, su gusto era muy definido. Amaba a todo aquel hombre que parecía un artista, alguien bohemio y encantador, sin importar el color de la piel.

—Este grupo traerá problemas, Grace. Ya tenemos al Servicio Secreto visitándonos y vigilando todo. Solo falta que nos descubran como vampiros. No sé qué sería peor.

—Alquilaremos una casa y los dejaremos ahí hasta que pare esta dichosa guerra. Los humanos no dejan de matarse entre ellos. Para que luego digan. Llévatelos en el furgón y escóndelos en el almacén del río hasta que encontremos una casa adecuada. Sobre todo, que tengan comida.

—De acuerdo, pero sigo pensando que haces mal en acogerlos, Grace.

—¿Y qué hago? ¿Los dejo sueltos por la ciudad? Prefiero vigilarlos.

—Está bien.

Se los llevó a todos, saliendo por detrás y yo fui a la barra a tomar un Martini. Aunque todavía no encontraba restricción de alcohol, no estaba bien visto, al menos, hacerlo público. El camarero me dio algunas cerezas especiales, que mastiqué despacio. Un hombre se colocó a mi lado. Vestía un elegante traje de chaqueta y su rostro, afeitado, parecía perfecto. Era moreno y ancho de espaldas. Pensé que no era posible, porque sabía que había muerto, pero el corazón se me encogió. Se parecía mucho a Bert. Sin embargo, tras un discreto olfateo, supe que era humano, humano al cien por cien.

—¿Cree que podría tomar una de esas? —Me preguntó señalando mis cerezas de sangre y azúcar. Tomé la última y la mordisqueé en la boca, chupándola con una cuidada sensualidad. Él tragó saliva.

—¿Cree que le interesaría tomarla ahora?

Estaba estresada y sí, quería sexo.

Él me miró y admiró. Sí, llevaba un vestido color champagne y nada debajo. Era escotado y sus pequeñas lentejuelas estaban bordadas sobre un tejido transparente, así que sombreaba ciertas partes de mi cuerpo. Miré sus hombros anchos y el cuello donde palpitaba una vena. Incluso podía escuchar su corazón, latiendo fuerte.

—Me interesaría y mucho —susurró cerca de mi oído. Olía muy bien, tabaco, whisky y algo de colonia.

—Entonces, hablaremos en mi despacho —dije y comencé a caminar, contoneándome y esperando poder ver si lo que abultaba en su pantalón era tan interesante como parecía.

Abrí la puerta y lo dejé entrar. Me senté sobre mi mesa. Él pasó y cerró la puerta tras de sí. Me miró mientras yo esperaba. Se acercó y abrí las piernas, para dejarlo apoyarse en mi sexo, que ya estaba húmedo. Toqué su cara, la barba parecía querer salir.

—Me recuerdas a alguien que conocí. ¿Cómo te llamas?

—John —dijo quitándose la chaqueta. Descubrí que llevaba una funda de arma y me puse tensa.

—¿Por qué llevas un arma?

—No te voy a engañar, soy del servicio secreto. Hace días que te observo y… te deseo. No he visto a alguien tan apetecible en mi vida. ¿Cómo es que una mujer tan joven posee dos clubs y todo lo que tienes?

Lo aparté, enfadada.

—Si querías interrogarme, no hacía falta parecer que me deseabas.

—Te deseo, Grace —dijo acercándose a mis piernas y rozándome con su dureza. Me abrí para él.

—¿Entonces?

—Me encantaría meterme en tu cabeza, saber lo que escondes, porque sin duda lo haces, pero ahora mismo solo pienso en introducirme en ti, la verdad.

Sonreí. No sabía si lo mordería, posiblemente. Había aprendido a hacer olvidar los mordiscos. Bajé la mano por su pecho duro hasta su vientre y saqué su camisa, para meter mis manos. Él se estremeció, seguramente por mi temperatura, pero no pareció

importarle. Me besó y sentí su calidez dentro de mi boca, mordisqueándome y jugando con mi lengua. Tuve que hacer un gran esfuerzo por evitar que mis colmillos bajaran. Su lengua pasó por mi cuello, y sus manos ya estaban debajo de mi vestido. Jadeó cuando pudo atrapar mis pechos libres y yo aproveché para quitar su cinturón y sacar su polla. No era como la de los sobrenaturales, pero para ser humano, no estaba mal.

Me puse casi en el canto de la mesa y lo conduje hacia dentro. A esas alturas yo estaba más que preparada y lo quería todo. Se introdujo en mí, mirándome a los ojos, y yo me moví despacio para mi velocidad normal, pero él me gustó, era tierno con un punto salvaje. Me cogió en brazos y me llevó contra la pared, haciendo más fuerza todavía. Enrosqué mis piernas en él y mis labios rozaron su cuello, deseando morderlo. La vena palpitaba fuerte mientras él me empotraba duro. Y sí, mordí. Un pequeño agujerito, nada del otro mundo. Él se excitó todavía más y yo absorbí la delicia mientras acababa con un enorme orgasmo. Cerré la herida y lo miré a los ojos. Él también se había derramado en mí. Me dejó sobre la mesa, todavía sin salir y me miró agitado.

—¿Me has mordido? He sentido algo.

—¡Cómo te voy a morder! —dije con las mejillas algo sonrojadas, efecto de absorber su sangre.

—Sea lo que sea, me ha gustado —dijo él besándome. Puede que tuviera algo de su sangre en la boca, no lo sabía, pero no pareció darse cuenta. Salió de mí y sí, me quedé con ganas de más. Pero los humanos no eran sobrenaturales y no aguantaban tan fácilmente dos asaltos. Se vistió y se arregló la camisa. Tocó su cuello, pero, salvo una pequeña imperfección de la piel, no había nada.

—¿Estás satisfecha? —preguntó él de repente.

—Sí, John.

—Suelo venir por aquí, ya sabes… por si acaso aparece alguien especial y sé que tú no estás colaborando con los alemanes, aunque hayas tenido visitas de…

—Parientes que huyen de la guerra, sí. Ancianos y jóvenes.

—Lo sé, los he visto. Quiero decir que me encantaría poder volver a probar tus… cerezas.

—Tal vez, John. Mis cerezas están muy solicitadas —dije bajando de un saltito de la mesa. Él me agarró y me giró de golpe, poniéndose detrás de mí. Después, metió la mano por delante y empezó a mover los dedos muy sabiamente.

Jadeé y noté que se volvía a excitar. Él acarició mi humedad con habilidad, haciendo que un estremecimiento me recorriera el cuerpo. Su pecho duro se apretaba contra mi espalda y había levantado el vestido, de forma que mi culo estaba al aire, rozando con su pantalón. Movió los dedos más rápido y acabé con otro bonito orgasmo.

Él besó mi cuello y acarició mi culo con la mano y luego me dio una ligera palmada.

—A lo mejor puedes hacerme un hueco en el primero de tu lista —susurró en mi cuello.

Me volví y él me besó.

—Tal vez, pero depende de cómo funciones, soy muy exigente con mis amantes.

—Estaré a tu altura, preciosa Grace —contestó arreglando su pantalón. Se puso la chaqueta y salió de mi despacho, dejándome con una sonrisa tonta en la boca. Sí, iban a ser días entretenidos.

CAPÍTULO 15. DESCUBIERTOS

El hombre de al lado me pide permiso para levantarse e ir al baño, así que no me queda otra que levantarme. He estado inmersa en mis pensamientos y ahora, que estoy de pie, miro distraída a mi alrededor. Huelo un par de brujas que me miran entrecerrando los ojos y una familia de licántropos. Supongo que a estas alturas ya sabemos todos lo que somos y que yo soy la más peligrosa de todos, porque si me diera por atacar, acabaríamos muy mal. Pero les sonrío sin mostrar colmillos y decido ir al baño a refrescarme la cara cuando se queda vacío.

Después de lavarme la cara y tirar de la cadena para disimular salgo y me encuentro de bruces con una de las brujas. Ella es bonita y joven y me mira sin disimulo.

—Supongo que no harás nada, ¿verdad? —me pregunta.

—¿Nada de qué, brujita?

—Nada que tenga que ver con líquido rojo. Porque si estás apurada, mi hermana y yo podemos ayudarte en ese caso. Hay muchas personas en el avión.

—Oh, gracias, comí antes de salir de viaje, pero agradezco tu oferta.

—Sé quién eres. Conocemos a las Rubens de oídas y hemos visto tu fotografía. No sé cómo es que… estás aquí, pero si te ha pasado algo malo, nos gustaría ayudarte.

—Eres muy amable…

—Sunny y mi hermana es Moon.

—Bonitos nombres. Estoy bien. Deseando aterrizar, sin más.

—Recuerda nuestra oferta en caso de necesitar. No queremos que nadie sufra daño.

—Sí, tranquila. Todo correcto.

Vuelvo a mi asiento y los licántropos padres me miran con ansiedad. Estar encerrado con un vampiro no gusta a nadie. No

gusta ni a los vampiros. Y ese fue mi fallo hace cien años.

Suspiro y me siento. ¿Otra vez recordando? Bien, no tengo otra cosa que hacer. Eso y rezar porque mi esposo esté bien.



Llevamos a los vampiros al almacén, algo que les disgustó bastante, pero les prometimos conseguirles una casa, preferiblemente a las afueras, donde se podían instalar. Barnaby era como una mamá gallina con sus polluelos. Creo que él también tenía ascendencia alemana. Desde luego, hablaba muy bien su idioma. Había nueve. Tres mujeres jóvenes de unos dieciocho o veinte años, dos chicos de unos quince y cuatro ancianos hombres, que aparentaban setenta más o menos. ¿Quién había convertido a personas tan mayores? Eso no quitaba para que fueran ágiles como un joven, aunque esa leyenda que se contaba en las noches de miedo o alcohol, diciendo que los vampiros eran fascinantes, con ellos no era cierto. Y los jóvenes eran algo salvajes, como si hubiera algo indomable en ellos. Solo Barnaby parecía calmarlos.

Al día siguiente fui a visitarlos al almacén, sobre todo, para comprobar que no estaban comportándose mal. Aun así, puse mi rostro más amenazador para que no hicieran ninguna tontería.

Barnaby sufría por quedarse allí y no protegerme, así que dejé a una de mis empleadas con ellos. Todavía no habíamos conseguido la casa, y el almacén no tenía muchas comodidades, pero al menos era seco, limpio y opaco. Volvimos al club.

John ya estaba tomándose un whisky, pero no podía hablar con él. No en ese momento. Él se giró hacia mí y lo saludé, pero continué hacia mi despacho, seguida de Abraham. La última partida de licor no había llegado.

Por mucho que me apeteciera el sexo, lo primero eran los negocios. Recibí a mi encargado de comprar en las destilerías escocesas y negó con la cabeza. Debido a la guerra y a las restricciones, traer whisky era tarea complicada.

—Viaja al sur y busca licor casero, ve granja por granja, entérate de quién destila y pruébalo. Si es bueno, lo compras.

—Yo voy al Crimson —dijo Abraham—, Tonino está inquieto. Teme que la Ley Seca venga pronto aquí. Acabarán vendiendo pizza.

Sonreí. Ya tenía eso en mente. Estaba montando un bar clandestino en el sótano de uno de mis edificios por si acaso. No me arruinarían. Aunque también podría irme a Nueva Orleans y eso que habían cerrado el distrito rojo de Storyville, donde Eugene tenía varios locales nocturnos. Estaba muy enfadado por eso. Algunos de los músicos de jazz que tenía contratados habían llegado a la ciudad por ese motivo.

Incluso supe que Eugene estaba relacionándose con una bruja que practicaba vudú, enamorado de ella, según me dijo en su última carta. Él tenía un gusto más bien particular. Le fascinaban las mujeres extrañas, únicas. Me alegraba por él.

Enterrada entre facturas y albaranes, casi no me enteré de cuando entró John.

—¿Problemas en el paraíso? —dijo sonriendo de forma canalla. Se acercó hasta mi mesa y resoplé. No es que no tuviera ganas de sexo, de eso siempre solía tener, pero se me acumulaba todo.

—No exactamente, más bien tema de proveedores. Esta maldita guerra no nos lo pone fácil.

—Grace, te seré sincero, podría ayudarte, a cambio de alguna información, si es que la tienes.

—Ya me comprometí con ciertas personas de tu gobierno, pero ya lo ves, no hay nadie extraño en el club. Solo los clientes de siempre. Te juro que, si supiera algo sobre los alemanes, te lo diría. Y como te comenté, esos parientes lejanos no dejan de ser críos y ancianos —dije impaciente.

—Todo eso lo sé, y la verdad, no pertenezco a ese tipo de organización.

Levanté las cejas y él se sentó frente a mí, se encendió un cigarrillo y me miró fijamente.

—¿Entonces? No lo entiendo.

—El departamento en el que estoy se ha formado a partir de una organización internacional, dedicada al estudio y control de los seres sobrenaturales, ya sabes, vampiros, licántropos o brujas.

Me quedé quieta, sin mover un solo músculo. Él sonrió.

—Ya sé que te sorprende, Grace, o podría decir, reina Grace de los vampiros. Y lo primero que vengo a decirte es que no te voy a detener, probablemente, porque acabarías conmigo en segundos. No lo tenía claro, pero ayer, cuando te follé, tu interior frío y ese mordisco inevitable me lo demostraron.

—Me follaste para utilizarme —dije molesta. No sabía si era por el sexo o por habernos descubierto. No merecía la pena ni negarlo.

—En realidad, sí. Pero lo disfruté muchísimo. Y me encantaría poder repetirlo —dijo apagando el cigarrillo en uno de los ceniceros de la mesa—. Mis superiores no querían que te lo dijera, pero eres una mujer de negocios, inteligente y práctica. Sé que acabarías averiguándolo y lo único que buscamos es colaboración.

—¿Qué quieres? —dije. Sí, podría matarlo en cinco segundos, pero eso me traería muchos problemas.

—Lo primero que queremos es ganar la guerra, eso desde luego. Sé que la mayoría de los vampiros no os implicáis, pero los licántropos son excelentes soldados. Se lanzan al frente con fiereza. Las brujas también están ayudando en comunicaciones, desencriptando mensajes de nuestros enemigos. Los vampiros… en cambio… no hacen nada. Supongo que es difícil cuando solo podéis salir de noche.

—Además de demostrarme lo mucho que *crees* que sabes. ¿Qué quieres?

—Está bien, al grano. El gobierno inglés ha contactado con unas brujas muy especiales, dicen que pueden parar la guerra. Queremos que tú y quizá alguno de tus ayudantes vayáis a Londres para contener el problema de alguna manera si algo sale mal.

Un escalofrío recorrió mi espalda. ¿No era lo que Ela, la Dama Blanca me había pedido? Ir a Londres, contener un desastre.

—¿Las brujas van a abrir un portal?

—Sí, eso es. Sacarán a algo poderoso y ese algo acabará con el conflicto.

—Eso es un error, John. No se puede controlar a los demonios. Ni ellas pueden.

—Según sé, es posible.

—¡Idiotas! —exclamé levantándome y paseando por mi despacho. Le debía a la Dama Blanca ir allí, aunque es cierto que tampoco la necesité de verdad en su día, pero un compromiso siempre fue sagrado para mí.

—Te proporcionaríamos un avión totalmente oscuro para ti y quien tú desees. Tal vez ese fornido ayudante negro.

—¿Y qué gano yo?

—Posiblemente que no os detengamos y os encerremos en una cárcel donde tendréis entretenidos paseos diurnos.

Su voz y su gesto ya no eran amables. Toqué mi collar de perlas. ¿Acaso aprendería alguna vez?

—Lo pensaré.

—No hay mucho que pensar, reina Grace. El avión saldrá en seis semanas, que es cuando las brujas tendrán preparado todo el ritual. ¿Eres religiosa? Celebra el año nuevo y prepárate para viajar.

Miré el calendario. Faltaba solo una semana para que acabara este maldito año 1917. Quizá podría desaparecer, pero no quería dejar todo lo que me había costado conseguir por unos malditos humanos.

—Está bien —dije apoyándome sobre la mesa. Él se acercó y se frotó contra mí, estaba excitado, pero ya no quería saber nada de él —. Lárgate, has conseguido lo que quieres, ¿no? Pues si quieres follar algo frío, métela en el refrigerador.

Se retiró y se echó a reír.

—Dios, eres fascinante. Me encantaría saber más de ti, cuándo naciste y cómo has llegado a ser lo que eres. —Lo miré enfadada—. Lo siento, Grace, es mi trabajo. Eso no quita que fuera el polvo más alucinante de mi vida. Jamás encontraré a alguien como tú.

Di un paso hacia él. Yo también quería saber qué tipo de organización era y cómo se habían enterado de nuestra existencia,

aunque con lo torpes que eran algunos, tampoco me extrañaba.

Rocé su pecho y sonreí, mostrando mis colmillos. Al instante noté que su bulto se endurecía y él jadeó, a punto de estallar.

—Podría contarte cosas, si tú me las cuentas a mí. Como, por ejemplo, de dónde sale esa organización en la que estás —dije rozando con mis colmillos su cuello.

—Como te he dicho —jadeó—, viene de Europa. La fundó un duque o un conde, no lo sé. Creo que os cazaba, pero —Se movió pegado a mi pubis mientras yo pasaba la lengua por la pequeña herida que le había hecho—, pero los gobiernos no querían cazaros, sino utilizaros y mi jefe…—dijo y pasé la mano por su excitación—, mi jefe… también quería investigaros. Controlar que no hubiera crímenes. Dios, quiero follarte otra vez, Grace, por favor y que me muerdas.

—Te lo tendrás que ganar —dije mirándole a los ojos. Empezaba a poder supeditarlo a mí—. ¿Y cuántos sois? ¿De quién depende todo esto?

—Del general Grant, somos agentes del FBI y del servicio secreto unidos —comentó. Saqué su polla del pantalón y empecé a acercarla a mí.

—¿Y sois muchos?

—En Nueva York solo tres —dijo pegándose a mí. Me senté en la mesa y le dejé entrar. Él se movió frenético mientras acercaba mi cuello a la boca.

—No, hoy no te morderé —susurré dejando que su lengua lamiera mis colmillos—. Tal vez otro día, si lo que me cuentas merece la pena. Hoy has estado bien y por eso te dejo follarme.

Él empezó a tener un orgasmo y yo me dejé ir. Las tornas habían cambiado y lo tenía en mi poder. Solo que el desastre que ocurrió después no me ayudó nada en mis planes.

CAPÍTULO 16. ATAQUE MORTAL

Aterrizo en San Francisco y miro el horizonte. Faltan minutos para que salga el sol. Las brujas y los licántropos se despiden no diría que amistosos, más bien aliviados. Enseguida veo a Holly. Ella ya es una mujer madura, pero sigue siendo sexy y atractiva. Su lobo va al lado, tan grande y fornido como siempre.

Ella me da un abrazo que me hace sentir en casa y enseguida subimos a una furgoneta con los cristales tintados.

—¿Cómo estás?

—Mal. No entiendo como mi esposo está fuera de cobertura.

—Mira, Grace, conociendo a Eugene lo único que se nos ocurre es que también haya sido raptado —dice Holly. Mi mundo se derrumba porque no quiero reconocerlo, pero es lo que he pensado desde el primer momento.

Wayne me mira desde el retrovisor y acelera para que no me achicharre, supongo. Llegamos enseguida al rancho Aullidos, donde están el resto de los licántropos y nos metemos en la casa. Han tenido el detalle de cerrar ventanas herméticamente. La hermana de Holly, Linda, con su esposo Ryder han preparado café. Los demás andan trabajando.

El joven hijo de Linda, Jackson entra preocupado. Es un chico muy guapo y Holly suspira cuando lo ve. Según me dijo una vez, pensaba que su primer esposo se había reencarnado en él, aunque nunca han podido comprobarlo.

—Tía Holly, tío Wayne, vengo del centro. Hay cierto lío con las brujas. Han recibido una carta formal de la Corte Negra acusándolas de retener a su rey. Se va a liar.

—No, iré a la corte esta noche. Voy a llamar al embajador para decirle que estoy aquí refugiada.

—No sé si eso es bueno, Grace —dice Wayne pensativo—. Dices que fueron vampiros los que te entregaron. No sabemos quién está implicado.

—Pero tengo que tranquilizarlos. ¿O quieres una guerra en la ciudad?

—Jackson, ¿pone algo sobre el motivo por el que las acusan? —pregunta Holly.

—Llamemos a la Dama Blanca. Tenemos un margen hasta el atardecer para hablar con ella —comenta Linda y asienten. Enseguida se ponen en contacto con una tal Estrella y al cabo de una hora, ya está aquí acompañada de cuatro brujas. Hace solo unos meses que ascendió a Dama y todavía no me la había presentado Eugene, pero sí me comentó que era razonable y habían hablado sobre la paz en la ciudad. Lo que no me dijo fue lo bella que es. Una punzada de celos me atraviesa el estómago.

Ella nos mira, especialmente a mí. Lleva vaqueros y una camisa que no esconde su curvilíneo cuerpo. Su melena castaña cae en ondas y sus labios son rojos oscuros. Es como una Holly, pero más joven. Incluso ella parece molesta.

—Que la paz de la diosa sea con vosotros —dice y bufo. ¿En serio?

—Bienvenida al rancho Aullidos, Estrella —dice Linda, que, puesto que es la segunda del alfa, hace su papel—, nos han dicho que has recibido una amenaza de la Corte Negra. ¿Podrías informarnos del tema? Sentémonos y lo hablamos.

Nos ponemos todos alrededor de una mesa y Jackson trae café y bebidas, sin perder de vista a la atractiva joven.

—Claro. Esta mañana encontré una carta delante de mi puerta. Supongo que la dejaron antes de que amaneciera. El embajador me cita esta noche para darle explicaciones sobre la desaparición de su rey. También habla de la reina, pero puesto que está aquí, supongo que deberíamos centrarnos en Eugene.

Tal y como pronuncia su nombre, me dan ganas de saltar y arrancarle la garganta, pero me mantengo quieta.

—¿Por qué te pide explicaciones a ti? —pregunta Holly mirándola fijamente.

—Porque hace un día el rey pasó por mi aquelarre.

—¿Cómo? —Me levanto exaltada y me dan ganas de sacudirla, pero Holly me toma del brazo y me tranquiliza.

—Sí, él me hizo prometer que no diría nada. Me dijo que no se fiaba de casi nadie. Me siento honrada de que lo hiciera de mí. No había comido y le doné algo de mi sangre.

Ya está, la mato. Donar sangre y follar suelen ir unidos.

—¿Te dijo dónde se fue? —pregunta Wayne mirándome de reojo.

—No. Dijo que era importante que nadie supiera dónde estaba, porque, y cito literal, *las sombras del pasado habían vuelto.* No sabía qué quiso decir. Pero cuando se fue, sobre las dos de la madrugada, quizá alguien lo vio. Por eso, el embajador cree que lo tengo yo. Solo he venido porque me dijo que solo se fiaba de los Wolf, los Wade y de su esposa.

—Grace, ¿sabes a qué se refiere con eso de las sombras del pasado? —pregunta Wayne.

Negué con la cabeza.

—En todo caso, iré esta noche a la corte y los tranquilizaré. No ocurrirá nada —digo y me levanto para ir a la habitación que me han preparado. Estoy confusa, pensativa, agotada.

Me siento en la cama y entra Holly. Me da un abrazo.

—Descansa, Grace. Te vamos a conseguir sangre para que te alimentes y esta noche volveremos para acompañarte a hablar con ellos.

—No, no me gustaría que os pasara nada.

—No pasará nada. La manada estará cerca. No queremos ningún tipo de guerra, pero piensa en lo que ha dicho Estrella, ¿de acuerdo?

—Está bien. Ella es…

—Sí, lo sé. Pero solo hay una Holly auténtica y Eugene lo sabe. Te ama y es lo más importante.

Sonrío y me echo en la cama. Ella apaga la luz y se marcha. Siento que quiero recordar algo, pero no llega a mi mente.



Para celebrar el fin de año, había preparado una fiesta especial y, claro, aunque ya los habíamos instalado en una casa a las afueras, los vampiros invitados vinieron a la fiesta que dábamos en el Eclipse. Mi error fue ser compasiva.

Los jóvenes se quedaron en mi club y los más ancianos en el Crimson, a cargo de Abraham. Se escuchaban rumores de que la guerra se recrudecía, y, sin embargo, generales, políticos, actores, actrices y demás personalidades, se disponían a pasar una noche de lujos y fiesta. Poco me importaba si eso suponía más dinero para mí. John apareció también, vestido de gala y mirándome con deseo. Le había prometido hacer algo especial en cuestión de sexo, claro, algo que jamás olvidaría. Pero antes, debía darme información.

—¿Qué sabes de las brujas de Londres? —le pregunté mientras él fumaba nervioso sentado en una de las sillas de mi despacho. Yo llevaba un vestido negro, de tela tan delicada que se distinguían mis formas. El escote llegaba al ombligo y a ambos lados de la falda, las aberturas, si las colocaba de forma estratégica, dejaban ver mis piernas hasta las caderas. John estaba muy excitado y no me lo ocultaba.

—Sé que están preparando un ritual muy importante.

—¿Qué tipo de ritual? Porque he hablado con algunas personas y dicen que abrir un portal es imposible, a menos de que se trate de magia de sangre —Llevaba tiempo insistiendo en saber sobre ello, pero él siempre se había negado a decírmelo. Moví la pierna y dejé ver parte de mi vello púbico. Él jadeó.

—Si me dejas saborearte, te lo diré —dijo y me senté en la mesa, abriendo las piernas. Él cayó de rodillas. Nunca pensé que iba a ser tan fácil someterlo con el sexo.

Retiró mi falda con cuidado y accedió a mi humedad con avaricia. Nunca le había dejado saborearlo y su lengua, habilidosa en grado sumo, hizo un trabajo impecable. Él se había sacado la polla y estaba moviéndosela mientras me recorría entera, introduciéndose incluso en mis más íntimos agujeritos.

Sentí que el orgasmo me llegaba y aprisioné su cabeza entre mis piernas. Él gimió y acabó corriéndose en mi suelo. Luego, yo lo hice en su cara. Él salió de entre mis piernas, relamiéndose.

—Jamás había experimentado algo así —dijo levantándose. Se recogió su miembro ya, algo menos duro y me miró a los ojos—. Quiero estar contigo para siempre, Grace. Quiero que me conviertas.

Sonreí y me bajé de la mesa.

—No solemos convertir a nadie, John. Tenía que ser algo muy merecido y especial.

—Soy un buen amante, ¿no es así? —dijo con un pequeño toque desesperado.

—Lo eres. Déjame que lo piense. Todavía queda mucha noche y… muchos días.

—Tengo ya treinta y dos años. No quisiera ser un vampiro viejo, como esos que están en el Crimson.

Asentí. Estaba al tanto de todo, sin duda.

—Tengo que conocerte más, John, si quiero pasar la eternidad contigo, compréndelo.

—Lo entiendo, Grace. ¿Podremos luego hacer el amor? Me prometiste algo especial.

—Sí, desde luego. Y ahora, dime qué son esas brujas.

—Son brujas de sangre, se hacen llamar Hermandad de la Niebla. Utilizan sangre para sus rituales, aunque creo que no matan a nadie.

—Está bien. Luego te merecerás algo especial. Ahora disfrutemos de la noche. Debo atender a mis invitados, sería muy rudo estar aquí metida todo el tiempo.

—Sí, sí. Y yo necesito recuperarme.

—Tómate alguna copa, ¿de acuerdo?

Salí, confusa. Si quería pasar la eternidad con alguien, no iba a ser con él precisamente. No era mal amante y… me recordaba a

Bert, pensé tocándome las perlas del cuello, pero no me fiaba. Ya me había engañado una vez y sin duda volvería a hacerlo.

Eso no quitaba que me divirtiera una temporada. Y de que lo usara para obtener más información.

Había quedado con la Dama Blanca, ella, discretamente, acudiría por la cocina, no quería dejarse ver en el local, sobre todo, porque sabía que los dos compañeros de John también estaban allí, intentando pasar desapercibidos. Pero, así como él no lo parecía, ellos olían a poli por los cuatro costados.

La Dama me esperaba nerviosa en la puerta trasera del local. Nos metimos en un pequeño almacén. Le expliqué todo.

—Son brujas de sangre. Pensé que eso ya no existía. Las mataron en el renacimiento, ¿no es así?

—Eso parecía. Que yo sepa no existen en ninguna parte.

—Pues en Londres sí. Nada menos que una hermandad, por lo que habrá varias.

—Sí, si van a hacer un ritual potente, necesitarán como mínimo seis personas. Debes pararlas.

—Entonces, sigues afirmando que abrir un portal es peligroso, ¿no?

—Los portales solo dan a planos donde viven demonios. O eso es, en teoría lo que ocurre. En realidad, nosotras nunca abrimos portales. Es posible que haya otros planos menos… diabólicos. Pero sin duda ellas querrán atraer a alguno para que, no sé bajo qué criterio, les obedezca y pare la guerra. Y eso es completamente absurdo. Los demonios no se supeditan y menos a humanos. Si abren el portal y salen varios, no sé, Grace, imagínate lo peor. Si esta guerra es terrible…

—¿Por qué no se lo dices a la Dama de Londres?

—Ella no sabe quiénes son. Me ha dicho que lo investigará. Se llama Claire, irás a alojarte en su casa.

—No, prefiero alojarme en un lugar de vampiros, si no te importa.

—Londres está casi destruido. Ha sido bombardeado varias veces con los zeppelines alemanes, y los bombarderos realizan ataques devastadores. Si los vampiros de la ciudad han sido listos, se habrán

marchado. Hay escasez de todo, huelgas, revueltas en la calle. Y tendrás problemas con la policía si te descubren. Los extranjeros están muy vigilados.

—Vamos con los americanos, deberían tener contactos con la organización inglesa. Y, te digo, Ela. No me fío nada. Ahora nos observan y nos estudian, pero no me extrañaría que después quisieran cazarnos. Hace tiempo un amigo me habló de un tal Letto, un cazador de sobrenaturales y me da que está detrás de todo esto. Quién sabe si quieren saber todo sobre nosotros para luego jodernos.

—Que se atrevan —dijo ella con el rostro sonrosado. Era una mujer menuda, pero sin duda tenía poder—. Solo te digo que debes pararlas antes de que abran el portal, cueste lo que cueste. ¿Irás con ese vikingo que visionó mi compañera?

—Supongo que sí. Él nunca se pierde una fiesta. Vete, debo atender a mis invitados. Creo que partiremos en unas semanas, si me entero más del agente, te diré. Coméntalo al alfa Chastain, vigilan mis pasos.

—Claro, eso haré. Gracias, Grace, no todos los vampiros son tan razonables como tú.

—Me gusta vivir bien. A ser posible, en paz.

Me metí en la fiesta tras tomar varias de mis cerezas de sangre y azúcar. Allí me encontró John.

—Te buscaba.

—Tenía hambre.

Se puso delante de mí y aflojó su camisa.

—Puedes alimentarte de mí.

—Ahora no, querido. Más tarde. Después de las doce de la noche, cuando todos estén borrachos.

Salimos al salón, hablé con unos y con otros, mientras el nivel de alcohol aumentaba. Algunos vampiros tomaban sangre en copas opacas e incluso había licántropos, supongo que Chastain los había enviado para vigilar. La orquesta tocaba canciones animadas y los camareros servían bebida y comida en abundancia.

Había encargado al cantante de la orquesta que preparase algún tipo de objeto para hacer sonar el gong de las campanadas, y como

ya casi era el tiempo, me dirigí hacia el micrófono. Eché un vistazo a la gente y entonces me fijé en que había algunas personas que no parecían estar participando de la fiesta. Miré a John, que estaba tan tranquilo, apoyado en la barra. Yo diría que eran policías. Pero cuando hice contacto visual con uno de ellos, supe que no eran humanos normales, sino brujos.

A partir de entonces, todo fue una locura. Hice un gesto a Barnaby que estaba con los extranjeros y señalé a uno de los tipos. Él comprendió y susurró a dos de mis ayudantes que se colocasen cerca de los otros. Conté unos seis. ¿Qué pretendían?

El cantante me alcanzó el micrófono y sonreí.

—¡Queridos amigos! ¡Pronto comenzaremos un nuevo año y Dios quiera que se acabe la guerra! Mientras tanto, debemos celebrar seguir vivos y tener la suerte de estar aquí, con nuestros amigos, dando la bienvenida a un nuevo año. ¡Dios bendiga a América!

Todos aplaudieron y aullaron. Por muy elegantes que fueran, solo había que decir esa frase para que se emocionaran. Bajé deprisa del escenario, tanto que John se acercó a mí.

—¿Ocurre algo?

—No sé si ocurre algo ahora, pero lo hará. Hay brujos en el local y ellos nunca traen buenas intenciones.

—¿Dónde? He de avisar a mis compañeros.

—Los tipos que llevan traje marrón. Los únicos que no están borrachos o no llevan gorros ridículos. Barnaby está detrás de uno de ellos.

—Voy a dar una vuelta y avisaré a los míos. Deberías quedarte a la vista. No deseo que te ocurra nada.

—Querido, tengo más de mil años. Te aseguro que sé cuidar de mí misma —dije sonriendo y él abrió los ojos, supuse que asombrado. Jamás le había confesado mi edad. Asintió y se mezcló con la multitud.

Yo me quedé vigilando con una copa de champán y una sonrisa en la boca. Los brujos se estaban agrupando en el centro de la sala y eso era malo. Según sabía, cuando las brujas, y supuse que ellos también, se daban la mano, el poder se incrementaba. Una corriente eléctrica hizo que las luces parpadearan. Los humanos se

estremecieron, a pesar de ir bebidos. Los vampiros me miraron y señalé a los brujos. Algunos de ellos, casi todos empleados míos, se prepararon por si yo les daba una señal. Un licántropo se acercó a mí para preguntarme.

—Hay brujos —susurré y él entendió. Se puso cerca, y esperaba por lo más profundo que no se le ocurriera convertirse.

Un muchacho vampiro entró por la cocina y me hizo señas. Me acerqué.

—Mi reina, han atacado el Grimson, están luchando contra brujos. Abraham solicita ayuda.

—Aquí están a punto de atacar. Dile a Abraham que, si puedo, enviaré a alguien.

El chico se fue e hice un gesto al licántropo.

—Avisa a tu alfa, han atacado mi otro club y habrá licántropos allí. Supongo que nos ayudaréis.

—Sí, no se preocupe. Mando un recadero ahora mismo a la casa.

—No os convirtáis si no es preciso.

—Lo sé.

Desapareció y vi que una muchacha salía por la cocina. La tensión se podía palpar, hasta que John se acercó a los brujos, como si fuera borracho y tiró a uno de ellos. La electricidad se deshizo por un momento, y fue el tiempo justo para que Barnaby tomara a otro y se lo llevase casi a rastras. Otro de mis vampiros pasó la mano por los hombros de otro brujo como si fueran compañeros, pero él se resistió y lo apuñaló. Grité de rabia y los brujos se unieron de la mano, excepto el que llevaba Barnaby, que estaba sentado en una silla y no dormido.

La gente seguía bailando sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo y cuando me lancé hacia el círculo salí despedida. Entonces se desató el caos. Los brujos rezaban su oración y los humanos salían corriendo en varias direcciones. Supuse que no sabían qué estaba pasando exactamente, pero comenzaron a dirigirse hacia las puertas del local. Pero algo les impedía salir. Entonces llegó el histerismo y los nervios.

Indiqué a uno de los míos que intentase salir por la cocina, pero era como si una lámina transparente la hubiera cerrado. Solo se

veían a los empleados por detrás, asustados.

—¡Buscad ayuda! —grité y ellos asintieron. Varios licántropos entraron enseguida, pero por mucho que golpearan esa barrera, no consiguieron romperla. Debía romper el círculo de los brujos como fuera.

Los humanos golpeaban la barrera y algunos yacían en el suelo, inconscientes. Para colmo, los vampiros salvajes europeos se estaban alimentando. Aparté a dos de malas maneras y ellos me miraron con el rostro furioso. Les grité y usé mi influencia para que se colocaran en un rincón. Esto era un puto desastre, necesitaba pararlos.

La densa capa de energía que rodeaba a los brujos era impenetrable y ni siquiera John pudo atravesarla con sus balas.

Caminé alrededor y uno de los brujos levantó la vista, me miró y sonrió.

—Cabrón, acabaré contigo.

Miré a mi alrededor y entonces vi el aceite. Uno de mis caprichos fue poner lámparas de aceite, así que rápidamente lo esparcí alrededor de su círculo, incluso por encima y les advertí.

—Moriréis quemados si no os soltáis —exclamé, pero ellos siguieron.

Un dolor agudo me atravesó y comencé a sangrar por la boca, por los ojos y por la nariz. Caí de rodillas. John fue a atenderme y tomó las cerillas de mi mano, comprendiendo lo que pretendía. Uno de los brujos lo lanzó contra la pared. Las cerillas cayeron al suelo y a pesar de que sentía que me moría, conseguí tomarlas y las encendí.

El aceite prendió rápido y rodeó a los brujos. Todos los sobrenaturales estábamos sangrando por los poros. Algunos aullaban de dolor. Los humanos nos miraban sobrecogidos y todavía luchaban por salir, pensando que serían los siguientes. Miré al grupo de brujos y sentí que el fuego comenzaba a alcanzarlos, pero ahí seguían. Uno de los compañeros de John les tiró dos botellas de aceite sobre ellos y comenzaron a carbonizarse.

La sangre de mi cuerpo me abandonaba, moriría en ese momento, pero milagrosamente, uno de los brujos se soltó, para

intentar apagar el fuego que le quemaba vivo. Como en una cascada, la energía que habían conseguido se fue deshaciendo y el agente disparó sin miramientos en el pecho a todos los del círculo.

Por fin, cayeron al suelo y el dolor cesó. Nuestra debilidad era demasiado como para contener el hambre. Los vampiros nos lanzamos hacia los humanos y nos alimentamos. Cuando me di cuenta, algunos habían sido asesinados.

—¡Parad! —ordené con mi voz de reina. Ellos consiguieron obedecerme. Los lobos se habían convertido y estaban en un rincón, listos para defenderse de nosotros—. Separad a los muertos de los vivos y dejádmelos allí, los convenceré.

Eso era un desastre y, aunque el fuego se apagaba, decidí que tenía que quemarlo todo. Mi precioso y maravilloso club.

Busqué a John. Estaba sin sentido en un rincón, su vientre atravesado por la pata de una silla, todavía consciente y diría que atemorizado por nosotros.

—¿Qué coño? ¡Habéis atacado a los humanos!

—Escucha, John. Hay dos opciones. O te mato, o te salvo y te callas lo que ha pasado aquí. Ha sido pura supervivencia y la culpa no es nuestra sino de los brujos. ¿Qué eliges?

—¿Mis compañeros?

—No lo sé. Todo está muy revuelto. Convenceremos a los vivos y quemaré mi local. Yo voy a perderlo todo. Me gustaría no perderte a ti.

Él asintió. Buscamos a todos los vivos y los *convencí* del terrible incendio que había herido a muchos de ellos. Los vampiros cerraron sus heridas del cuello y entonces quemé mi precioso local. Pronto vinieron los bomberos y también el muchacho que me había avisado, asustado y triste.

—Los han matado a todos y han quemado el Crimson, mi reina.

Le dije que se pusiera con los demás. Acabé sentándome en el suelo, alguien me puso una manta sobre los hombros y yo juré esa noche que los brujos no vivirían mucho tiempo en mi ciudad.

CAPÍTULO 17. UNA DESPEDIDA

Me levanto, cansada y harta de todo lo que está siendo mi vida en las últimas semanas. Salgo, vestida y duchada, al comedor. Huele a comida y diría que acaban de cenar. Linda me acerca una botella llena de sangre y me siento en la mesa para servirla en una copa. Que beba sangre no significa que sea salvaje.

Apuro un par de copas y entran Holly y Wayne a la cocina.

—¿Un café? —pregunta ella. Asiento. Me sirve una gran taza de café y los miro. Tienen ojeras.

—¿Cómo están los chicos?

—Todos bien, haciéndose mayores, demasiado, diría yo —suspira Holly, pero sonríe.

—¿Tus hermanas y tus sobrinos?

—Bien, gracias a la diosa. Cuando pase todo esto me encantaría que vinierais a vernos unos días.

—Igual hasta me tenéis que alojar. El FBI está requisándome mis bienes. Al menos, los que están a la vista. Creo que también harán una auditoría a Eugene. Van a por nosotros, sin duda. Avisaré a los demás reyes, pero no ahora.

—Podría dejarlo caer entre las manadas —dice Wayne—, si están revisando vuestros papeles, seguro que luego vienen a por nosotros. Los alfas podrían avisar a los reyes.

—Sí, estaría bien. Pero todavía no quiero que sepan que estoy viva.

—Nos ha dicho el hijo de Bran que los vampiros de tu corte están revueltos, inquietos y que no saben qué hacer. Seguramente alguien se alce como rey o reina.

—Ya imagino. ¡Con todo lo que me costó hacer y rehacer mis negocios! No sé quién será el vampiro o vampira que está detrás de todo esto, pero le haré pagar caro.

—¿Y si son los brujos? O sea, te mantenían presa unos.

—Me atrapó un vampiro.

—Podrían haberse unido, como nosotros lo hacemos —razona Holly.

—Ya. Mira, ya solo quiero encontrar a mi esposo y si tengo que renunciar a todo mi dinero y mis propiedades, me dará igual. Puedo convertirme en una vampira mochilera.

Holly me mira con una ceja subida y sonríe.

—No te veo a ti prescindiendo de lujos.

—No siempre los tuve, ya lo sabes. Voy a ir discretamente a visitar la corte de Eugene. Puede que encuentre respuestas.

—O puede que te atrapen —dice Holly preocupada. Le tomo de la mano.

—Lo sé. Iré sola, si estáis pensando en acompañarme. Solo necesito una sudadera con capucha. Primero veré qué ocurre y luego entraré.

—Nos quedaremos cerca —dice Wayne y niego.

—No podéis entrometeros o se desatará la guerra. Qué más quisieran ellos que nos peleásemos entre nosotros.

—Avisa a algún vampiro en quien puedas confiar.

—No sé decirte. Solo lo hacía con Barnaby. Supongo que él habrá acabado dando la vida por mí.

—¿Y Joline? ¿Por dónde para?

—No lo sé. Supongo que todavía está buscándome. Ni siquiera la he llamado.

—Hazlo, deja que te acompañe ella. Por favor, Grace.

—Está bien.

Me retiro para cambiarme y marco el número de la vampira que me ha acompañado durante tantos años. Supongo que sí me fío de ella.

—¿Quién?

—Joline, soy Grace. ¿Estás sola?

—Sí, un momento, ahora te atiendo.

Espero unos segundos y escucho algo de ruido y una puerta que se cierra.

—Por el amor de Dios, Grace, ¿dónde coño te habías metido? Estamos todos locos, buscándote.

—Es una historia larga y relacionada con brujos y cazadores. ¿Qué sabes de Eugene? Y tú, ¿dónde estás?

—De Eugene nada y estoy en San Francisco. Acabo de volver, escuché rumores de que tu rey andaba por aquí, pero no lo he encontrado. ¿Dónde estás? ¿Estás a salvo?

—Sí. Estoy a salvo. ¿Cómo va por la corte? ¿Sabes algo de Nueva york?

—Todos están muy revueltos, o volvéis pronto o se va a liar. De momento tanto tus segundos como los del rey contienen los tumultos, suerte que tenéis gente eficiente, pero los del FBI andan pidiendo mil papeles y han tenido que dar paso a vuestros despachos.

—Lo que hay en el despacho es todo legal, no me preocupa eso. Lo importante es que no sé dónde está mi marido y tampoco Barnaby.

—Yo también lo he buscado. Tal vez… debamos despedirnos de tan fiel ayudante.

—Espero que no —suspiro—. El caso es que voy a ir a la corte de Eugene.

—¿Estás aquí?

—Sí. ¿Has visto a alguien sospechoso?

—Llegaron un par de vampiros nómadas, dijeron que, a presentar sus respetos al rey, y andan por aquí. Pero no parecen querer meterse en jaleos.

—¿Quiénes son?

—Un hombre joven, bastante atractivo y una mujer de unos cincuenta.

—Está bien. Me acercaré en una hora.

—Estoy aquí disponible para tu protección, Grace, y también mis hombres.

—Gracias, Joline. No voy a entrar como una reina, primero quiero ver lo que hay. Y si los agentes del FBI siguen por ahí, prefiero no encontrármelos. Creo que están conectados con los brujos y, de hecho, ellos quieren hacerse con nuestro poder.

—Malditos cabrones. Deberíamos haber acabado con ellos en Nueva York.

—Lo sé. Perdimos esa oportunidad, pero no lo haremos con esta. Acabaremos definitivamente no solo con los brujos sino con los humanos que han decidido jodernos la vida.

—Será peligroso, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. ¿Cuándo nos ha asustado el peligro?

—Jamás. Te veo luego.

Sé que sonríe y sé que odia las injusticias más incluso que yo. Hace tiempo que no mato a humanos de forma voluntaria, pero esto ya es demasiado. Cuando acabamos con el grupo del abuelo de Holly, hace tiempo ya, debimos rastrear a todos como las cucarachas que son, meternos en sus nidos y exterminarlos. Pero nunca es tarde, si hay trabajo que hacer.

Me despido de todos y voy caminando hacia la corte de mi esposo. Sé que los lobos no andarán lejos, y agradezco a la vida que me haya puesto a mi alrededor a buenos y leales amigos. Pero, a aquellos que son mis enemigos, esos lo pagarán con su vida. Hubo un tiempo que mi dómine me llamaba vampira voraz, por mis asesinatos, y creo que sacaré esto que anda escondido desde que me civilicé.



Casi amanece cuando me retiré en silencio hacia mi casa. Al menos seguía en pie. Invité a todos los vampiros que quedaban a pasar la noche allí. Barnaby, como un pastor de ovejas, los condujo hasta las habitaciones del piso bajo y sacó nuestras reservas de sangre, por si alguno no había… mordido.

Sé que fue desesperación, pero eso complica las cosas. No sé dónde está John y puesto que amanece, no podré enterarme hasta la noche. Estoy tomando un café con whisky después de ducharme,

cuando mi empleada humana me anuncia que la Dama Ela está en la puerta. Aunque estoy agotada, la dejo entrar.

—¡Grace! ¿Cómo estás?

—Imagina. Esto ha sido terrible.

—Muchos muertos, por lo visto. ¿Fueron los brujos?

—Sí. Querían matarnos a todos. Destrozar los locales, no sé. ¿Quieres un café?

—Sí, gracias.

Me levanté para servirle uno y se me quedó mirando, pensativa.

—¿No te parece demasiado extraño que haya pasado cuando te planteabas ir a Londres?

—¿Cómo?

—Hasta ahora no habías sufrido ataques de brujos y sin duda querían matarte. Por lo que sea, quizá también esas brujas sean videntes y su objetivo sea evitar que vayas allí. Tal vez seas la única que puedas parar ese próximo desastre.

—¿Y por qué yo?

—No lo sé. Las profecías a veces son fiables, otras veces no lo son. Y todo puede cambiar en un momento dado. ¿Qué pasó… con los humanos? Había gente muy importante en la ciudad.

—Nadie sabrá que algunos murieron por los vampiros. Los brujos nos atacaron, nos sacaron la sangre y sí, nos convertimos en animales. Sé que es horrible y bien me conoces, jamás los daño.

—No todos tienen el mismo control que tú.

—Tomaré medidas, de eso no tengas duda. Esto es un desastre.

—Tienes que llamar a ese vikingo y viajar a Londres. Pase lo que pase aquí, es mucho más importante evitar que abran un portal. Se puede acabar el mundo conocido, y…

—Lo sé. Avisaré a Eugene hoy mismo. Comenzaremos el viaje y veremos qué pasa. Solo que… ya no me fio de nadie o al menos, de pocas personas.

—Te prepararé unos amuletos para que te protejan, a ti y a tu pareja. Haremos lo posible por ello. Y, Grace, de verdad que, si tú no las paras, nadie lo hará.

Se levantó y me dio un abrazo. Apreciaba a la Dama Blanca de la ciudad, aunque seguía desconfiando de todo el mundo, hasta el

punto de que empezaba a convertirme en paranoica.

Barnaby se acercó a mí con el rostro más serio de lo normal y se arrodilló delante, con lágrimas rojas en su rostro.

—¿Qué ocurre?

—Mi reina, si os hubiera pasado algo… moriría. Debía haberos protegido mejor.

—Levanta, hombre. Estabas cuidando de los extranjeros. A saber si están siendo una distracción para todos, o es casualidad, ya no sé nada.

—¿Queréis que acabe con ellos?

—¡No! Solo… haz que los vigilen. Se volvieron demasiado salvajes en el local y eso no lo vamos a permitir. Es cierto que todos… mordimos, pero ninguno de los nuestros asesinó a nadie, ¿no es así?

—No, mi reina. Todos nos contuvimos, dentro de lo posible. Por eso, tal vez deberían morir.

—No, no. Quiero que esta noche y las que quedan busques a todos los brujos de la ciudad. Que te acompañen los que estén disponibles. De todas formas, ahora mismo no pueden trabajar en los clubs. Y tráeme al muchacho que nos avisó.

Se fue, con una reverencia y antes de que pudiera servirme otro café ya estaba con el chico joven que nos avisó.

—Tom, ¿verdad?

—Sí, mi reina.

—Explícame qué pasó en el Crimson.

—Verá, yo estaba en la cocina, tomando esas cerezas tan deliciosas y entonces los cocineros y yo sentimos que algo pasaba. La gente del club empezó a gritar. Abraham se acercó a la puerta de la cocina y se encontró con una extraña barrera transparente. Estaba nervioso, me dijo que os pidiera ayuda y luego se metió. Me pareció que sangraba y caía al suelo, pero yo fui corriendo al Eclipse. Como vi que ocurría lo mismo, volví. Allí estaba todo en silencio. Los empleados de la cocina salieron porque se originó un fuego. Me dijeron que habían visto salir a varios hombres y mujeres con una sonrisa.

—¡Maldita sea! —grité y el muchacho se tiró al suelo, asustado —. Ve a buscar a los cocineros y tráemelos. Cuando anochezca.

—Uno de ellos es vampiro y está aquí. Se marchó del local cuando todo comenzó porque se sentía muy mal, pero volvió. ¿Lo llamo?

—Sí, que venga de inmediato.

El cocinero todavía iba vestido con su chaquetilla y pantalón se arrojó a mis pies.

—Mi reina, lo siento mucho.

—Cuéntame tu versión.

Se quedó de rodillas, mirándome con terror y le hice levantarse e incluso le serví un café. Él temblaba. No era muy joven y según recordaba, era vampiro desde hace unos cuarenta años.

—Habla.

—Estaba preparando los bocados para después de cenar y entonces sentí algo extraño en el cuerpo. Empecé a sangrar por la nariz y sin comprender bien lo que ocurría, salí a la calle. No era bonito ver eso en una cocina. Tom me preguntó qué me ocurría y él mismo no se sentía bien, aunque no sangraba. Sentimos el zumbido y el señor Abraham dijo que pidiera ayuda. El chico se fue y yo me alejé, enfermo, hasta que caí en un rincón. Me desperté con el rostro lleno de sangre, y cuando lo hice, vi a esa gente.

—Es lo que más me interesa. Dime quiénes eran.

—Eran humanos, desde luego, ni lobos ni vampiros. Tres hombres y tres mujeres, vestidos de fiesta, aunque ellos llevaban trajes marrones, algo bastante fuera de tono. Los vi alejarse hacia el río. A pesar del frío, no llevaban abrigos y pude ver que una de las mujeres llevaba un tatuaje en la espalda que parecía una espiral.

—¿Recuerdas algún detalle más?

—Estaba padeciendo un gran dolor. Puede que uno de ellos fuera un pies planos, ya sabe, un policía. Me sonaba su cara.

—¿Podrías reconocerlo? Barnaby es un excelente dibujante. Descríbele a los que viste para que él pueda representarlos. Y descansa.

—Sí, mi señora. Siento no haber podido ayudar.

—Ya lo estás haciendo. Reconstruiremos los clubs y serán todavía más glamurosos que ahora. Quedaros todos tranquilos, siempre os protegeré.

Su rostro vuelve a llenarse de lágrimas y Barnaby, que estaba en la puerta, se lo lleva.

Faltan pocas horas para el atardecer, por suerte, llega pronto en estas fechas. Mientras tanto, llamaré a Eugene y a mis hombres de confianza. Debemos arrasar con esos brujos y dejar la ciudad libre de su influencia.

Tomo el teléfono y le pido a la operadora que me comunique con el de Eugene. Ojalá se encuentre en su casa. Al poco rato, él me contesta.

—Mi querida Grace, ¿cómo te encuentras?

—Bien. No sé si has escuchado que se incendiaron mis clubes. Esta noche.

—¡No lo sabía! Alquilaré de inmediato una cabina hermética en el Crescent Limited. Estaré allí en unas cuarenta horas. ¿Hace falta que lleve amigos?

—Es posible. Debemos ir a Londres, ¿recuerdas lo que te comenté?

—Sí.

—Es el momento, mi vikingo.

Él soltó una suave carcajada.

—A tu servicio siempre, Grace. Preparo todo y esta noche saldremos. Mientras tanto, cuídate mucho. No hay muchas mujeres como tú.

—Gracias, estoy deseando verte, Eugene.

—Hasta pronto, mi bella dama.

Colgué y me sentí más aliviada, no en el modo en que una princesita espera que venga su salvador, sino porque él era un amigo y digno de mi confianza.

Los humanos a mi servicio empezaron la búsqueda, hasta que, cuando anocheció, Barnaby salió con el rostro de un brujo en un papel. Había hecho varios dibujos y yo tenía bien claro que, cuando lo encontrase, acabaría con él.

Pasamos las siguientes dos noches buscándolos. Por el día, las brujas usaban sus péndulos. Y ellos no aparecían, como si se los hubiera tragado la tierra.

Mientras tanto, la policía nos interrogó. Por suerte y, aunque John estaba en el hospital todavía, pudo interceder y que, al menos, no nos llevaran de día. La ciudad se puso de luto durante dos días por las pérdidas e incluso algunos periodistas intentaron entrevistarme. Pero la guerra era mucho más importante que los incendios, incluso con muertos de gente adinerada.

Justo antes de marcharnos, el presidente Wilson presentó un programa de paz para Europa, pero la tensión seguía palpándose en el ambiente. Eugene llegó por fin y nosotros concluimos que esos brujos se habían marchado de la ciudad, tal vez del país.

—Mi querida Grace —dijo él abrazándome—. Tienes que contarme todo al detalle.

Nos encerramos en mi habitación y mandé preparar la bañera. Él ya se estaba desnudando y, no sabía si tendríamos sexo, pero sí comunión.

Se metió en el agua cálida y perfumada y pude admirar su cuerpo fibroso y atlético. Me desnudé y acabé delante de él, apoyada en su pecho.

—Mi reina, cuéntame.

Las palabras se derramaron mientras él masajeaba mi espalda, mi nuca, me tomaba la mano y escuchaba atento. Después de que acabé, él suspiró.

—Yo también creo que desean impedir que vayamos a Londres. Es como un movimiento oscuro y profundo, ¿sabes? Se me eriza el vello cuando lo pienso.

—Siempre has sido muy intuitivo.

—No queda otra siendo un ser de la noche. O si no estaría muerto. No te lo quería decir, pero hace unos días tuve que eliminar a un cazador. Un hombre joven, quizá no llegaría a la veintena, estúpidamente impredecible. Intentó matar a la mujer con la que estaba y luego a mí. Le partí el cuello.

—¿Sigues con la bruja?

—No, ella prefirió dejarme. Dijo que no quería que yo viera cómo envejecía y tampoco ser un vampiro. Pero está bien, Grace. Al final, uno debería acabar con alguien similar a él.

Me giré y le sonreí. Él me dio un beso en la punta de la nariz.

—¿Es una proposición?

—Sí, he estado pensando mucho. Somos amigos y muy compatibles en el lecho. Tal vez deberíamos desposarnos. Seríamos muy fuertes.

—Sí, es una buena idea, quizá más adelante —dije volviéndome y poniéndome sobre él. Ya estaba preparado para mí e introduje su enorme excitación en mí.

Me moví, en ondulaciones que hacían que el agua empezara a caer fuera de la bañera. Él me besó con ganas y luego se levantó conmigo en brazos para llevarme a la cama.

Sus movimientos, rápidos y precisos me llevaron al clímax en pocos minutos. Él me siguió. Se echó junto a mí.

—Si no fuéramos tan compatibles, no tendrías esos orgasmos tan rápidos —dijo sonriendo. Lo abracé. Todavía no estaba convencida de unirme para siempre a otro hombre. Bastantes años lo hice con mi dómine.

—Lo haremos, Eugene. Todavía tengo que disfrutar de mi libertad total. Y eso que sé que tú no eres él.

—Lo entiendo. Aquí estaré. Siempre.

Me encaramé en su vientre y él se echó a reír. Quería más de lo que él me daba, porque tenía que reconocer que había tenido pocos amantes que lo igualaran.

Al cabo de una hora, reposábamos en la cama.

—¿Cómo se llamaba ese tipo al que mataste?

—Algo así como Letto. No recuerdo el nombre.

—¿Te alimentaste de él?

—Claro, es un desperdicio si no. Era un humano normal, supongo que tendría que ver con esos cazadores.

—No reconozco el nombre. ¿Salimos a buscar a los brujos esta noche?

—Después del sexo, lo que más me gusta es cazar —dijo él con una sonrisa que estremecería a cualquiera.

—Entonces, vamos.

Nos vestimos de oscuro e incluso Eugene tapó sus cabellos rubios de vikingo con un gorro de punto negro. Barnaby nos acompañaba, por supuesto y también uno de los ayudantes de mi vampiro. Habían visto algo de movimiento cerca del río y nos dirigimos hacia allá.

Después, quería pasar a ver a John, ya que, según me habían informado, se estaba recuperando en el hospital.

Caminamos, olimos y buscamos y sí, encontramos su refugio, que estaba lleno de símbolos esotéricos, pero no había nadie allí. Caminamos hacia Manhatan, al hospital Bellevue. Sabía que estaba en la cuarta planta y mientras Eugene flotaba, dichoso él, yo escalé la ventana y la abrí desde fuera. John dormía, con el vientre vendado y el pecho al descubierto. Me colé dentro y Eugene tras de mí.

—¿Es tu amante?

—Algo así.

—Es atractivo. ¿Te folla bien?

—No seas malo.

Me acerqué a su cama mientras mi vampiro se quedaba en una esquina. Me senté a su lado y toqué su rostro. Estaba caliente. Él murmuró mi nombre y eso me hizo sentirme bien.

—John, estoy aquí.

—¿Grace? Has venido.

—Sí, siento no haber podido antes. ¿Cómo estás?

—Muy mal. He perdido parte del estómago… tal vez solo pueda comer líquidos.

—Lo siento, John. Fue todo horrible.

Él me miró con los ojos enfebrecidos.

—Conviérteme, o quizá muera.

—No vas a morir o estarías en la sala de urgencias y habría una enfermera vigilándote las veinticuatro horas del día.

—¿Acaso no te he hecho sentirte satisfecha? —preguntó tomándome de la muñeca. Eugene salió de las sombras y él lo miró.

—Quieto, John —dije para tranquilizarle, pero él se puso furioso.

—¿Quién es? ¿Un vampiro? Por eso no quieres convertirme, ¿no es así? ¡Me has usado!

—No te he usado, y tranquilízate. Es un amigo.

Escuchamos pasos fuera y me levanté.

—Volveré a verte. Ya sabes que debemos ir a Londres.

Él se giró y nosotros nos escabullimos por la ventana. Ya en el suelo, Eugene me miró.

—No es un tipo con el que quieras pasar toda la eternidad, Grace.

—Lo sé. Si antes lo sospechaba, ya me lo ha confirmado.

—Sería tremendamente molesto.

—Horrible, y no me gusta que nadie sea tan posesivo conmigo. Por suerte, tú no lo eres.

—Claro, es lo normal.

Escuchamos un pequeño ruido y nos pusimos alerta, pero no pareció ser nada. Nos alejamos de John. Seguramente evitaría volverlo a ver. De todas formas, el viaje a Londres seguía adelante y no sabía cuánto tiempo tardaría en volver.

CAPÍTULO 18. BRUJAS DE LONDRES

Llego a la corte y, como dice Joline, todo está revuelto. Ella me espera impaciente en la puerta y tiene que contentarse con un breve abrazo. No queremos llamar la atención. La enorme casa de Eugene está tomada por vampiros. Muchos andan inquietos y recuerdan otras crisis vividas. Pero como de aquellas, saldremos.

Joline entra en el salón donde uno de los ayudantes de mi rey anda calmando los ánimos. Adoro a ese hombre, mi esposo lo eligió bien.

—El rey está buscando a la reina Grace y debemos comportarnos, ser pacientes, tal y como vengo diciéndoos todos estos días.

—Pero hay noticias de que ella está muerta y que el FBI le va a quitar todo —dice una mujer que no conozco.

—¿Nos quedaremos sin trabajo? —pregunta un vampiro más mayor.

—No ocurrirá nada de eso. Si su majestad está fuera es porque es justo y necesario. Nuestro rey nunca nos ha abandonado. Incluso cuando desapareció, hace años, secuestrado, fue la reina quien lo encontró. Él ahora debe hallarla.

—Tal vez deberíais nombrar a un rey o a una reina sustitutos —dice otra voz—, es lo que se suele hacer por Europa. Si un rey falla, siempre ponemos a alguien en el trono. ¿No tenéis candidatos?

El rumor se extiende y empiezo a enfadarme. Joline me para, porque tiene curiosidad.

—Sé paciente —susurra.

Entonces, un hombre se coloca delante de todos. Solo veo su espalda, sus anchos hombros.

—Vengo de muy lejos, he viajado por el mundo y creo que los brujos están ganando la partida. Se han unido a los cazadores y su

primer objetivo somos los vampiros. Si no nos unimos, nos derrotarán. Lo hicimos en París y también en Berlín. Otras ciudades se están uniendo a nuestra organización. Por eso hemos llegado aquí, para hablar con los reyes y ponerlos en guardia. Y si no hay un rey, acabaréis todos muertos.

Aprieto los puños y Joline me calma.

—Tal vez pudieras dirigirnos hasta que volviera el rey —dice una voz. Él parece indeciso, pero luego asiente.

—Si es lo que deseáis, que así sea.

Mierda, no aguanto más. Me abro paso entre la multitud que parece olvidar todo lo bueno que mi rey ha hecho por ellos y me pongo al lado del hombre y entonces, me quedo quieta. No puede ser.

—Hola, Grace, me alegro de volver a verte.

—¿Cómo puede ser?

Me quito la capucha y todos se inclinan hacia mí. Tengo que ignorarlo, así que me dirijo a ellos.

—Me liberé de mis captores, humanos y brujos unidos para hacernos caer. Pero estoy aquí, he vuelto y, aunque debemos ser cautos porque existen fuerzas que desean hundir tanto la Corte Roja, la Negra y la Plata, nosotros vamos a resistir. Mientras mi esposo esté en su misión, responderéis ante mí. ¿Entendido?

—Sí, mi reina —responden casi a la vez. Un suspiro de alivio se extiende por la sala y poco a poco, se van dispersando. Los segundos de Eugene se acercan a mí y comentamos varios asuntos urgentes. Deberé hablar con Nueva York o vendrá un oportunista para aprovecharse, como él. No puedo creerlo.

Me giro y lo veo mirándome con el rostro sonriente, como si no hubieran pasado cien años desde que lo vi. Sigue siendo atractivo y la mujer que lo acompaña, lo mira con adoración.

—Grace o, mejor dicho, mi reina —dice con una reverencia que es más una burla.

—John. ¿Cómo coño eres un vampiro?

—Ah, en esta vida solo hay que rezar a la persona adecuada y se conceden tus deseos.

Lo tomo del brazo y no se resiste. Vamos a un rincón mientras Joline no me pierde de vista.

—¿Quién te convirtió y qué haces aquí?

—Todavía recuerdo cuando os fuisteis Eugene y tú y me dejasteis a punto de morir.

—No estabas a punto de morir.

—Eso os pareció. Estaba condenado a una vida sin casi intestino ni estómago, pero un alma caritativa se apiadó de mí.

—¿Esa mujer?

—No, no, ella es mi madre. No quise desprenderme de mi mortalidad sin cuidar a la persona que tanto me amaba. La joven que me convirtió dijo que merecía vivir, que era especial.

Paseo distraída y las piezas del puzle empiezan a encajar, pero le dejo hablar.

—Mi dómine me dijo que debía aprender el oficio de vampiro, hacerme fuerte, porque era la única forma de que tú me amaras. Solo que, cuando volvimos a Estados Unidos, te habías desposado con ese vikingo detestable.

—Si le has hecho algo, te juro que te arrancaré la cabeza.

—No, yo no. No le he tocado un pelo de su cabello. Pero, ahora que todo está revuelto y él ha desaparecido, puedo darte mucho más placer del que te di entonces. Mi resistencia es extraordinaria.

—Mira, John, te voy a advertir solo una vez —digo apuntándole con el dedo—. Soy la reina y si tú estás aquí, debes obedecerme, sin tonterías. Si observo que alientas cualquier tipo de movimiento, rumor o lo que yo considere extraño o lesivo para mí o el rey, acabaré contigo en segundos. Y por supuesto, con tu madre. Así que tienes dos opciones, seguir siendo nómada o adaptarte a las normas que yo dicto.

—Por supuesto —dice él inclinándose—. Me gustaría quedarme algún tiempo en San Francisco. Queremos visitar nuevos y viejos lugares de toda Norteamérica.

—¿Dónde te alojas?

—Uno de tus vampiros me ha aconsejado el Hotel *Shadow*.

—Bien.

Me vuelvo, más trastornada de lo que pensaba. Es cierto que sigue siendo atractivo, quizá más, pero hay algo de él que me pone los pelos de punta. Joline se une a mí y vamos hacia el despacho de Eugene, junto a sus dos ayudantes. Todavía quedan temas a tratar.

—¿Quién es él? No me da buena espina.

Le cuento brevemente lo que sucedió, porque, cuando volví de Londres, él ya había desaparecido. No supe que le paso y con todo lo que tenía encima, era lo que menos me importaba.

Londres fue un puto caos.



Incluso con mis negocios hechos carbón y sin saber si me recuperaría de ese desastre, tuve que irme. Las brujas insistían en ello. Puesto que John estaba en el hospital, fueron sus dos compañeros que estaban razonablemente bien los que nos acompañaron en el avión. Un transatlántico nos iba a llevar a Londres en unos seis días. Nos acomodaron en un camarote sin ventanas. Olimos a algún licántropo entre la tripulación.

—Esto es una puta lata cerrada —dijo Eugene mientras se echaba largo en la cama—. ¿Te acuerdas lo bien que lo pasamos en el viaje a Nueva York?

—De maravilla —suspiré. Barnaby llamó a la puerta.

—Ya estamos instalados, justo al lado, mi reina. Cualquier cosa que necesites, estaré disponible. Joline está dos camarotes más allá con los suyos.

—Perfecto, Barnaby. Descansa. Esta noche quizá podamos pasear un rato al aire libre.

—Le traeré la cena en un par de horas.

Se retiró y cerró la puerta. Me senté, mirando a la nada.

—¿Qué piensas, Grace?

—Que ha sido un mal momento para marcharme. Sé que tenemos gente competente, pero con la muerte de Abraham y la mayoría de los vampiros que estaban al cargo, cualquiera puede intentar algo.

—Si intentan algo, cuando vuelvas, lo recuperarás. Disfruta del viaje y ven aquí, solo échate conmigo.

Me acurruqué en su pecho y él acarició mi cabello.

—En serio, Grace. Juntos somos imparables.

—Lo sé. Y acabaremos unidos. Quiero arreglar todo este lío y volver a levantar mi imperio. Y tú debes pensar si sigues en Nueva Orleans o buscas otra corte. Me dijiste que querías indagar nuevos horizontes, ¿no?

—Sí, pero ahora mismo no hay disponible nada más que la Corte Negra de San Francisco. Me lo estoy planteando. Me gusta la ciudad. Seguiría un tiempo en Nueva Orleans, pero hay algo que me llama, el destino.

Me eché a reír y pasé la mano por su pecho musculoso. Él ronroneó.

—Si sigues haciendo eso, tal vez te atrape.

—¿Quién quiere escapar?

Hundió su rostro en mi cabello y me puso sobre él, pero entonces llamaron a la puerta.

—¿Quién? —dijo él molesto.

—Joline. Es urgente.

Me retiré y me quedé sentada en la cama.

—Adelante.

Eugene no se molestó en disimular su erección, aunque Joline tampoco le prestó atención. No era su tipo.

—¿Ocurre algo?

—Bueno, mi reina. Sinceramente, no me gusta este viaje, pero ya te lo dije. He paseado por todos los lados y está lleno de soldados.

—Es un transporte de tropas, es normal.

—Ya, pero hay licántropos, al menos una veintena y alguna bruja que se hace pasar por enfermera, o tal vez lo sea. Quiero decir que no estamos solos con humanos, algo que sería relativamente fácil —dice echándose la mano a sus caderas, pero las catanas se las hicieron guardar bajo llave—, y, por tanto, podríamos estar indefensos. Eso me pone nerviosa. Nosotros somos seis solamente.

—Imagino que querrán sentirse protegidos de alguna manera, como si los licántropos o las brujas fueran más de fiar —bufó Eugene.

—O tal vez sea una casualidad. Ellos sí se han alistado, no como nosotros, por razones obvias. Vigila, si te sientes más segura, pero descansa, no quiero que te agotes.

Lo cierto es que, aun complaciente, no fue tan divertido como la travesía en el Liberty de Eugene. Supe que tenía algo más que complicidad con él y que sí deseaba comprometerme, en un futuro. ¿Lo amaba? Sí, posiblemente. Teníamos todo el tiempo del mundo. O eso pensé entonces.

Hablamos horas y horas, disfrutando de nuestra compañía, poniéndonos al día sobre sus negocios en Nueva Orleans, sobre el ambiente mágico e incluso me habló de la mujer bruja con la que había pasado algún tiempo. Yo le hablé de John y de su debilidad por mí. También de Abraham. La travesía se nos hizo corta y aunque Joline estaba muy nerviosa, no ocurrió nada.

Habíamos pensado volver en el Liberty, que tenía amarrado en Londres, así que el viaje de vuelta sería más agradable. Por fin el barco llegó al puerto de Liverpool al anochecer y tomamos un tren hacia Londres, los seis, los dos agentes de la sección especial y ocho soldados que nos escoltaban. Cuando llegamos a la ciudad, nos asombramos del estado en el que se encontraba. En muchos barrios, había casas completamente destruidas y todas las luces estaban apagadas, supuse que para no dar pistas a los bombarderos

alemanes. Otras calles habían aguantado estoicamente y en ellas se veía cierta normalidad.

La gente caminaba en silencio por la calle, soldados mutilados que pedían limosna, muchas mujeres de uniforme, tal vez saliendo de trabajar de las fábricas, militares norteamericanos pasando en grupo y acudiendo a los pocos clubes que seguían abiertos.

—Vayamos a beber —dijo Eugene mirando el lugar donde desaparecían. Los policías nos miraron mal.

—Hemos quedado con la Dama Blanca del aquelarre y nos dirigiremos a su casa. Está en el norte, donde no se ha producido ningún bombardeo, milagrosamente.

—Ya —dijo Joline mirando a todos los lados. Al menos le habían devuelto las catanas.

No nos quedaba otro remedio que seguir al grupo y llegamos a una casa de tres plantas que estaba completamente libre de escombros. Incluso el jardín estaba indemne. Brujas, claro.

La puerta se abrió y salió una muchacha algo curvilínea, de unos dieciocho o veinte años, con el cabello castaño suelto y los labios rojos. Sonrió al vernos y Eugene parpadeó dos veces. Vaya, era justo su tipo.

—¡Adelante! ¡Bienvenidos! Soy Claire Hawthorne.

Una mujer algo más madura se acercó.

—Berenice Mordaine, adelante, pueden pasar.

Sentí un escalofrío y que algo se acercaba. Puede que las brujas de sangre acecharan. Estaría atenta.

CAPÍTULO 19. VAMPIROS BEBÉS

—Mi reina, cuánto nos alegramos de verla aquí —dice uno de los ayudantes de Eugene—. ¿Dónde está el rey?

—Está en San Francisco. ¿Por qué ibais a ponerle un pleito a las brujas?

—Porque un muchacho dice que lo vio salir de la casa de la Dama Blanca. No se nos ocurría qué hacer.

—Bien, ya está todo aclarado. Él pasó un momento para alimentarse. El caso es que sospechaba que había traidores en su propia casa. ¿Alguna idea?

—¡No puede ser! Es cierto que han aparecido algunos oportunistas, sabéis que cuando la corte está débil hay quien aprovecha para dar un golpe de estado. De hecho, hablé con vuestra ayudante y estaba temiendo que alguien quisiera vuestro poder.

—Luego la llamaré. ¿Cómo estáis por aquí?

—Bien, y ahora que habéis vuelto, habrá más tranquilidad. Pero ese tipo con el que hablasteis no me gusta.

—Lo sé. Es alguien de mi pasado.

Miro a Joline. Es justo lo que dijo Eugene a la Dama Blanca. Sombras del pasado que han vuelto. Tal vez se refería a él.

—Prepara una vídeo conferencia con el resto de las cortes, incluida la mía. Es hora de hablar.

Nos retiramos a la habitación de Eugene y me doy una ducha rápida. Siempre tengo ropa allí, porque suelo venir a menudo. Qué diferencia entre viajar hace años y ahora. Es cuestión de tan poco tiempo que me parece ridículo.

Joline también se da una ducha y manda llamar a una de las vampiras que me arregla el cabello. Debo de estar presentable para la llamada.

Primero contacto con mi corte que se muestran aliviados de verme. Les explico brevemente la situación. Ellos me comentan que

el FBI se ha llevado los ordenadores y todo lo que han podido encontrar.

—No pasa nada. Nuestros papeles están en regla. No os preocupéis. En cuanto pueda, volveré. Todavía debo arreglar ciertos asuntos aquí. Quedaos tranquilos y que todo el mundo siga trabajando en lo suyo. No dejéis entrar a los nómadas, a ser posible. Alojadlos en hoteles, pero no en mi casa.

Siento que hay algo, un trasfondo que no logro ver. Sabine me atrapo, John aparece, convertido en vampiro. Se me escapa el motivo, pero sin duda es personal.

Poco a poco se van conectando los reyes de otras cortes y algunos respiran aliviados al verme. Otros no, sin duda. Siempre están los que piensan que no debemos confraternizar con humanos y otros sobrenaturales, si no es para alimentarnos. Y, por supuesto, que somos genéticamente superiores en todos los aspectos, que no deja de ser en parte cierto, pero eso no significa que debamos supeditarlos.

Después de asegurarles que todo está controlado y advertirles que tengan cuidado porque hay cazadores que nos buscan, despido la conferencia.

Joline, en la puerta, me mira muy seria. Hago salir a todos y ella se acerca a mí.

—Sabes que esto va por ti, ¿verdad? Puede que por tu esposo.

—Sí —contesto abriendo los cajones y buscando algo. Tal vez me haya dejado algún tipo de pista o señal. Cierro los cajones con rabia y me quedo mirando a la que ha sido mi amiga durante años—. Se están tomando muchas molestias por jodernos. Si han capturado a Eugene, como aquella vez en la que los lobos nos ayudaron, no creo que sea para asesinarlo.

—¿Por qué no hablas con el FBI? Les ayudaste en los sesenta.

Me reclino en mi sofá, pensativa. Sí, si no hubiera sido por nosotros, todo se hubiera desmandado. Supongo que me lo deben.



Nueva York, 1961

Me costó más de cinco años recuperar mi imperio y esta vez, ayudada de asesores humanos, creé una sociedad para dirigirla de forma más sencilla, con empleados humanos que se encargaban de realizar las partes más tediosas. Incluso le di un diez por ciento a Joline y otro diez por ciento a Barnaby. Se merecían tener ingresos, porque nunca se sabía. Cualquier día podría retirarme, o alguien decidiría que yo no debía seguir viva.

O no.

Liberada de muchas tareas, comencé a salir más. Eugene andaba por San Francisco, viendo posibilidades de hacerse con la corte, porque el vampiro que la regía era descuidado y anárquico, y varios de sus habitantes rogaban a mi amigo que la tomara. Había vendido muy bien la muy fructífera corte de Nueva Orleans a una vampira antigua que deseaba poco jaleo. El oro que le dieron a Eugene era una cantidad escandalosa, y además de guardarlo en el banco, hizo algunas inversiones muy acertadas. A los dos nos gustaba jugar con ello, pero tengo que admitir que él siempre fue mucho más cuidadoso con ese tema.

Joline había llegado a la ciudad y la convencí para que se pusiera algún vestido bonito y que saliéramos a divertirnos, dejando las catanas en la mansión. Uno de mis clubes, el Gaslight Café, era muy apreciado. Esa noche tocaba Bob Dylan. Antes, nos pasaríamos por la Factoría, un lugar de artistas y para artistas donde exponía Andy. Ya tenía varios cuadros suyos en mi mansión, me fascinaban los colores y el pop art. Por eso, él había hecho un cuadro de una lata llena de sangre para mí.

Le había dicho que era aficionada a las historias de vampiros, nunca rebelábamos nuestra condición. Pero ese año, pasó algo muy especial. A Nueva York solían acudir vampiros nómadas. De hecho, se estaba planteando crear otra corte, algo más pequeña, y no me gustaba mucho la idea. Un vampiro italiano, Lorenzo, vino a presentar sus respetos y descubrimos que estaba conectado con las familias de la mafia. Si bien no pensé que podría representar un problema para mí, él no era demasiado listo y su genial idea fue empezar a convertir a sus primos o amigos italianos en vampiros. Sin control.

De repente, en la ciudad comenzaron a producirse asesinatos. Después de los tres primeros, el FBI se presentó en mi mansión.

—Agentes Carrol y Benson —dijeron mostrando su placa. Los dos hombres, vestidos de traje oscuro y con el mismo corte de pelo, estaban a punto de detenerme. Les hice pasar a mi despacho y Barnaby y Joline se colocaron detrás de mí.

—No hemos sido nosotros —defendí. La organización había pasado a llamarse Agencia de Crímenes Sobrenaturales en el momento en el que descubrieron los cadáveres desangrados.

—Entonces, ¿quién?

—Un estúpido que quiere crear su propia corte y está convirtiendo a mafiosos. Pero, primero, eso está prohibido y segundo, no les enseña cómo comportarse. Nosotros jamás asesinamos a humanos.

Tuve que cruzar los dedos por debajo de la mesa. En realidad, sí lo hacíamos, pero no de forma indiscriminada.

—Señorita Grace…

—Reina Grace —apostilló Joline.

—Reina Grace —dijo Carrol—. Bien sabe que no podemos combatir sus fuerzas sin meter al ejército, algo que sería dañino no solo para nosotros, sino para usted. La gente se asustaría y haría demasiadas preguntas.

—Entonces, ¿quieren mi ayuda?

—Sí. Necesitamos saber cuántos vampiros son y que les realice una advertencia. No nos importan sus luchas de poder, aunque estamos de acuerdo y nuestros superiores también, que su

presencia en la ciudad produce calma y paz entre humanos y sobrenaturales.

Me estaban alabando, pero tenían razón.

—Está bien. Iré a visitarles esta misma noche. A mí también me están molestando y aunque a ustedes no les importe quién manda en la ciudad, estoy segura de que yo lo hago mejor. Les informaré mañana.

—Gracias, reina Grace —dijo de nuevo Carrol. Era un hombre de edad madura. El otro era más joven y no parecía estar muy contento, pero era lo que había.

Se retiraron y Joline se volvió hacia mí.

—¿En serio te vas a meter en la puta mansión de Lorenzo? ¿Y si acaban contigo?

—Para eso vendréis conmigo y además anunciaremos la visita como si fuera de cortesía. Ya sabéis que él me ha propuesto matrimonio.

—¡Si ese tipo tiene solo cinco años! —protestó Barnaby. Sonreí traviesa.

—Y por eso podré hacer lo que quiera con él. ¿Estáis conmigo?

—Por supuesto, Grace —dijo Joline—, pero que sepas que no solo tiene a sus vampiros neonatos, sino que la mafia lo apoya y habrá humanos armados.

—Ya cuento con ello. Barnaby, avisa a mi asistente para que venga a peinarme y maquillarme. Tengo que elegir el vestido más sexy que tenga.

—Con cualquier cosa que te pongas estarás perfecta —dijo Joline y le sonreí. Subí las escaleras y revisé mi enorme armario. Ocupaba una habitación de más de cien metros. Guardaba trajes muy elegantes y de casi todas las épocas de mi vida. Incluso aquel con el que viajaba con mi dómine. Toqué las perlas de mi garganta, las que me ayudaban a tener los pies en la tierra y no confiar en nadie, sobre todo, si eran hombres que me prometían amor eterno. Al menos, Eugene era sincero. Si algún día acabábamos juntos, seríamos libres de terminar nuestra relación cuando quisiéramos, de igual a igual.

Escogí uno de los vestidos más bonitos que tenía. Ese dorado con el que quise encantar a mi dómine, justo antes de cortarle la cabeza. Hacía años que lo había arreglado y, aunque seguía resultando muy sensual, diría que, hasta escandaloso, ya no tenía estructuras rígidas que me impidieran moverme. Contaba, además, con ciertos bolsillos que, con el peso de la caída de la tela, no se adivinaban, pero que ocultarían muy bien una daga o dos.

Mi asistente me peinó con un moño intrincado y puso una pluma dorada, además de varios pendientes en una de las orejas. El día anterior me había hecho un tatuaje, algo que apenas me duraba un par de semanas porque mi piel cicatrizaba y desaparecían. Era una serpiente que rodeaba mi brazo y acababa sobre mi escote, hasta pasar por en medio de mis dos pechos. Algo que pocos habían logrado ver.

Llevaba botas de tacón negras, que llegaban a la rodilla y me puse ropa interior transparente y dorada. No sabía si me tendría que quitar el vestido. Joline llevaba una casaca negra con cordones dorados y Barnaby su habitual traje oscuro. Parecía más un abogado alto y desgarbado que un guardaespaldas, pero yo lo había visto en acción y sabía muy bien lo que podía llegar a hacer.

Además de ellos dos, nos acompañaron cuatro vampiros más, los más fuertes y peligrosos. Porque yo era una reina, ¿no? Debía tener mi escolta.

Joline se encargó de que una docena se quedaran cerca y, aunque pensé que no los necesitaríamos, no me pareció mala idea.

El elegante Rolls Royce oscuro nos vino a buscar y nos llevó hasta la zona de Manhattan, donde Lorenzo había comprado una gran mansión. Él o sus padrinos italianos. Ya nos esperaban y las puertas de la verja se abrieron para nosotros. Se escuchaba música y nos miramos. No esperaba una fiesta.

El chófer paró delante de la puerta y Barnaby salió para abrir la mía y ofrecer su brazo para salir. Me acerqué a las escaleras y enseguida salió Lorenzo, vestido con una camisa oscura, abierta hasta el ombligo y pantalones de cuero negro. Su cabello, recio y oscuro, sostenía un artístico tupé. Sonrío al verme y supe por qué le habían convertido. Era mono.

—Majestad, mi querida reina. Es un honor que me visites. He montado una fiesta especial para ti.

—¡Qué amable, Lorenzo!

Me ofreció su brazo y caminamos hacia el interior.

—Estás tan bella que casi no puedo respirar.

—Técnicamente, no respiras, querido.

Él me miró, pareció avergonzarse, pero luego soltó una risa.

—No me he acostumbrado todavía, ser vampiro es una experiencia tan nueva… pero lo estoy disfrutando.

—Me alegro. Pasarás épocas en las que disfrutarás, otras en las que querrás aumentar tu fortuna y quizá otras en las que deberás luchar, es lo que te encuentras cuando tienes casi dos mil años —dije con intención. Él asintió, como si le estuviera revelando un gran secreto y me acompañó a una sala donde había varias sillas y ¡cómo no!, un trono de lo más recargado. Los padrinos de la mafia se sentaban en un lado, fumando puros y bebiendo.

Los conocía, habíamos estado trabajando juntos durante generaciones, pero supuse que se habían cansado de no manejar la ciudad, o más bien, tener que compartirla. Querían su propio vampiro. Y, puesto que Lorenzo no era demasiado inteligente, pero sí listo y ambicioso, sería el candidato ideal.

—La reina Grace está aquí —exclamó feliz Lorenzo y la mayoría de los vampiros se inclinó hacia mí.

Encontré a los neonatos enseguida. Cuando un vampiro está recién convertido, pasa por ciertos días, a veces semanas, de frenesí sangriento. Y su dómine debe alimentarlo y controlarlo. Porque puede ser insaciable y en ese caso, desangrar del todo a un humano y a veces convertirlo. Y eso es lo peor.

Estaban nerviosos y miraban al grupo de humanos que había traído Lorenzo, incluso mujeres y niños, ¡qué error!, con verdadera hambre. Esto iba a acabar mal y quizá no por mí.

Lorenzo me llevó a la mesa del padrino de la ciudad, Francesco Montori, que se levantó para saludarme con educación. Él sí que era inteligente.

—Querida Grace, cuando Lorenzo me avisó de que venías a visitarlo, no pude dejar de venir a celebrar este acontecimiento. ¿Tal

vez haya campanas de boda?

—Estimado Francesco, soy una mujer a la antigua, necesito un tiempo para conocer al que sea mi esposo. No es algo que me tome a la ligera.

Él asintió y un camarero nos trajo varias copas de sangre. Joline tomó la mía y la probó. Luego me la pasó.

—¿No pensarías que te iba a envenenar? —dijo Lorenzo casi ofendido. Casi.

—Jamás. Pero mi querida Joline es muy insistente.

Tomé un sorbo pequeño, solo mojarme los labios y me cercioré de que no estaba mal.

Crucé las piernas, dejando ver mi piel pálida y supe que Lorenzo me deseaba. Hablamos un poco, conversación trivial, hasta que dejé de ser tan cortés.

—Estoy viendo que tienes neonatos, Lorenzo. Has sido travieso —dije con una sonrisa helada.

—Sí, sé que no se puede convertir a lo loco, pero quería tener compañía y son mis primos, incluso el hijo de Francesco quiso unirse a nosotros.

Miré a los neonatos y maldije en silencio. El hijo de Francesco solo tenía dieciséis años. Se quedaría en esa edad para siempre.

—Tu hijo es muy joven —dije mirándolo. Él asintió, no parecía muy contento.

—Siempre ha sido un niño enfermizo, ahora está sano.

—Debes, como dómine, cuidar de tus bebés. Al principio tú les aportarás la sangre para que ellos te respeten y te obedezcan y jamás los puedes dejar sueltos en la calle. He escuchado que ha habido algún accidente.

—Lo sé, Grace. Solo he convertido a seis, pero claro, no puedo darles mi sangre a todos.

—Por eso, es mejor ir poco a poco. Hay que controlarlos, los primeros días son impredecibles.

Lorenzo asintió y Francesco miró a los neonatos preocupados. Su hija pequeña estaba jugando con su hijo vampiro y él no tenía buena cara, de hecho, sus colmillos estaban fuera.

—Escucha un momento y no te asustes, pero creo que tus bebés están hambrientos. Hay mujeres y niños aquí, creo que deberíais ir retirándolos, sin armar mucho ruido, para que no se pongan frenéticos.

Francesco dio un respingo y vio que su esposa se acercaba a su hijo con una sonrisa. Se levantó de golpe y casi corrió, con sus más de cien kilos, hacia ellos. Su hijo lo miró con los ojos desorbitados y entonces mordió a la niña.

Una vez que olieron la sangre, todo se precipitó. Los neonatos se lanzaron a morder con ansia a todo el humano que se acercaba y Lorenzo estaba quieto, sin saber qué hacer. Al final, me iba a manchar el vestido, ¡maldita sea!

Me lance para salvar a la niña, pero ella ya estaba muerta, con la garganta desgarrada. El chico estaba mordiendo a su madre que no se resistía, así son las madres. Francesco había intentado quitarlo, pero lo lanzó contra la mesa. Los humanos corrían despavoridos por la sala, buscando las salidas y se amontonaban en ellas mientras los vampiros bebés iban mordiendo a uno y a otro.

Joline sacó la catana y acabó con dos y Barnaby agarró a un tercero y aplastó su cabeza contra el suelo.

Francesco sujetaba a su hija en sus brazos, muerta y me acerqué para separar al chico de su madre, que no tardaría en morir.

Él gruñó, pero pude separarlo y la mujer cayó al suelo. El vampiro bebé era fuerte, porque todos lo somos al principio, pero yo lo era más. Lo lancé contra la pared, para que se tranquilizara y él se levantó como un salvaje, con las garras fuera y con ganas de matarme. Mi daga estaba en la mano, aunque podría sacar las garras, solo que, en el fondo, no quería matar a un niño.

Otro vampiro bebé, una joven, se tiró encima de mí y cuando pude quitármela de encima, vi que el hijo iba a asesinar al padre, y en ese momento, como si fuera a cámara lenta, Joline saltó delante y le cortó la cabeza limpiamente.

El grito de Francesco nos traspasó el alma. Su esposa estaba casi muerta, su hija no se movía y su hijo… Ya no quedaban bebés vampiros vivos y también habían muerto algunos invitados. Lorenzo estaba de pie, sin poder reaccionar. Los vampiros se estaban

deshaciendo en el suelo y la mayoría de los humanos habían conseguido salir del lugar.

Carrol y Benson entraron con un par de policías más y se acercaron a mí.

—¿Qué ha sucedido?

—Los neonatos atacaron a los humanos —dije con tristeza. Lorenzo me miró, casi con rabia y cuando se acercaba a mí con malas intenciones, sonaron dos tiros que le dieron en el pecho. Él cayó al suelo, pero no murió hasta que Joline acabó con él.

La pistola de Francesco humeaba. Los policías habían sacado las suyas, pero él la metió en su cartuchera. Luego me miró a mí, con rabia, y supe que, de alguna manera, había perdido su amistad para siempre.

CAPÍTULO 20. DESASTRE EN LONDRES

Llamo a la nueva agente que sustituyó a Hunsey, ese que ayudó, luego traicionó y después volvió a ayudar a Holly en su secuestro. Es una mujer muy competente y de gran fortaleza. Puede que trabajase en la policía, no lo sé.

La recibo en casa. Ella, vestida de agente y con dos tipos más, que parecen medio novatos, se sienta enfrente de mí y me mira con un cierto desprecio que me importa una mierda. Estoy acostumbrada.

—¿Qué deseas, Grace? ¿Qué ocurre?

—Ya os informé de que me secuestraron —digo sin hacer caso a su mala educación—, que hay una organización que desea acabar con los sobrenaturales, comenzando por los vampiros. ¿Qué habéis averiguado al respecto?

—No mucho —contesta—. No podemos acceder a ese castillo que comentaste, porque es un museo público. Allí no vive nadie. Y en cuanto al tal Letto, es un ciudadano modélico.

Aprieto los puños y veo que Joline se remueve inquieta.

—Es decir, que no me crees. Si fuera una humana, ¿lo tendrías en consideración?

Se queda callada y Joline la mira con mala cara.

—Para ser agente del FBI eres bastante racista. Si te encargas de los seres sobrenaturales, ¿no deberías comprender nuestro estilo de vida?

Ella la mira y si tuviera rayos láser en los ojos, acabaría en un charco en el suelo.

—Mi esposo también ha desaparecido y no sé si ha sido voluntario —digo, aunque no me hace mucha gracia comentarlo.

—¿Sí? Tal vez se libere, como tú.

—Podría hablar con tus superiores, recordarles cómo salve su culo en los años sesenta, evitando un desastre. Podría preguntaros por qué el FBI está investigando mis cuentas, cuando está todo legalizado.

—Eso es otro departamento —dijo ella más comedida.

—Podría saber quién ha sido el que dirige esa investigación o, mejor dicho, esa caza sobre mi esposo y sobre mí, pero ahora el dinero o el poder me importan una mierda. Quiero saber quién forma parte de los cazadores. Quiero nombres.

Sé que me he puesto furiosa cuando veo que ella se ha echado hacia atrás. Se excusan y afirman que van a investigar, pero sé que no. No son policías que ayudan a los sobrenaturales, sino que evitan males mayores, intentando contener nuestra existencia.

—¿Por qué no lo hacemos a nuestra manera? —pregunta Joline. Asiento.

—Iré al rancho de la manada. Ellos están esperando que les diga algo. Maldita sea si vuelvo a contar con los humanos o ayudarles.

—Estás enfadada, Grace. ¿Crees que alguien habrá raptado a Eugene?

—No lo sé —respondo levantándome y echando hacia atrás los hombros. No puedo caer en este momento.

Me despido de todos, prometiendo estar en contacto. No he visto a John y mejor, porque en mi estado de ánimo crispado, no sé qué puedo hacerle.

Salimos hacia el rancho, he enviado un mensaje a Holly y me confirma que están allí y que también se han reunido con la Dama Blanca, esa… Estrella. Nunca he sido celosa y Eugene y yo tenemos una relación muy libre, pero, por lo que sea, esta vez sí me ha molestado.

Joline me mira cuando resoplo, aunque los vampiros no lo hagamos. Más bien tendemos a estar estáticos por horas, pero yo, según me dice Eugene, soy muy expresiva y es una de las cosas que más le gusta de mí.

Miro hacia la ventana tintada y veo las luces de la ciudad mientras salimos a las afueras, hacia el rancho. He perdido a muchas personas a lo largo de la vida y unas me dolieron más que otras. No

quiero ni pensar en lo que sería una vida sin mi mejor amigo y amante.

—¿Pueden amar de verdad los vampiros, Joline?

Ella me mira fijamente y asiente.

—Los vampiros amamos con todo nuestro corazón y con la misma intensidad que los humanos. De hecho, los humanos, conforme envejecen, dejan de amar así y aceptan que van a morir y que perderán a la persona o personas que aman. Los vampiros no pasamos por esa etapa. Amamos para siempre y si no es correspondido, es un dolor continuo.

La observo, sorprendida y ella evita mi mirada. No puedo evitar que ella esté enamorada… de mí. Yo siento que es mi amiga y mi hermana, pero amo a Eugene. Me sorprendo a mí misma al reconocer que realmente estoy muy enamorada de él. Hace tiempo lo dije, lo comenté, pero no sé si era tan en serio como lo que siento ahora.

Pongo la mano en el centro del sillón y Joline se vuelve para tomármela y acariciar el dorso.

—Lo siento —digo y ella se encoge de hombros. Continuamos el camino en silencio, tomadas de la mano y cuando llegamos al rancho Aullidos, ella se coloca en modo guardaespaldas letal. Echo de menos a Barnaby. Ojalá supiera qué le pasó.

Enseguida sale Holly a recibirme y nos damos un abrazo cariñoso. Me hacen pasar al salón donde el alfa Marc, su hijo y los demás, están hablando. Me invitan a sentarme y les explico la situación. Que una corte de vampiros se desestabilice no es bueno para nadie.

—Había pensado hacer algún tipo de ritual para encontrar a Eugene —dice Holly y la Dama Blanca asiente, convencida.

—Nosotros hemos estado vigilando la ciudad por el tema de los cazadores, aunque es complicado —dice Wayne—, pero mi sobrino ha estado trasteando con los datos de los viajeros que han venido de Europa y casualmente hemos encontrado una docena de tipos que parecían soldados. Están alojados en hoteles en la misma manzana. Seguimos sin perderles de vista.

—Esto me suena a guerra, Wayne —digo y él asiente, serio. Ya no es el joven que fue entonces, y me asusta que mi amiga pudiera perderlo. Sigue siendo fuerte, claro. Y también están Jessie, Jack, Luke, Destiny, Carol, Logan e incluso Caireann… contamos con brujas y lobos muy poderosos y solo de pensar que esos pequeños, a los que vi nacer, pudieran meterse en luchas, me estremece.

—Si hay guerra contra los cazadores, lucharemos, Grace —dice Holly dándome la mano—. No será la primera vez.

—No querría que lucharais. Si descabezamos la organización, tal vez podamos evitar un baño de sangre.

—Jace, Jack y Jessie vienen para aquí y Luke, que estaba en México de viaje con su primo, están de vuelta.

—Es lo que no quiero, Holly, que unos niños…

—No somos niños, Grace —dice Jackson y su madre lo abraza.

—Lo sé. Y sé que esta lucha nos concierne a todos, porque esos malditos cazadores quieren acabar con nosotros…

—Grace —dice la suave voz de Estrella—. Si algo me enseñaron mis antecesoras es a respetar la unión entre los sobrenaturales que desean la paz. Nosotras vamos a ayudar en todo lo posible. Intentaremos localizar con nuestros rituales al rey. Y como dice el alfa Wade, vigilaremos a los cazadores. Estoy segura de que habrá más en la ciudad. Son humanos al fin y al cabo y van a necesitar mucho más que armas para poder con nosotros.

—Los brujos colaboran con ellos, recordadlo —dice Linda.

—Y algunos vampiros, como los que me capturaron. Siento que se me escapa algo.

—Habla y quizá podamos ayudarte —dice Holly.

—Venecia, 1490, allí había una muchacha, Sabine, que estaba a las órdenes de Duche, el rey de la Corte del Agua. Ella ahora comandaba a unos vampiros.

—Llamaré a Duche, tal vez él pueda explicarnos por qué ella va por su cuenta —dice Joline marchándose a otra habitación.

—Bien. Luego está Nueva York, 1917, un policía del FBI se encaprichó conmigo y ahora es un vampiro y ha vuelto justo cuando están las cosas revueltas. Dice que es para avisarnos. Pero no lo sé.

—Has dejado mucha gente que te odia, supongo —dice Ryder. Holly lo mira mal, pero yo asiento.

—Vivir más de dos mil años es lo que tiene.

—Entonces, ¿crees que podrían estar relacionados?

—¡No lo sé! —exclamo levantándome y mirando por la ventana. Y luego, claro, está todo lo que pasó en Londres, en 1918.



Londres, 1918

Pasamos a la casa de las brujas, aunque sin duda sentía escalofríos por verla tan bien conservada cuando el resto de la ciudad estaba casi en ruinas.

Eugene se comía con la mirada a la tal Claire, que parecía muy satisfecha por ello. En ese momento, no me importó. Nos hicieron pasar a un coqueto salón. Por lo visto, lo habían convertido en una casa de huéspedes donde acogían, sobre todo, a brujas que lo habían perdido todo. Eso me pareció bien.

Nos sirvieron una infusión a Eugene y a mí que Joline se empeñó en probar, como siempre. Estaba realmente nerviosa con eso.

—Bien, aquí estamos —dije—. ¿Qué sospecháis sobre las brujas de sangre?

Si dieron un pequeño respingo, fue tan sutil que casi ni me di cuenta.

—¿Qué te han dicho? Porque puede que te hayan informado mal —contestó Claire con el rostro preocupado.

—Que iban a abrir un portal, que era muy peligroso y que teníamos que impedirlo, aunque no sé muy bien cómo. Si sale un demonio… nunca luchamos contra uno de esos.

—Los demonios son controlables —dijo la tal Berenice—, y esta guerra está acabando con la humanidad. Nuestros hijos, nuestra familia, todos andan escondidos en sótanos, esperando el último bombardeo alemán y rezando porque esta vez no les toque a ellos.

—No sé yo. ¿Cómo se controla a un demonio? —preguntó Eugene mirándola con interés. Ella se sonrojó levemente. Vi el juego de mi compañero.

—Con la sangre de las brujas. Si una o varias son lo suficientemente fuertes, lo tendrán a su disposición mientras mantengan el círculo. Podría ir a Alemania y acabar con su ejército en segundos. Incluso arrasar Berlín.

—No queremos eso, Berenice —dijo Claire tomándola de la mano —, tan solo acabar con los que mandan, si descabezamos el ejército, acabará pronto la guerra.

—No sabía que las brujas teníais tanto poder —digo y ellas se dan cuenta—, a menos, claro de que ambas seáis brujas de sangre.

—No somos brujas de sangre —protestó Claire—, solo intentamos ayudar a la humanidad. Si eso significa que debamos derramar algo de nuestra sangre, tampoco pasa nada.

—No lo veo mal —dijo uno de los agentes y bufé. Ela me había advertido de lo peligroso que era jugar con portales a otras dimensiones, pero estos pies planos no parecían entenderlo—. Si acabara la guerra en segundos, no sería algo malo. Se ahorrarían vidas humanas. Supongo que los vampiros no lo acabáis de comprender.

Eugene me dio la mano porque me puse tensa.

—Tal vez, si nos explicaseis el ritual, podríamos comprenderlo mejor —dijo él. Berenice volvió a sonrojarse y después de mirar a Claire, asintió. No tenía claro cuál de las dos mandaba.

—Se trata de algo más sencillo que lo que pensáis. Es crear un círculo e invocar a uno de los mayores. Necesitamos la sangre para

hacer ese pequeño sacrificio y después de invocarlo, saldrá, hará lo que tenga que hacer y lo obligaremos a volver. Luego cerraremos y listo.

—Parece sencillo —dijo el policía. Miré a Eugene. Sus labios eran una fina línea y no parecía que pudiéramos hacer mucho. Quizá matarlas, pero no era el plan.

De reojo, observé a Joline que tenía una mano en la catana. Negué de forma imperceptible.

—Deberíamos pensarlo bien —comencé, pero el policía negó.

—¿Qué hay que pensar? ¿Sabes cuántas personas han muerto hasta ahora? ¡Millones! No sabemos hasta cuándo se alargará esta guerra. Yo voto porque lo hagan. Podéis marcharos si queréis, yo me quedaré para ayudarlas si es necesario.

—No puede ser ya —dijo Claire con su voz aterciopelada—, necesitamos que sea en la luna roja, que es mañana. Mientras tanto, nos iremos preparando mental y físicamente. Podéis alojaros en las habitaciones, ahora mismo solo tenemos un par de huéspedes.

Un crío de unos quince años nos acompañó a acomodarnos. Eugene y yo compartimos la habitación y Joline y Barnaby se acomodaron en la de al lado.

Me senté en la cama con las piernas cruzadas, pensativa. Eugene miraba por la ventana el terrible estado de las calles. Llamaron a la puerta y entraron Joline y Barnaby.

—No me gusta nada esto —dijo ella—, hace años, unas brujas de Shanghái invocaron a un demonio menor y las mató a todas, en realidad acabó con los que vivían alrededor. Solo gracias a una bruja muy poderosa, se pudo contener y volver a encerrar. No me parece que ellas dos lo sean. Va a ser un desastre, Grace. Deberíamos acabar con todas ellas antes de que sea demasiado tarde.

—Tengo que pensar —dije levantándome—, vayamos a comer algo.

Salimos de la pensión mientras que los americanos se quedaban hablando con las brujas. No era bueno, no lo era, y por eso necesitábamos estar fuertes.

—¿Vamos al club que vimos? —preguntó Eugene—, habrá gente rica y esos siempre comen bien.

—Por supuesto. Sin matar a nadie, ¿entendido? —dije, aunque no hacía falta. Lo teníamos claro.

Nos perdimos en la noche de Londres y acabamos llegando al club de donde salía música animada. Entramos sin problema. Había algún otro vampiro, que nos miró con los ojos desorbitados. Por supuesto, yo era pequeña de estatura, pero emanaba poder y los tres que me acompañaban se veían increíbles.

Fuimos a la barra a tomar algo de licor humano y nos volvimos, mirando el panorama. Barnaby se perdió por el fondo oscuro y Joline se alejó de nosotros unos metros. Supuse que también se alimentaría, tal vez una bonita joven.

—No está mal el ganado —rio Eugene mientras mirábamos a jóvenes y no tan jóvenes casi desesperados por divertirse—. Quiero follar también, ¿y tú?

—Puede que sí.

—¿Quieres que busquemos a alguien y nos ponemos juntos? Será divertido.

—Eres perverso, Eugene.

Él se echó a reír y sonrió a una joven que se acercó mansa y a la vez provocativa hacia él. Era morena, de labios rojos. ¡Qué fijación tenía Eugene! Yo miré alrededor y busqué a alguien que me complaciera. Encontré a un tipo que me miraba fijamente, moreno, fornido y con un traje de chaqueta más elegante de lo que pertenecía a ese local. No me importó. Le sonreí y él tiró su cigarrillo y tomó su copa. Eugene ya se besaba con la muchacha y pronto irían a un rincón. Debía alcanzarlo.

—¿Qué hace una preciosa joya como tú en este antro? —preguntó el tipo al acercarse. Olía a tabaco, pero no a alcohol y a algo metálico. Llevaba una pistola, sin duda. Aunque en días de guerra, todo era posible.

—Acabamos de llegar a la ciudad. ¿Y tú? ¿No vas demasiado elegante para este lugar?

Se echó a reír y se encogió de hombros.

—Me aburre ir a los mismos sitios y me apetece conocer caras bonitas. Soy Walter.

—Grace.

Vi de reojo que Eugene ya se llevaba a la muchacha con una sonrisa. Siempre fue muy rápido.

—¿No es tu esposo el que se va con otra mujer?

—No, solo somos amigos. Yo soy libre.

Él se acercó a mí y apoyó su brazo muy cerca, rozándome. El olor de su, sin duda, cara colonia, me llegó y sí, era atractivo, olía bien y parecía sano.

Yo puse la mano sobre su antebrazo, acariciándolo.

—Solo busco un rato de diversión, Walter. Como te digo, soy una mujer libre y soy de la opinión de que en tiempos de guerra hay que aprovechar el momento.

—Justo lo que pienso yo, Grace —dijo acercándose a mi cuello. Pasó sus labios por él hasta llegar a mi mandíbula. Bajé la mano por su costado hasta alcanzar su excitación. Él no se retiró ni se escandalizó, por suerte.

—Me encantaría que siguiéramos a mi amigo. ¿A ti te gustaría?

—¿Verlos y que nos vieran? Si a él no le molesta, a mí tampoco.

—Vamos.

Me tomó de la cintura y me gustó su mano cálida y grande. Esperaba que su verga fuera en la misma proporción. En una sala con poca luz, pero con varios sillones, se encontraba Eugene con la mujer en el regazo. Todavía no habían empezado. Sonrió al verme y el tal Walter se sentó en el sillón de al lado, mirando a la mujer, que tenía los pechos fuera. Yo me coloqué sobre él, frotándome un poquito y él gimió. Sin duda estaba excitado. Pasé las manos por sus costados y encontré la funda del arma. Me retiré y él se encogió de hombros.

—Siempre voy armado. Estamos en guerra. Si te molesta puedo quitármela.

—No, no me molesta. Solo quiero esta arma —dije desabrochando su cremallera y metiendo la mano por ella. El volumen parecía el correcto. Él metió la mano por debajo de mi vestido y exclamó cuando no encontró ropa interior.

—Estás fría —dijo, pero callé su boca con mi lengua juguetona y dejó de importarle.

Miré a Eugene de reojo y me excitó verlo cuando arrancó las bragas de la chica y ella casi llega al orgasmo solo por eso. Siempre fue muy buen amante. La chica se puso de rodillas y empezó a lamer su enorme excitación y yo me puse como loca. Él me miraba mientras yo desabrochaba la camisa de Walter y atrapaba sus pezones. También estaba mirando a la muchacha comérsela y cada vez estaba más duro. Lo notaba en mi pubis, que ya estaba empapado.

—Joder, es lo más excitante que he hecho jamás —jadeó Walter. Se acabó mi paciencia y saqué su hermosa verga y me puse sobre él. Hice que entrara de golpe y él gruñó.

Eugene alzó a la chica y se la puso encima. Ella dio un pequeño gritito de satisfacción cuando entró de golpe. Me moví, cadenciosamente, mientras Walter masajeaba mis pechos. Yo seguía mirando a Eugene y él me guiñó el ojo. Era la hora de alimentarnos.

Acercó a la chica y yo besé el cuello del hombre, pasando la lengua por su vena. El corazón le iba a cien por hora y yo seguía moviéndome mientras él me agarraba de mi culo. Saqué los colmillos y rocé su vena ligeramente, para que se abriera. Como esperaba, él se puso mucho más duro y empezó a moverse más rápido. Absorbí la sangre deliciosa y él acabó corriéndose dentro de mí. Yo todavía no había acabado y seguí succionando, hasta que vi que él no iba a endurecerse de nuevo. Cerré su herida y me levanté, algo frustrada. Entonces, Eugene se quitó a la muchacha de encima y la dejó en el suelo. Su envergadura me esperaba. Me senté sobre él y le di un beso que sabía a sangre. Ambos compartimos nuestro alimento y entonces sí alcancé mi clímax. Él se dejó llevar también y luego me acurruqué en su pecho. Me abrazó y ambos nos quedamos quietos.

—Ha estado bien, ¿no? —dijo él en mi oído.

—Sí. Muy bien.

Walter estaba ligeramente excitado, al vernos y la muchacha se acercó hasta su polla para lamerla. Los dejamos ahí, porque total, ya nos habíamos alimentado lo suficiente.

Arreglamos la ropa y salimos hacia la zona de música. Joline y Barnaby ya nos esperaban.

—¿Habéis comido bien? —pregunté y ambos asintieron—. Pues vámonos, en un par de horas amanecerá.

Eugene me tomó de la cintura y caminamos hacia el hotel. El mismo joven estaba en la recepción y entramos. Cada uno se fue a su habitación y yo me eché desnuda a la cama. Eugene se quitó la ropa y se echó a mi lado, mirándome con avaricia.

—¿Quieres más?

—Yo siempre quiero más —dijo y se colocó detrás de mí, introduciéndose despacio, acariciando mi piel hasta llevarme al clímax de nuevo. Él se dejó ir también y sin sacarla del todo, nos quedamos dormidos.

Estaba acurrucada en su regazo cuando noté que él se frotaba contra mí. La puntita estaba llamando a mi puerta y yo abrí las piernas. Él se metió despacio y ronroneó en mi cuello.

—Eres insaciable, Eugene.

—De ti siempre, mi reina.

Fue algo rápido y explosivo, pero muy satisfactorio. Luego, me hizo volverme boca arriba y exploró mi cuello con su lengua, después fue bajando hacia mis pechos, a los que dedicó una gran atención hasta arquearme y su boca llegó hasta mi húmedo clítoris.

—Sabré a ese tío.

—Me encanta que sepas a excitación y a sexo. No me importa.

La lengua demostró que así era. Me recorrió, chupando y succionando, haciendo que un estremecimiento me recorriera el cuerpo entero y acabé explotando en su boca. Se relamía cuando se puso sobre mí y volvió a entrar. Se quedó sobre mí, mirándome y se movió despacio, observando mi rostro. Sonrió cuando yo gemí y entonces aumentó la velocidad. Se puso de rodillas y subió mis piernas a sus hombros, para entrar todavía más profundo. Empezaba a volverme loca de pasión y acabamos gruñendo y dejándonos ir ambos.

Él se echó a mi lado con una sonrisa alegre en la boca. Me giré y me puse sobre su pecho.

—¿Qué?

—Tenemos una gran compatibilidad, Grace.

—Lo sé. Eres el mejor amante que jamás he tenido.

—Gracias. Podría ser así cada día.

—Te cansarías de mí.

Él me miró a los ojos y negó. Llamaron a la puerta y me quité de su pecho.

—Adelante.

—Buenos días. Los polis americanos han contactado con los ingleses y quieren que bajéis a hablar con ellos. Creo que alguno es de inteligencia militar. Solo os lo dirán a vosotros.

—Ok, enseguida estamos.

Joline se fue y después de lavarnos en una jofaina, pues no había, por lo visto agua corriente, nos vestimos. Casi me echo a reír cuando vi a Walter apoyado en el marco de la puerta. Él me sonrió levemente y me senté con los policías americanos y otro que parecía tener un palo metido por el culo.

—Sir Richard… no importa el apellido —dijo el americano—. Ella es la reina Grace de Nueva York y Eugene, de Nueva Orleans.

El tipo tenía alrededor de los cincuenta y nos miró detenidamente.

—No parecen vampiros.

Saqué los colmillos de repente y él dio un pequeño brinco. Miré a Walter que aguantó la risa.

Me puse de nuevo, con el rostro formal y él se dirigió a Eugene. Típico.

—Nuestros colegas americanos nos han informado de los planes de las bru… señoras de la organización.

Ellas estaban sentadas a la mesa, sin decir nada.

—Es muy peligroso —dije, aunque sabía que era inútil.

—Creo que ustedes cuatro tienen la fuerza suficiente para contener el peligro —contestó el tal Richard—. El rey confía en ello. Debemos parar la guerra. También nosotros contribuiremos a ello, he traído mis hombres más eficaces.

Eugene levantó una ceja y me miró, encogiéndose de hombros.

—Probemos. Nunca he probado a joder a un demonio.

—Sigo pensando que es una mala idea, pero supongo que es inevitable.

—Está bien. Whitmore se queda aquí y algunos hombres. Yo volveré esta noche que es cuando harán el ritual, ¿no es así?

—Sí, señor —contestó Berenice satisfecha. Me recordaba a un gato que acaba de atrapar a un ratón y no me gustó.

Todos se fueron despidiendo y yo me quedé sentada. Eugene me miró y sonrió mientras se llevaba a Joline y Barnaby. Walter no se movió, pero se encendió un cigarrillo.

—Entonces, ¿me vigilabas, Whitmore?

—Sí y no —dijo él sonriendo. Era demasiado guapo para ser un militar, pero tal vez un espía—. Supongo que no me pude resistir. Gracias por no comentarlo.

—A quién me folle es cosa mía.

—Me… mordiste —dijo él dudando. Me encogí de hombros.

—¿Acaso no te gustó?

—Fue el mejor sexo de mi vida, Grace —contestó serio—. Esta mañana tuve que desahogarme solo pensando en ello.

—Esta noche acabaremos esto y luego me iré. No quiero que pienses algo extraño. No estaremos nunca juntos ni nada de eso.

—Ya lo sé. Tal y como te mira tu vampiro, sé que estáis hechos el uno para el otro. Pero si necesitas alimentarte antes de irte o… lo que sea, estoy bien dispuesto.

—Walter, esto de la noche no es una buena idea, ¿lo sabes?

—Eso le he dicho a Sir Richard, que es primo del rey, por cierto. No me parece algo que pueda salir bien.

—Y cuando se piensa que algo saldrá mal, es porque lo hará.

—Supongo que están demasiado desesperados como para dejar pasar una ocasión de ganar la guerra. ¿Debería tomar precauciones?

—Solo te puedo decir que no te acerques mucho al círculo que hagan. No he visto nunca un ritual con brujas de sangre, pero no será bonito.

—Está bien, gracias. Saldré fuera hasta que comencemos, pero lo dicho, a tu disposición, reina Grace.

Sonrió y se marchó de la sala. Bueno, no quería que le pasara como a John, pero sin duda, Walter parecía inteligente y sensato. Claire entró con una bandeja con dos tazas y una tetera.

—¿Te apetece?

—Gracias, Claire. ¿Estáis seguras?

—Hemos hecho algunas prácticas, pero sinceramente, las otras brujas desprecian esta poderosa magia. Mis ancestros la utilizaban ya y gracias a ello no las quemaron en la hoguera. Es algo más sencillo de lo que parece.

—¿Y sois muchas las que practicáis este tipo de magia?

—Algunas. Nos hacemos llamar la Hermandad de la Niebla, pero no compartimos con todas las brujas de Londres nuestras inquietudes. La mayoría suelen ser muy reacias a ello.

—Quizá porque es peligroso…

—Todo tiene un peligro. Los vampiros son letales y en general aterrorizan a la gente, pero vosotros sois casi humanos. No parecéis dañar a nadie, incluso cuando os alimentáis. ¿Deberíamos eliminaros solo porque algunos hacen mal las cosas?

Me disgustó la velada amenaza y no contesté. Aproveché para tomar el té y pensar un poco. Si el demonio salía, por muy poderosos que fuéramos, ¿qué podríamos hacer?

—Hemos preparado un plan B. Para que nadie salga dañado, tenemos una cadena ungida por la magia de sangre que ataremos al demonio. Cuando esté sujeto, podrá viajar astralmente, pero siempre deberá volver aquí.

—Si tan segura estás, ¿por qué te tiembla la voz? —pregunté molesta.

—Es la primera vez que haremos este ritual, es normal que esté nerviosa. Y me alegro mucho de que estéis aquí, siento que vuestra presencia es fundamental, aunque todavía no sé por qué.

—Ya veremos.

Subí a mi habitación donde estaban mis compañeros, de pie, inquietos. Las brujas harían un ritual de limpieza antes del ritual y los policías se irían a tomar un bocado. Me senté en la cama.

—Esto va a ir mal.

—Para eso estamos aquí —dijo Eugene sentándose a mi lado—. ¿Sabías que Walter era policía?

—No, la verdad, aunque iba armado. Se ha ofrecido a… lo que sea.

Joline bufó y se quedó mirando por la ventana.

—No, debemos descansar. En un par de horas puede cambiar todo y espero que no sea para peor.

Pasamos las dos horas siguientes reposando al modo vampiro, es decir, sin movernos ni hacer nada, hasta que nos avisaron y bajamos al sótano. Había otras cinco mujeres de diferentes edades que nos miraron con desprecio. La mesa central, redonda estaba puesta para siete personas, puesto que colocaron una vela en cada lugar, además de un cuchillo ceremonial.

Dibujaron un círculo de sal alrededor de la mesa. Luego un segundo círculo donde nos colocamos los vampiros y un tercero donde se pusieron los policías. Entre los americanos y los ingleses, había ocho. Además, un grupo de soldados esperaba fuera de la casa, por si acaso. Demasiada gente para pensar que podría salir bien.

Las brujas de sangre se sentaron y cada una de ellas tomó el cuchillo, rajó su palma y soltaron unas gotas de sangre sobre la vela, que se encendió. Murmuraban algo inteligible y poco me importaba.

Por fin, Claire y no Berenice como esperaba, comenzó a recitar un ritual. Mientras, la sangre que salía de sus palmas se dirigía, como si estuviera viva, hacia el centro de la mesa, subía a una piedra tallada con símbolos que parecían runas, provocando un leve resplandor rojizo.

—*Sanguis nobis viam aperiat...* —recitó Claire, con voz baja, casi reverente.

Yo me quedé inmóvil en mi círculo, no necesitaba respirar, pero si lo hubiera hecho, hubiera contenido el aliento. Había presenciado muchos horrores a lo largo de mi vida. Pero esto era otra cosa. Mi vello se había erizado.

—*Sanguis vetus, sanguis fortis... adaperi portam, exaudi nos*.

La temperatura descendió. Las velas parpadearon. La línea entre lo real y lo imposible se tensó como un hilo. Entonces, el portal se abrió. No con un gran estruendo, sino con un susurro gutural. Como si la noche misma hubiese respondido. Una cabeza deforme comenzó a aparecer, después, una garra. Di un paso atrás, sin salir

del círculo, con la sensación de que lo que se estaba colando en este plano no tendría intención de marcharse.

El demonio rugió, mirándonos a todos. Claire se puso delante y gritó.

—Me perteneces y me obedecerás. Berenice, ponle la cadena.

La mujer se acercó hasta uno de los pies del demonio. Su piel parecía escamosa, oscura y supuraba algún tipo de líquido viscoso y rojizo. El demonio miró a Berenice y una mueca que parecía una sonrisa apareció en su grotesca cara.

Cuando la mujer, temblando, acercó la argolla, él se quedó quieto y justo a punto de cerrarla, él la agarró con su garra, le arrancó la garganta y la lanzó contra la pared. Los policías sacaron sus pistolas y yo miré a Eugene. El desastre estaba aquí. Claire levantó las manos.

—Está bien, no te ataremos. Eres un ser libre. Solo queremos que destruyas a nuestros enemigos, los que mandan en Alemania.

El demonio soltó una carcajada y, aunque nadie lo esperaba, habló.

—Estúpidos humanos. ¿Acaso pensáis que un demonio mayor va a serviros? Os devoraré y dejaré la puerta abierta para que los míos conquisten vuestro mundo.

—¡Las manos! —gritó Claire. Las que quedaban se unieron y comenzaron a recitar un salmodio. La sangre salía de sus palmas y se dirigía hacia la mesa, haciéndolo más fuerte.

Miré a Eugene y ambos nos decidimos a intervenir. Joline también había sacado su catana y nos pusimos uno en cada lado.

—Ey, demonio, no pensarías que te íbamos a dejar salir, ¿verdad? —le dije mientras Joline acercaba su catana.

Me miró y sonrió.

—No sé si lo sabes, pequeña, pero los vampiros tenéis sangre de demonio. Sois parte de nosotros y seréis los únicos a los que no eliminaremos. Nosotros también nos alimentamos de sangre, como la de estas pobres tontas.

—Si entráis en el mundo y destruís a los humanos, ¿de qué me voy a alimentar?

—No a todos, niña. Solo a los que sea necesario.

Él se iba haciendo cada vez más grande e hice un pequeño gesto. No podíamos permitir que se fortaleciera demasiado.

Joline atacó y clavó su espada en el cuerpo. Él rugió y se volvió hacia ella. Eugene saltó sobre la mesa y con sus garras, se tiró a su garganta, intentando arrancársela, pero él lo tiró lejos. Entonces yo salté. Los policías disparaban al cuerpo del demonio, pero levanté la mano. Era inútil. Caminé por la mesa y me enfrenté al ser, que me sacaba dos palmos.

Él me observó con cuidado y luego levantó la garra para acabar conmigo, pero Barnaby la agarró y Joline la cortó con su catana. El demonio aulló y me agarró del cuello. Yo intenté quitar sus manos, pero era imposible. Saqué una daga de mi cintura y se la clavé en la axila. La sangre comenzó a caer sobre la mesa, oscura, espesa y casi negra. Él me soltó contra una de las mujeres y se rompió el círculo.

El demonio tomó a otra y le arrancó la cabeza. Al menos ya no recibía más sangre. Los humanos no sabían qué hacer puesto que las armas no le molestaban.

—¡Claire! ¡Haz algo! —grité mientras volvía a la lucha. Su rostro estaba ensangrentado y se abrió las venas de las muñecas gritando unas palabras que nadie entendió. El demonio pareció molesto y el portal se abrió de nuevo.

—¡Empujadlo! —grité ya que él había aflojado mi garganta.

Barnaby se lanzó contra el ser y todos lo empujamos hacia el portal oscuro, mientras Claire seguía recitando lo que fuera. Barnaby se puso delante de mí y sabía que quería sacrificarse, pero no lo iba a permitir.

Le di una patada entre las piernas al demonio. Eso siempre me funcionó y esta vez también. Eugene soltó una risa de triunfo y conseguimos meterlo del todo. Joline agarró a Barnaby en el último momento en el que la bruja conseguía cerrar el portal.

Caí, de rodillas, sobre la mesa y Eugene me tomó en brazos con delicadeza para depositarme en una silla. Miramos a nuestro alrededor. Los humanos estaban pálidos, diría que alguno se lo había hecho encima. Las mujeres, excepto Claire que estaba muy débil, habían muerto. Nosotros, heridos, pero vivos. O bueno, vivos como puede estar un vampiro.

—¡Joder! ¡Dije que esto no iba a funcionar! —exclamé levantándome para ponerle un pedazo de tela en las muñecas a Claire.

Sir Richard estaba pálido y Walter me miraba no sabía si asombrado o aterrorizado.

—Lo siento —murmuró Claire—, … estaba segura…

—Deberíais llevarla al hospital —dijo Joline—, o morirá desangrada.

—Yo lo haré —dijo Walter tomándola en brazos.

Sir Richard se acercó a nosotros.

—Gracias, supongo. Pero si se pueden ir cuanto antes de Londres, mejor.

—No se preocupe, nos vamos ya —dijo Eugene tomándome de la cintura.

Subimos a por el equipaje y nos dirigimos al puerto, donde estaba atracado del Liberty. Nos metimos dentro hasta el día siguiente.

—Voy a ver a Claire —dije cuando anochecía.

—Vamos todos —dijo Eugene—, y después nos largaremos de aquí.

Asentí y nos dirigimos hacia el hospital. Subimos por la fachada y entramos en la habitación. Claire yacía sobre la cama, con las muñecas vendadas y parte de la cara y el cuello. Walter estaba sentado a su lado, tomándola de la mano. Algo había ocurrido allí. Se sobresaltó cuando entramos y al vernos, dejó la pistola en su cintura.

—¿Cómo está?

—Se recuperará. Pensé que os habíais ido.

—Esta noche salimos, con la marea. Quería asegurarme de que ella había sobrevivido. Supongo que lo único que quería era acabar la guerra.

—Es una mujer valiente —dijo mirándola con adoración.

—¿Habéis revisado la casa? Por si algo se escapó.

—Si Richard trajo a otras personas con… dones especiales y dijo que estaba todo limpio.

—Bien, pues nos vamos.

Él se levantó, pero no se acercó a mí. Bueno, si de esta horrible experiencia se sacaba algo bueno, me parecía bien.

Nos acercamos a un grupo de soldados y nos alimentamos, sin sexo, para largarnos de una vez de Londres. Seguro que no volvería en muchos, muchos años.

CAPÍTULO 21. GANAR Y MATAR

—Londres fue un caos, pero cerramos el portal.

—Nunca me habías comentado cómo conociste a Claire.

Me encojo de hombros. Supongo que ella me impresionó. A ambos.

—¿Cómo se apellidaba el tal Walter?

Había resumido, sin detalles sexuales, nuestros encuentros con ellos.

—Whitmore, creo recordar.

Holly me mira y asiente.

—Me parece que era el padre de Sheila, mi abuela.

—Entonces no es de extrañar que tengas tan buena genética. Era muy guapo. ¿Y el chico joven que has nombrado?

—Era hermano de Berenice, tal vez fue Caín, no lo sé. Jamás supe su nombre.

—¿Crees que alguien de esa época te persigue?

—No, eran humanos, ninguno estará vivo. Estamos nosotros solos, la agencia no hará nada. Y se supone que vuestros hijos acabaron con Claire y Caín, ¿no es así?

—Te aseguro que sí —dice Joline.

—Lo único que podemos hacer es sonsacar a esos tipos y mientras, intentar localizar a Eugene.

—Vamos a ello. Se acabó pensar, pasemos a la acción.

Me levanto y empezamos a dividirnos las tareas. Los licántropos y nosotras iremos a encontrar a esos tipos. Holly se queda porque su poder de bruja es grande y entre todas buscarán a mi esposo. Me da un abrazo cuando vamos a salir por la puerta.

—Lo encontraremos, ya verás.

Asiento, sin decir nada. No es necesario. Sé lo mucho que lo aprecia.

Salimos ya de noche cerrada y Wayne conduce hasta el hotel. Dejamos el coche a una manzana y bajamos, sigilosos. Nuestros vigilantes nos han dicho que siguen allí, así que, sin esperar a nadie y aunque el alfa maldice, subo por la pared con facilidad. Empiezo a estar harta de todo.

Los lobos suben por las escaleras y Joline, que ya está a mi lado, me mira enfadada. Nos asomamos a la ventana. John está follando con una muchacha mientras toma su sangre y Sabine los mira, como si fuera una maestra. Maldita sea. ¿Qué relación tienen?

—Es su dómine —susurró a Joline, que asiente. La chica se acerca a la mujer y absorbe su sangre mientras John acaba corriéndose en la mujer que no sé si saldrá viva.

En la habitación de al lado hay varios tipos fumando y esperando. Son al menos siete. Me retiro y le envío mensaje a Wayne para que entre en esa. Nosotros nos encargamos de los vampiros.

Escucho un ruido sordo y veo que han tirado a la chica al suelo, muerta. ¡Cabrones! John se guarda su miembro y se va a limpiar la boca con la manga, pero Sabine pasa su lengua. Sin embargo, él la rechaza. Bueno, hasta aquí.

Joline rompe la ventana y entramos en la habitación. Ellos miran a la mujer muerta y luego a nosotras.

—Eso no se hace, y menos en mi territorio —digo con voz fría—. Sabine, qué gusto verte a ti y a tu ahijado.

Ella sonríe, con los dientes todavía con sangre.

—Fue divertido convertirle. Estaba tan obsesionado contigo… pero es normal. Hasta Duche, que era gay, te hubiera follado.

—¿Por qué? —dice Joline mirándola acusadora. Fueron ellos, con Bert y Duche quienes me traicionaron.

—Él se arrepintió de haberte usado y me acusó delante de todos de haberte convencido de asesinar a tu dómine. Joline y tú ya os habíais ido y algunos estaban molestos. Me encerraron en sus mazmorras durante más de cien años, apenas me daban de comer. Pero conseguí escapar. Al final, tú eras la responsable de todo.

—¿En serio? —digo enfadada—. Yo fui la víctima. Mi dómine me utilizó, luego vosotros… dices que te encerraron cien años. Yo estuve

más de mil quinientos esclavizada.

—Me da igual, Grace. Joline te ama, el lobo te amó, hasta el Duche. El gran vikingo te adora… incluso yo sentía algo por ti. Y no te lo mereces. Este pobre también se volvió loco. Tuve que llevármelo del país un tiempo para que aprendiera a controlar su deseo por ti.

—¿Dónde está Eugene? Si lo tienes tú, más vale que lo liberes o morirás pronto —digo rabiosa. John se pone delante de ella y alza las manos para tranquilizarme.

Con mi furia y frustración, saco las garras y le corto la cabeza. Cae al suelo y Sabine da un paso para atrás.

—¿Dónde coño está mi esposo?

Ella mira a su ahijado muerto y luego a Joline, pero mi amiga está en un lado, con la catana preparada.

—Yo no lo tengo —dice con un grito histérico—. Los cazadores. Letto lo tiene.

—¿Dónde?

—Si te lo digo, ¿no me matarás?

—No. No te mataré.

—Está aquí mismo, en una casa que pertenece a los brujos. Ellos están deseando acabar con vosotros. Pero no sé la dirección, te lo juro. No me la han dicho.

—Entonces, ¿cuál era el siguiente paso?

—Íbamos a atacar el rancho. Supongo que van para allá.

El jaleo de la habitación de al lado ha acabado.

—¡Wayne! Van para Aullidos —grito y un enorme lobo rompe la ventana y cae del tercer piso. Los lobos corren en su forma animal desesperados. Sabine me mira y se pone de rodillas.

Saco las garras y ella empieza a temblar.

—Dijiste que no me ibas a matar.

—No. No lo haré.

Miro a Joline, ella sonríe, saca la catana y la cabeza rueda hasta reunirse con lo que queda de su ahijado. Dos menos.

Salimos por la ventana y saltamos al suelo. Puesto que Wayne no se ha llevado el coche, nos montamos y las ruedas chirrían de la velocidad que Joline le imprime.

Cuando nos acercamos al rancho, el fuego parece devorarlo. No puede ser. Frena y salimos corriendo, buscando a nuestros amigos. Varios tipos llevan armas automáticas y están disparando a los lobos. Me lanzo contra uno de ellos y le arranco la cabeza. Joline está con la catana acabando con unos y con otros. No logro ver a Holly ni a Wayne, aunque hay una maraña de lobos, algún cuerpo desnudo en el suelo. ¡Qué desastre!

—¡Dentro! —grita Estrella desde un rincón, con el vientre lleno de sangre.

No quiero pensar que Holly esté en esas llamas, pero sin dudarlo, me lanzo hacia dentro. La casa, toda de madera, arde por los cuatro costados. Grito, buscando a mis amigos. Encuentro unos pies desnudos y veo que es Wayne. Miro alrededor y no la veo a ella. Su pulso es débil, así que lo saco a hombros y lo dejo fuera. Me vuelvo a meter y esta vez me sigue Joline.

Buscamos hasta que damos con dos mujeres, una de ellas es Holly. No tiene pulso y está herida de gravedad, con varios disparos, creo. La otra mujer está muerta. Las sacamos a ambas y dejo a mi amiga con cuidado en el suelo. Examino sus heridas, son de bala, sin duda. No tiene pulso y empiezo a hacerle la reanimación. Su esposo llega, arrastrándose, porque tiene las piernas rotas.

—¡No! ¡Holly! ¡Conviértete!

Grita desesperado y yo sigo practicándole el masaje. Un chico joven y desnudo llega para insuflarle aire. Creo que es Jackson. Conseguimos que ella abra los ojos y se vuelve para buscar a Wayne, que le sostiene la mano.

—Lo siento…

—No, no, conviértete, debes curarte.

—Y tú, mi amor.

Él empieza a temblar y se queda echado en forma de lobo, lamiendo su rostro. Ella me mira y lo intenta, pero no puede.

—¡No puedes hacerme eso, Holly! —grito con todas mis fuerzas. Me abro la vena y echo mi sangre en sus heridas. No la convertiré, pero le ayudarán a cicatrizar, o eso espero.

Ella empieza a temblar, algo más fuerte y acaba apareciendo una enorme loba echada. Wayne lobo se pone a su lado, es la mitad del

tamaño, pero poco importa eso.

Los cazadores están arrinconados y desarmados. Me acerco mientras los lobos gruñen. Tomo del cuello a uno de ellos y él empieza a temblar.

—¿Dónde está el vampiro Eugene?

—Yo no lo sé —grita y con una mano le rompo el cuello. Cojo a otro mientras se escuchan las sirenas de los bomberos.

—¿Y tú?

Él levanta la mano y susurra una dirección. Le rompo el cuello solo porque sí.

No sé quién está herido o muerto. Echo un vistazo a mis amigos que parecen respirar y desaparezco en la noche, seguida por Joline.

CAPÍTULO 22. LA VENGANZA ES DULCE CUANDO SE SABOREA FRÍA

Conozco la dirección. Es una mansión a las afueras de San Francisco. Corro, desesperada, hasta que Joline me para. Me vuelvo y le gruño. Ella levanta las manos.

—Por favor, Grace, espera. Tenemos que pensar cómo atacar.

—Atacaré y mataré a todos.

—Lo sé. Sé que quieres hacerlo y yo también. Te ruego que tracemos un plan.

Me apoyo en la pared de un edificio y llevo las manos a la cara.

—Está bien. Habla.

—Seguramente estarán bien protegidos y sabrán que lo del rancho no ha salido como querían. Así que les habrán alertado.

—Sigue.

—Debemos observar el lugar y…

—No. ¿No me quieren a mí, pues me tendrán?

—No sabemos si te quieren a ti o a Eugene o en general a cualquier sobrenatural. Deberíamos esperar refuerzos. Avisar a los nuestros. La corte luchará por su rey.

—Sí, eso sí. Llama y dales la dirección, que se reúnan contigo y atacáis.

—¿Por qué no te has incluido?

—Porque yo iré y entraré por la puerta principal. Quiero saber por qué antes de arrancarles la garganta. Aguantaré hasta que vengáis. Ve.

—Grace, que sepas que yo…

—Lo sé. Yo también te quiero. Ve y vuelve con un ejército para salvar a tus reyes.

Ella se va y suspiro. Me alegro porque no quiero que le pase nada. No la amo como a Eugene, pero la quiero. Llego a la mansión y sin duda es esa. Levanto las manos. Los guardas de seguridad, cadáveres pronto, me apuntan y sonrío de medio lado.

—Quiero ver a vuestro líder. Me está esperando. Soy la reina Grace.

Hablan por radio y la puerta, que está electrificada, se abre lentamente. Ellos me apuntan muy cerca de la cabeza, sin saber que podría desarmarlos sin que me dieran, aunque sean cinco. Caminamos por un sendero de asfalto hasta la casa, que es de construcción clásica americana, con balcones, columnas y lo que sea que tenga, porque no me importa. Esta noche arderá.

La puerta se abre y me hacen pasar por un vestíbulo iluminado y bastante sobrio. La sala donde entro está llena, civiles y soldados se distribuyen en grupos. Tengo muchas ganas de conocer a quien va a ser mi primer objetivo.

La agente Johnson se acerca a mí con media sonrisa y me mira de arriba abajo. Procuro no parecer sorprendida.

—Ya tenía ganas de verte rendida, zorra.

—¿Por qué, agente?

—¿Además de porque sois parásitos y un peligro para la sociedad? Es algo personal, *cara* Grace. Tú destrozaste mi familia.

—No sé a qué te refieres.

—¿Recuerdas a Francesco Montori, a Lorenzo y a otros muchos más que murieron en los años sesenta? Él era mi abuelo. Me enseñó todo lo que debía saber sobre los chupasangres y antes de que muriera, le prometí venganza.

—Entonces, él no te contó la verdad. No fue culpa mía que convirtieran a su hijo y que él asesinara a su hermana y su madre. Yo solo paré al chico.

—¡Mentira! —dice y me pega con unos puños de plata que seguro llevarán acónito, porque me marea y escuece.

—¿Así que tú diriges todo esto? ¿Una humana resentida por algo que ni sucedió tal y como lo sabes? ¿Qué opinan tus jefes o también están en ello?

—No. No tienen ni idea de nada. ¡Levantadla! Tienes que ver algo.

Me empujan y me dejo hacer, para que nadie sepa que voy a destrozarles, pero hay muchos soldados fuertemente armados. Sin embargo, y aunque sin duda la familia de la agente es muy rica, me da que hay algo más.

En la primera sala a la que me llevan, hay varias bañeras llenas de sangre, con cuerpos apoyados en un lado.

—¿Ves? El castigo de estos vampiros es quitarles la sangre poco a poco, tal y como ellos han hecho a lo largo de su vida. Estamos estudiando cuánto duran vivos y, ¡oye! Sois una especie muy resistente.

—Esto es un genocidio, Johnson. ¿Por qué tantas molestias?

—Estamos buscando la mejor manera de acabar con vosotros, aunque hay quien es más resistente que otro.

—Mi… reina…

Escucho el susurro y voy corriendo. Mi querido Barnaby yace en una de las bañeras, le han cortado las dos piernas y su vientre está abierto. Es más que cruel.

—Matadme, mi señora, por favor. No dejéis que sufra más.

—Te sacaré…

—No, rescatad al rey. Me alegro de ver que habéis sobrevivido. Por favor.

Tomo la decisión en segundos y nadie puede pararme. Arranco su garganta y grito. Me disparan en el muslo y escuece, ya lo creo que sí.

—Este era uno de los más divertidos. Era el que más fondos nos ha conseguido en internet. Bueno, excepto el vikingo, claro.

La miro, desde el suelo y sé que la mataré lentamente.

—Más te vale que no lo hayas dañado. Acabaré no solo contigo, sino con tu familia.

Ella se estremece y hace que dos tipos me cojan. Estoy débil, pero lucharé hasta el final. Me llevan a una sala con más bañeras. Una mujer con una bata roja está inclinada sobre la bañera donde…

—¡Eugene! —intento ir, pero me retienen. La mujer se vuelve y no puedo creer lo que veo.

—¡Elisabeth! Estabas muerta.

Ella se echa a reír y se levanta, poniéndose delante de mi rey e impidiendo verlo.

—Eso pensaron. El lobo que me atacó y del que espero haberme vengado esta noche, solo se llevó el vestido y sí, me dejó muy malherida, pero mis hombres me recogieron. Nos escondimos y desde entonces, he ido recogiendo a personas que os odian. ¡Ni sabéis cuántas son!

—¿Qué le has hecho a mi esposo?

—No… demasiado. Puedes verlo, ya que estás.

Se aparta y me acerco a él, despacio. Él tiene los ojos medio cerrados y miro en la bañera, está llena de sangre y no distingo.

—De momento le hemos cortado una pierna. Es curioso que no gritase mucho. Luego, le cortaré la otra y así estará sin moverse para siempre.

—Elisabeth, esta vez encontrarás la muerte definitiva —gruño, pero vuelven a dispararme.

Eugene levanta la cabeza y me mira alarmado.

—No… Grace… mi amor…

—Tranquilo, te sacaré de aquí.

—Vamos a prepararte otra bañera para que estéis juntitos mientras te desangras, no soy tan cruel. Creo que a ti te cortaré los brazos primero.

Me revuelvo, pero lo que sea que me han disparado me está debilitando. Debo concentrarme en expulsarlo. Mi dómine me enseñó muchas cosas malas, pero también esto, por si alguna vez me envenenaban.

Me ponen en la bañera y Eugene me mira. Gruesos lagrimones caen por su rostro. No creo que se pueda mover.

—Elisabeth, ¿has pensado bien con quién te has aliado? Los cazadores acabarán contigo un día de estos.

—No, mientras siga colaborando. Letto es un hombre de palabra, imagínate que castigó a su propia hija por dejarte escapar.

—¿Ella está bien?

—No. Está muerta.

La rabia me consume y sé que será otro que asesine.

—¿Dónde está él?

—Va camino de Eureka. Se ve que allí hay una comunidad de licántropos importante y exterminará hasta los más pequeños, como a las cucarachas. De todas formas, nunca me gustaron los lobos. Yo le indiqué dónde podían encontrarlos. Esa familia no se merece nada más que morir, del primero al último.

Mi energía se canaliza todavía más en expulsar el veneno. Siento que gota a gota, va saliendo. Cuando uno de los tipos trae la motosierra y veo que Eugene gime al verlo, otro soldado grita.

—¡Nos atacan!

Miro a Eugene y sonrío. Elisabeth desaparece por una sala y la agente saca la pistola para prepararse. Los mercenarios tienen balas con acónito, y puede que acaben con alguno de los nuestros.

La cristalera se rompe en mil pedazos y entra Joline armada con sus catanas. Mira donde estoy, pero luego se dispone a cortar manos, cabezas o lo que sea. Una docena de vampiros y dos lobos aparecen y veo que la agente se va a escapar. Me levanto de la bañera, casi recuperada y voy a por ella. La alcanzo y la tiro al suelo, aunque yo caigo también, pero su pistola ha volado lejos.

—Bien, estamos igualadas. Lucha si es que no eres una cobarde —le grito. Siento que poco a poco voy recuperándome, pero no se lo voy a demostrar.

Ella se ríe y me da una patada de lucha, que me empuja hacia atrás, pero no me rindo, me lanzo a su cuello y golpeo la cara. Ella se ve segura y saca una navaja y entonces, cuando piensa que me tiene, le quito la navaja y abro su cuello. Luego la arrastro hasta la bañera de Eugene y él absorbe la sangre con hambre. Pero no quiero fallar esta vez. Le arranco la garganta y se lo dejo más fácil para mi esposo.

—Grace…

—Tranquilo. Tengo que buscar a Elisabeth.

Joline está destrozando gente y mirándome de reojo. Un lobo grande viene hacia mí y corro tras la vampira. Me sigue. No sé bien si es Jackson o Ryder, tal vez Mark, aunque no parece un alfa.

—Escucha, tienes que volver para avisar a Wayne. Letto va hacia Eureka. Quiere a los lobos.

El lobo comprende, se da media vuelta y sale a través de una cristalera a toda velocidad. Yo casi estoy recuperada y camino, olfateando, buscando a la zorra que quiso matar a Holly, quiso matarme a mí y a todos los seres que quiero.

Dos vampiros se ponen delante de mí, me atacan, pero la furia me ciega y acabo con ellos con facilidad. Uno lo tiro por el balcón, el otro cae con la garganta destrozada, mi especialidad.

Con el cuerpo lleno de sangre corro hacia la salida. Elizabeth está ahí, con el rostro asustado y una espada en la mano. No me fiaré. Ya no. Tomo una silla y arranco una de las patas.

—¿Recuerdas cuando se estacaba a los vampiros con una vara de madera en punta? Aunque… —digo mirando la pata—, esta es redondeada. Puede que te duela más.

—Escucha, Grace. Lo hice porque amo a Eugene, siempre lo amé, incluso cuando mató a mi consorte. Pensé que lo hacía porque me quería.

—Si lo amaras, no le hubieras cortado la pierna —digo ciega de furia. La rodeo, como los gatos jugando con el ratón y ella dirige su espada hacia mí. Entonces, ataca. Aunque lo estaba esperando, no estoy tan recuperada como finjo, pero logro esquivarla y ella tropieza con su larga falda.

—Nunca te pongas vestidos largos para luchar —digo y le doy un golpe en la cara con la pata que la tira al suelo. Dejo que se levante y recoja la espada. Hoy me siento juguetona.

Ella sigue apuntándome con ella y vuelve a atacar. La esquivo y la golpeo duramente en la nuca. Ella cae boca abajo y la espada sale volando. La vuelvo boca arriba y me siento sobre ella, con la pata en su corazón.

—La verdad es que mereces que te torture, que juegue contigo, pero ya me he cansado.

Empiezo a clavar despacio la pata, voy atravesándola mientras ella aúlla y manotea. Alguien viene hacia mí, coge la espada y cuando me vuelvo, veo a mi hombre, que sonríe. Agarra una de sus manos y le corta el brazo. Luego la otra. Entonces, me canso y acabo por clavarle la pata en su corazón, que explota, salpicándolo todo.

Me levanto y abrazo a mi amor, que está manteniendo el equilibrio con una sola pierna.

Nos besamos con locura, sin importarnos estar llenos de sangre. Le ayudo a sentarse en la silla. Su pierna izquierda está cortada hasta mitad de muslo. Le han puesto un torniquete para que no se desangre del todo.

—No me gusta esto de ser medio hombre.

—Tonterías. Ni aunque te hubiera cortado la extremidad que me da más placer, dejaría de quererte.

—No, esa no la han tocado —dice con una sonrisa—. Podremos disfrutar si sigues amándome, aunque no esté entero.

—¿Qué crees que hago aquí si no fuera así? Te amo, Eugene, y es para siempre.

Me da un beso y salimos hacia la sala anterior, donde Joline y los demás vampiros han derrotado a todos. Los que quedan se inclinan delante de Eugene y de mí.

—Tenemos que saber qué ha pasado en Eureka. Y cómo están Holly y Wayne. Resultaron heridos graves.

—¿Dónde están?

—En el rancho Aullidos. Lo quemaron.

—Malditos cabrones. Vamos.

Veo que toma impulso, me coge en brazos y sale volando. Me abrazo a él.

—No podré correr, pero gracias al alimento que me diste, puedo volar.

Lo beso y llega al rancho, donde los bomberos ya han apagado el fuego. Se han ido las ambulancias y solo quedan algunos lobos, solo con los pantalones, sacando lo que pueden del rancho. Eugene aterriza y casi nos caemos al suelo. Jackson viene corriendo.

—He avisado a Jace y a Jack. Estaban de camino aquí, pero volvieron corriendo. Sus hermanos se escondieron en el bosque y también las hermanas de Holly.

—¿Sabemos algo más? ¿Y cómo están ellos? ¿Quién ha muerto?

—Algunos de la manada —dice con tristeza—. Mamá y papá están bien, en el hospital y Clarice está malherida, pero creemos que sobreviviría. Mark está con ella. ¿Te han…?

Mira a Eugene y él se encoge de hombros.

—Hay una ducha al aire libre si os queréis quitar toda esa sangre. Algunos lobos están trayendo ropa para todos.

—Gracias, Jackson.

Ayudo a Eugene a llegar a la ducha y aunque está fría, nos quitamos toda la sangre de encima. Linda llega con vaqueros y una camiseta para nosotros y me da un abrazo.

—¿Sabéis algo de Eureka?

—Todavía no.

—¿Quieres que vayamos volando? —pregunta Eugene.

—No, estás agotado. Debes descansar. Hay lobos y brujas muy competentes que seguro que acabarán con esos hombres. Por favor, Eugene. Preferiría ir a visitar a Holly y a Wayne. Todavía falta para que amanezca.

Jackson, ese ser adorable, trae una muleta para Eugene, que se emociona y le da un abrazo. Caminamos hacia un coche y entonces llega Joline, cubierta de sangre.

—Descansad en la corte e informa a todos que se ha acabado. Nosotros iremos en breve.

—Puedo acompañaros —dice, pero niego.

—Vas cubierta de sangre y, además, solo vamos al hospital y volvemos enseguida. Todos han muerto, ¿no es así?

—Hasta el último.

—Bien hecho.

Nos montamos en el coche con Linda y Ryder y vamos al hospital. Eugene no es muy hábil con solo una muleta, así que una amable auxiliar nos deja una silla de ruedas. Bufa, pero se sienta.

—Ya aprenderás.

—Pienso comprarme una pierna de oro macizo.

No puedo evitar soltar una risita.

—Pesará demasiado, mejor una ciborg.

Él asiente, creo que está pensando en cosas raras que tienen que ver con el sexo. En el pasillo, encontramos a Mark paseando por delante de la habitación.

—¿Cómo están los heridos?

—Holly ha salido del quirófano, Wayne está escayolado, aunque supongo que curará rápido y mi esposa sigue dentro.

—Seguro que irá bien —digo abrazándolo.

Entramos en la habitación y vemos las dos camas. El alfa está con dos escayolas, aunque supongo que cambiará y se le curará, pero Holly está echada, con el gotero y los ojos cerrados.

—Joder, Eugene. ¿Te han cortado la pierna?

—Es obvio. Lástima no regenerar como vosotros. ¿Cómo estás?

—Deseando que me dejen en paz las enfermeras para convertirme, aunque la herida fue grave, pero mi esposa —dice con la voz quebrada—, no lo sé. Tenía el vientre lleno de balas…

Eugene se acerca a Holly y acaricia su rostro. Se vuelve hacia Wayne.

—Sabes que, si le damos sangre, podría recuperar mejor. ¿Quieres?

—Lo haré yo, tú estás todavía recuperándote.

—Sí, hacedlo, por favor —suplica Wayne. Creo que sería capaz de dejar que la convirtiéramos con tal de no perderla.

Abro mi muñeca y Eugene toma su boca para abrir sus labios, imagino que piensa la de veces que la ha besado, pero no me hace sentirme mal. Poco a poco, dejo caer algo de sangre y ella va tragando.

—De momento, está bien. Veamos qué tal le sienta —digo cerrándome la herida con la lengua.

—¿Sabes algo de tus hijos?

—No, ¿por?

Eugene me mira y yo a él. Claro, él no se ha enterado.

—¿Qué ocurre?

—Iban para Eureka, pero avisaron a Jace.

—Dios santo —dice pálido. Coge el teléfono de la habitación y marca deprisa supongo que el de su casa, pero no lo cogen. Llama y llama.

—Estarán escondidos, Wayne.

—Tengo que ir.

—Escucha, no llegarás —dice Eugene calmándolo—. Tus hermanos y las hermanas de Holly están allí. Son poderosas.

—Nos avisarán, Wayne, debes recuperarte y cuidar de Holly.

—Necesito un móvil, por favor —dice él desesperado.

—Te lo conseguiré.

Salgo a la recepción y les pido que me dejen llamar. Aviso a Joline y ella se encargará de todo.

Cuando voy hacia la habitación, traen a Clarice Chastain, veo que está despierta y recuperada, así que se lo comento a Wayne. Holly sigue sin despertar.

—No puedo perderla —dice casi llorando.

—Algún día la perderás, o quizá te pierda ella a ti —susurro. Me siento afortunada por ser inmortal.

—Lo sé y no pasa nada, solo que no ahora.

Holly gruñe y pasa la lengua por su boca.

—¿Sangre? ¡Eugene!

—No he sido yo, esta vez, mariposa. Mi reina te ha ayudado.

—¿Wayne?

—Aquí estoy, cariño.

Joline entra con varios móviles y nos da uno a nosotros y otro a Wayne. Él no suelta de la mano a Holly, pero llama a Jace. Al poco, él contesta y lo pone en altavoz.

—¿Cómo estáis? ¿Los niños?

—Ha sido alucinante, te lo juro, pero todos bien, gracias a Dios. ¿Vosotros?

—Heridos, pero nos recuperaremos. Díselo a los niños.

—Tranquilo, aquí está todo controlado. Menudos hijos tienes. Ya te contaré. Recuperaros y volved a casa.

—Luego llamaremos a los niños —dice Wayne.

—Parece que se ha acabado todo.

—¿Quién fue? ¿Quién nos perseguía? —pregunta Holly somnolienta. Eugene le da un suave beso en los labios.

—¿Sabes qué? Un día os vamos a visitar y nos contamos todo. Creo que ahora tenemos que descansar.

—Sí, de acuerdo.

Eugene sale apoyado con la muleta y Joline, ya limpia de sangre, nos acompaña. Pronto amanecerá así que nos montamos en el coche y vamos a la corte.

—Creo que me quedaré en la cama en una semana —digo cansada.

—O dos, querida, o dos.

Joline resopla al volante, pero sé que sonríe y nos lleva a la corte, porque y, creo que será para un tiempo largo, los problemas parecen resueltos.

EPÍLOGO LUCHA DE EUREKA (JACK)

Recibimos una apurada llamada de Jackson y cuando se lo digo a Jace, da la vuelta, saltándose la mediana. Conducimos como locos.

—He visto unas furgonetas en el sentido contrario, ¿y si son ellos? —dice Jessie.

—Los machacaremos —contesto furioso. Porque sé que es más rápido ir en coche, porque me convertiría y acabaría con ellos.

Cojo el teléfono y llamo a Destiny. Es lista y rápida y le advierto de todo. Jessie, mientras tanto, está llamando a Birdie. Por suerte se habían ido a casa de Jace.

—Id al bosque, escondeos hasta que lleguemos.

Estamos muy nerviosos porque ya estábamos a dos horas de Eureka. Jace aprieta el acelerador a lo máximo que da y cuando llegamos, después de un angustioso camino y sin que nos conteste nadie, vemos las furgonetas aparcadas delante del rancho. Y son tres, a saber cuántos mercenarios venían. Escuchamos aullidos y al instante nuestra ropa salta y salimos corriendo hacia el bosque. La tierra salta bajo las garras y vemos a los primeros soldados, armados. Saltamos a por ellos y nos intentan disparar, pero no llegan. Veo que un oso gris enorme y una pantera negra llegan corriendo, seguidos de otros felinos. Los Wyot. Se unen a nosotros, no sé cómo se han enterado, pero son bienvenidos.

Nos dispersamos, para buscar soldados y llegamos al claro del bosque. Allí, bajo una cúpula que parece dorada, están todos nuestros seres queridos. Destiny, mi hermanita que ya cumplió los veinte, tiene el rostro vuelto hacia arriba, los ojos en blanco y un rayo dorado sale de su mano. A su alrededor, los soldados flotan, inconscientes o muertos.

Me transformo enseguida y me acerco a la cúpula, pero Mac niega con la cabeza. Puede que esté demasiado metida en ello. Jace

va retirando a los soldados y a los que están vivos, los pone en un lado. Los Wyot hacen una batida y yo me acerco a mi hermanita.

—Dest, cariño, soy Jack. Destiny. Ya está todo, ya ha acabado.

Ella gira la cabeza hacia mí y luego mira alrededor. Todavía tiene los ojos en blanco.

—Hermanita, vamos, lo has hecho muy bien, los has protegido. Ahora volvamos a casa.

Ella me mira e inclina la cabeza. Parpadea y va bajando la mano, poco a poco. Carol abraza a Logan, que parece incluso divertido. Mis tías y mis primos mellizos están asombrados.

Destiny baja la mano y la cúpula dorada desaparece. Ella se desmaya y con rapidez, la cojo antes de que caiga al suelo.

—Ha sido alucinante —dice Mac, aunque en su rostro todavía hay miedo. Jace abraza a su esposa e hijos y yo a los pequeños.

—¿Cómo están mamá y papá? —pregunta Carol.

—Ahora los llamaremos. Volvamos a casa.

—Yo me encargo de esta gente —dice Jace y Jessie se queda con él.

Llegamos a casa y acuesto a mi hermanita en el sofá. Carol me da un pantalón y me lo pongo. Ella parece respirar agitada. Le pongo la mano en la frente y cierro los ojos.

—Dest, soy Jack.

Me meto en su mente como aquella vez. Ella está en el rincón oscuro donde la fui a buscar, hace tiempo.

—Ya está todo, vuelve a casa.

—Mamá está grave.

—Se recuperará. Es la Direwolf, ¿recuerdas? Volvamos a casa.

Ella me da la mano y al instante, abrimos los dos los ojos. Jace vuelve al rato y coge el móvil para habar con papá. Ellos están bien, gracias al cielo y también los primos y tíos.

Jessie me abraza y todos acabamos sentados en el sofá o por el suelo, hasta que se acerca un coche y alguien viene corriendo. Luke y Julien entran corriendo a casa y nos miran.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien? —dice mi querido hermano.

Logan se levanta y le da un abrazo.

—Solo nos ha salvado Wonder Woman.

Nos echamos a reír, y ellos, aunque no comprenden nada, también lo hacen.

EPÍLOGO 2

—¿En serio?

—Sí, completamente convencido.

—Caramba —dice Joline todavía sin creérselo.

Estamos en la mansión de Eugene, en el sofá y mi querido esposo lleva ya su prótesis de titanio con recubrimiento de figura de carbono, con la que incluso empieza a correr, aunque puesto que vuela, ¿para qué lo necesita?

Después de todo lo que nos ha pasado y tras hablar mucho durante casi un mes, hemos decidido que no nos vamos a separar y que, puesto que los dos adoramos Nueva York, le va a vender la corte a Joline, a costa de los beneficios que saque en sus negocios. Como si fuera un alquiler. De todas formas, soy inmensamente rica. No necesitamos tanto dinero.

Pero sí nos necesitamos a nosotros.

—Entonces, acepta. Lo mereces. Serás una reina increíble.

—De acuerdo, acepto. Al menos, por una temporada.

Nos abrazamos y nos despedimos de ella. Creo que todavía es reacia a no seguirme y aunque tampoco tendré a Barnaby, al menos estaré con el amor de mi vida.

—Querida, quiero hacerte dos regalos antes de irnos a Eureka.

—¿Sí? No es necesario…

Me lleva a una habitación de su casa que todavía no conozco.

—Pediré que la lleven a Nueva York.

Hay una gran escultura tapada con una manta. Él estira y me veo a tamaño de casi dos metros y medio. Reconozco… la mano de Bert. Soy yo, con mi vestido dorado, sentada en un sillón, mostrando las piernas y mirando sensualmente a alguien.

—¿Cómo?

—La manada de Venecia la encontró en un viejo almacén. Puesto que la mujer tenía colmillos, le preguntaron a Duche. Él contactó conmigo y me la envió.

—No tengo palabras.

Paseo alrededor de la escultura. Es muy detallada y bella. Siento el amor que él me tenía y toco mi collar de perlas blancas, tal vez me equivoqué.

—Tengo otro regalo, mi vida. ¿Me permites?

Se pone detrás y me quita el collar de perlas blancas. Me siento desnuda sin él. Luego, me muestra un estuche.

—Llevabas las perlas para recordarte que no debes confiar en los hombres, pero ahora que estamos juntos, solo quiero que recuerdes lo mucho que te amo.

Me pone un collar de perlas negras y mi rostro se humedece. Él pasa con suavidad la lengua por mis lágrimas, limpiándome la piel. Jadeo y Eugene sonríe.

—Puedes elegir, no es una imposición. Si quieres seguir llevándolas…

—No. Quiero estas perlas negras. Gracias.

Él sonríe y pienso que he encontrado el amor de mi vida, aunque no digo nada, siento un nudo en el estómago.

Ya atardece, así que el chofer nos lleva hasta Eureka. Estamos sentados atrás, solo abrazados. Él suspira.

—Ya era hora.

—¿Ya era hora de qué? —pregunto mirándolo.

—Me han tenido que secuestrar, hasta cortar una pierna para que te des cuenta de lo mucho que me quieres —dice con una pequeña sonrisa.

—Siempre te he querido, pero no era el momento. Ahora sí lo es.

—Me alegro y vale la pena cualquier cosa que ha pasado.

—¿Y por qué no dijiste nada? ¿Por qué te lanzaste tú solo?

—Pensé que sería más fácil y no confiaba en mucha gente. Cuando sospeché que era Elizabeth, me atraparon.

—Ya no te voy a reñir por eso, pero que sea la última vez que desapareces.

Él me da un beso en la frente y me acurruco en su pecho. Llegamos al hotel Paradiso, donde el chófer deja nuestras cosas para pasar un par de días y nos lleva al rancho Wade.

Holly sale a recibirnos. Le da un suave beso en los labios a Eugene y otro a mí. Wayne nos da un abrazo y entramos en la fiesta. Lobos, brujas, cambiantes y vampiros unidos de una forma que nadie esperaba.

—Por fin, todo tranquilo —dice Holly mirándonos. Eugene sonríe.

—Bueno, hasta que se acabe.

Entramos en la fiesta y vamos abrazando a todos.. Son mi familia, al fin y al cabo. Y los protegeré para siempre, y eso, para una vampira, es mucho tiempo.

AGRADECIMIENTOS

¡Se acabó la saga Sangre Impura!

Quiero agradecer a todas las lectoras que habéis hecho que esté en los primeros puestos de su categoría, ¡por meses!

O que, cada vez que salía uno de los libros, se pusiera (¡en el mismo día!), en el número 1 con su etiqueta naranja.

Para bien o para mal, esto no acaba aquí. Seguiré publicando historias de fantasía paranormal, con personajes intensos, aventuras, acción y spicy.

Y esta es la siguiente:

La furia del Alfa (serie Lobos de Texas 1)


LOBOS DE TEXAS
LIBRO 1
LA FURIA
DEL ALFA
Skye Roan

Sinopsis:

Él manda. Yo muerdo. Y juntas, nuestras sombras se incendian.

*Dicen que el **alfa** de Lone Star no sangra. Que no ama. Que no cede.*

Pero entonces llego yo: Elena Carter. Humana. Veterinaria. Con las manos llenas de sangre… y una lengua que no sabe callar.

Vine a salvar animales. Terminé desatando al lobo más peligroso del sur.

Jackson Steele es control. Es poder. Es todo lo que me dijeron que debía evitar.

Pero cuando me gruñe, algo en mí responde.

Cuando me toca, el mundo tiembla.

Y cuando me mira… juro que la luna se detiene a observar.

Cada roce es una guerra.

Cada mirada, una promesa sucia.

Cada noche, un campo de batalla donde perdemos la ropa… y el juicio.

No pertenezco a su mundo.

Y aún así, soy su debilidad.

Su tentación prohibida.

Su maldita perdición.

Y ahora que el enemigo acecha, él tiene dos opciones: protegerme… o perderme.

Pero Jackson no está dispuesto a perder nada.

Porque lo que es suyo… no se toca.

Enlace a Amazon: https://amzn.to/4iZ4JxM

Sígueme en mi página de autor de Amazon o suscríbete en mi web www.skyeroan.com para no perderte ni una de ellas.

De nuevo, muchas gracias por todo y si te apetece valorar este libro, sabes que me servirá de mucho. Y lo agradeceré de corazón.

¡Hasta la próxima!